

MORUENA ESTRÍNGANA

SWEET LOVE

*Amor
descontrolado*

NEILL Y DEBBIE

2

Click
EDICIONES

ÍNDICE

Portada
Sinopsis

PARTE 2
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

Biografía
Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Debbie no sabe cómo pero acaba metida en un juego del que espera no salir lastimada. Neill le propuso algo simple: explorar su sexualidad juntos, ese deseo que los consume cuando están cerca y que les quema la piel cada vez que se tocan, y ver dónde les lleva. Como amigos, claro, ella no quiere enamorarse de él, sigue teniendo el gran defecto de ser capitán del equipo de fútbol. Pero eso no evita que con solo una mirada Neill sea capaz de calentar su sangre y acelerar su corazón como si acabara de correr los cien metros lisos. Ella intenta ser solo una joven más, que disfruta de su vida universitaria, y para nada se va a enamorar de Neill... En sus planes de futuro no entra seguir los pasos de su madre. El problema es que cuando Neill la besa siente que es capaz de acariciar el cielo y cuando no lo tiene cerca, lo extraña como nunca pensó añorar a nadie, y solo a su lado siente que lo tiene todo..., pero eso no es amor, ¿no?

PARTE 2

Capítulo 1



DEBBIE

Salgo de un examen y me voy a otra clase a entregar un trabajo. Estoy agotada, y eso que aún no han empezado los exámenes; casi todos son tras las fiestas. Queda ya muy poco para ellas. Las pasaré en mi casa estudiando sin parar. Van a ser un poco raras estas Navidades.

Entrego el trabajo y nos dan la hora libre. Voy a la cafetería a por algo de comer y antes de llegar veo el pabellón de Neill. Hace quince días que no nos vemos. Y lo echo mucho de menos. Nos hemos escrito, pero le dije que necesitaba tiempo. Dijo un frío «ok» y ya, fin de la conversación.

Me siento muy tonta. Necesito tiempo porque no soy capaz de aceptar que lo deseo. Y que me encantaría explorar lo que hay entre los dos. Sé que no llevará a nada, pero mi madre me dijo algo en lo que no dejo de pensar: si me arrepentiría en caso de no aceptar. Y sé que sí. Una parte de mí quiere saber lo que se siente al estar con alguien al que deseas de esa forma, que con solo una caricia es capaz de hacerte tocar el cielo. Pero nunca he intimado con nadie que no fuera mi pareja, con el que por lo menos llevara varias citas y al que creyera querer. Aunque esto tampoco me sirvió de mucho...

Mi primer ex, Ginés, en realidad no me quería y, tras nuestra noche de horrible pasión, donde el que más disfrutó fue su hermano pequeño, al que le pagamos una entrada al parque de atracciones para él y su mejor amigo, nos dimos cuenta de que no teníamos nada en común como pareja, solo como amigos.

Y con otro de mis ex no fue mejor... Encuentros rápidos que él decía disfrutar y que a mí me dejaban insatisfecha, en los que su egoísmo estaba patente pero mi miedo a parecer una salida por pedirle lo que deseaba me hacía callar. Al final todo era mentira y me quedé insatisfecha y sintiéndome muy tonta por conformarme, por no decirle lo que quería. Por no exigirle que me amara como toda mujer se merece.

Y aquí estoy ahora, echando terriblemente de menos a Neill y anhelando sus besos. Y sí, preguntándome cómo sería explorar mi sexualidad con él. Y lo peor es que cada día que pasa y no sé nada de él pienso que todo está olvidado. Y más cuando escucho rumores de lo bien que se lo pasa en las fiestas. Los celos me nublan la visión. Creo que lo que me dijo ya es cosa del pasado. Y eso hace que me arrepienta por no ser valiente y dejarme llevar. Como dijo mi madre, si tengo que enamorarme de él, lo haré, aunque solo lo tenga como amigo, y la idea de perderlo también de esa forma no me gusta.

Me tomo algo mientras repaso y después vuelvo a clase. Al llegar a casa estoy agotada y, aunque es viernes, me espera un fin de semana de trabajos.

En eso estoy cuando la puerta de mi cuarto se abre y aparece Mateo, cerca de las ocho de la tarde.

—Te tienes que vestir ya —dice registrando mi armario. Tengo ropa nueva porque Mateo se ha hecho muy amigo de mi madre y hasta se han ido juntos de compras para mí.

—¿Para qué?

—Va a haber una fiesta en la Facultad de Medicina y siempre estamos todos invitados. Es al aire libre.

—Claro, hace una noche de cinco grados genial para ello.

—Eso se arregla con unas copas.

—No tengo ganas...

—Va a ir Neill y creo que ya es hora de que dejes de hacer el tonto y lo veas.

—No tengo ganas.

—Te mueres de ganas, pero temes haberlo perdido como amigo o que ya no quiera acostarse contigo.

—No sé en qué momento os conté eso.

—En el que te tomaste cinco cervezas y empezaste a soltarlo todo. —Se ríe—. Vamos, es la noche perfecta. Si pasa de ti o ves que está con otras y ya no quiere nada contigo, pues ya lo sabes. Y aunque no quiera nada, le deberías decir que lo echas de menos como amigo.

—No he dicho que vaya a aceptar... —Me mira serio—. No lo he dicho, ¿no? —pregunto ya dudando de si cuando bebí con ellos hablé de más.

—No, pero no hace falta. Lo deseas y tienes diecinueve años, no haces daño a nadie. Vive la vida si es lo que te apetece.

Lo pienso y asiento. Es hora de que deje de huir. Daura no tarda en venir. Nos arreglamos y salimos hacia la fiesta. Llevo unos pantalones negros y una camiseta de manga larga. Estoy helada. Y me da igual no ir en plan «busco guerra». Yo lo que no busco es un constipado. Hasta llevo una bufanda de lana azul y, como haga mucho frío, me planto el gorro de lana que llevo en el bolso.

—Vas perfecta para seducirlo. Solo te han faltado los pololos de lana —se mete conmigo Mateo a medio camino, cuando, por el frío, me pongo el gorro.

—No voy a conquistarlo. Ya me ha visto peor vestida y sudorosa por el deporte, con la cara como un tomate a punto de explotar, y dijo que le atraía.

—Eso es cierto —dice Daura.

—¿Has cogido los condones que te compró tu madre?

—¡Mateo! —Se ríe—. Y no, no va a pasar nada.

—Eso pasa —dice Mateo deteniéndose—, en el fondo piensas que irás, lo verás con otra, le dirás que lo echas de menos como amigo y punto. Que no te dirá que te sigue deseando, que reprimirás tu deseo por él y ya está. Por eso te has vestido como una monja de clausura.

—No me he vestido así.

—No había visto hasta ahora lo que te pasa... —dice Daura—. Has tardado tanto en decidirte porque no te crees que Neill de verdad sienta deseo por ti. Y te alejaste porque en el fondo querías volver a su lado cuando tuvieras asumido que tú lo deseabas más que él.

—¡Es eso! Yo no podría haberlo dicho mejor.

—Idos un poquito a la caquita —les digo, dejándolos atrás.

—Se dice «mierda» —dice Mateo cogiéndome de un brazo mientras Daura lo hace del otro—. Y no sabrías vivir sin nosotros, ahora que nos conoces. Somos una adicción.

No les doy la razón, pero sé que la tienen. Me he acostumbrado a ellos. Lo malo es que cada vez estoy más integrada en esta nueva vida y escribo menos en el grupo de mis amigas. A ellas les pasa lo mismo. Hemos pasado de no poder parar de hablar a todas horas a decir «hola, ¿qué tal?» y poco más. Y no es que las quiera menos. Pero la vida nos está llevando por caminos diferentes.

Cuando era pequeña pensaba que nuestra amistad sería irrompible. Hacíamos estúpidos juramentos cuando nos juntábamos y creíamos que eso sería suficiente para mantener nuestra amistad. Pero sé que, pase lo que pase, si las necesito ahí estarán.

Llegamos a la fiesta y hay muchísima gente. No sé si encontraré a Neill. No sé si quiero verlo o no. Me sudan las manos. El corazón me late como un loco y el miedo por lo que pueda suceder esta noche no me deja tragar. Nos adentramos en la multitud. Me quito la bufanda y el gorro y los guardo en mi bolso. A medio camino me he abierto la chaqueta y el calor me hace sudar. Tanta gente concentrada bailando y bebiendo hace que la temperatura suba considerablemente.

Veo a varios jugadores con la chaqueta del equipo. Neill no la llevará porque no le gusta ir por ahí diciendo «Eh, soy el capitán, admiradme». Prefiere pasar desapercibido. Por eso nos costará más dar con él.

—¡Allí está! —«Oh, no», pienso tras escuchar a Mateo, que tira de mí y de Daura hacia la izquierda.

Busco a Neill con la mirada y lo veo hablando con una joven muy guapa que no pertenece a las animadoras. Se les ve muy bien juntos. Ella le dice algo y él sonríe antes de dar un trago a su copa. Me quedo paralizada. No sé qué decir, pero sí sé que siento celos y rabia por haber tardado tanto en decidirme. Yo lo sabía, su deseo solo fue una locura momentánea. Ahora solo me queda reunir el valor para hablar con él y esperar que quiera conservar nuestra amistad.

—Vamos, no te quedes aquí, ve hacia él, dile «hola» y a ver qué pasa —me anima Daura.

—Tal vez sea mejor hablar con él otro día... —digo acobardada, porque los nervios no me dejan respirar—. Tal vez le fastidie el ligue.

—Pues mejor —dice Mateo, y me empuja, así que no me queda más remedio que avanzar.

Camino hacia Neill sin dejar de mirarlo. Está increíblemente guapo, como siempre. Pero ahora que he reconocido lo mucho que lo deseo y que me atrae, es como si fuera más consciente de cada detalle suyo. Lleva el pelo negro algo despeinado, lo que le da un aire de intimidad. Le cae sobre esa ceja partida que aún no he descubierto por qué está así. Algo doloroso encierra; cuando le pregunté, cambió de tema y vi el dolor pasando por sus ojos marrones, unos ojos que ahora sonríen a la chica que tiene delante. Me molesta. Y, como ya imaginaba, no lleva la chaqueta del equipo. Va con su chupa de cuero y debajo asoma un jersey de color gris que acentúa su fornido pecho.

Saca el móvil y, al alzar la vista antes de guardarlo, me ve. Lo guarda mientras yo detengo mi paso. No puedo moverme. No estoy preparada para la verdad. Le sonrío con timidez, como diciendo: «Hola, he vuelto». Temo tanto lo que pueda pasar ahora que miro hacia atrás para saber si puedo salir corriendo y encerrarme en mi cuarto como una cobarde. Cuando lo vuelvo a mirar, está caminando hacia mí. Sus ojos no se despegan de los míos y yo hago lo mismo.

Está a menos de un metro cuando por fin me sonrío como siempre. Como si no hubiera pasado el tiempo. Y abre los brazos. Es tal el alivio que siento que acorto la distancia que nos separa y lo abrazo con fuerza. Él hace lo mismo y noto como tiembla. Sentirlo de nuevo tan cerca me calma como nada lo ha hecho estos días.

—Te he echado de menos, osita —bromea; sabe que odio ese mote que me pone mi madre.

—Yo a ti no, como digas esas cosas. —Se ríe. Su risa me penetra los oídos y lo abrazo más fuerte.

—Estoy aquí.

—Temí que no.

—Somos amigos y eso no va a cambiar nunca.

—¿De verdad? —le digo saliendo del cálido cobijo de sus brazos para buscar la sinceridad en su mirada, y la veo.

—De verdad.

Lo miro sonriente y Neill hace algo que no me espero. Me besa cerca de los labios. No dice nada, solo deja sus labios un segundo más de lo que suele durar un beso así. Se separa y tira de mí hacia donde están mis amigos. Los saluda y hablan de las clases y de todo un poco, como si nada, mientras cogemos algo para beber. Yo me siento dividida entre la euforia de estar a su lado de nuevo y la desilusión de que lo que me propuso se haya olvidado.

Una parte de mí pensaba que de verdad me deseaba. Miro a la chica con la que hablaba Neill, que ahora está con otro chico. Es preciosa, más alta que yo y con curvas de infarto. No es que a mí no me guste cómo soy, pero de repente me siento muy tonta por haber albergado esperanzas. Mejor así. Seguro que acabaría siendo un desastre.

Doy un trago a mi copa y escucho lo que dicen sin aportar nada. Neill está a mi lado y no se separa ni cuando sus amigos le dicen que se van a casa de unas chicas a seguir la fiesta allí. Por

la forma de decirlo, todos sabemos qué clase de fiesta va a ser esa y Neill solo les dice que los verá mañana en el entrenamiento. Tampoco hace mucho caso cuando un grupo de animadoras, entre ellas Lilit, pasan por su lado y lo llaman para contarle algo superimportante. Va hacia ellas y las escucha atento, pero no se aleja cuando tratan de llevárselo con él; y cuando Lilit intenta tocarlo con una sonrisa, le aparta la mano y regresa donde estamos.

—Te has perdido varios planes interesantes —le digo—. Seguro que esta noche tenías fiestas... —Alzo las cejas.

—No quería ir. —No añades más y saca el móvil para mirar algo de nuevo—. ¿Bailas? —dice cogiendo mi vaso de plástico y dejándolo sobre una mesa sin esperar respuesta.

—Parece que no puedo decirte que no —le digo cuando me lleva hacia donde está bailando todo el mundo. Llegamos y pone sus manos en mi cintura. Yo paso las mías por su cuello. La música es movida, no como nosotros nos movemos, y nos da igual—. Cada vez que bailamos la acabo liando...

—Me encanta cuando la lías.

—Hoy parece que tienes prisa, no paras de mirar el móvil.

—Solo miraba qué hora era, porque mañana tengo entrenamiento a las ocho.

—¿Tan pronto?

—Sí, a lo mejor te has enterado de que hemos empatado los dos últimos partidos.

—Algo he escuchado. —Neill sube sus manos por mi espalda y me cuesta tragar. No sé cómo iniciar el tema. Una parte de mí quiere ser sincera, otra me dice que voy a hacer el ridículo.

—A ti te pasa algo. Es como si quisieras decirme algo. —Lo miro y me sonrío de medio lado—. Vamos, reconoce de una vez que no has dejado de pensar en mí durante estos días.

—¡Eres un creído! —Me separo, pero me atrae de nuevo, esta vez más cerca.

—No lo soy, solo estoy desesperado por saber si tengo alguna posibilidad.

—¿De que te deje adorar mi cuerpo? —Asiente sonriente. Mi corazón da un vuelco—. ¿De verdad me deseas, Neill?

Neill se pone serio y no deja de mirarme.

—¿Acaso no me creíste? —Alzo los hombros.

—En parte, y en parte tengo miedo de que esto lo estropee todo entre los dos. No quiero perderte como amigo cuando pase. Tal vez solo sea una noche...

—No sería una noche, quiero hacerlo lentamente. Disfrutarte —acerca su oído al mío—, saborearte y explorar contigo la ciencia de la compenetración más perfecta que he atisbado hasta ahora. No sé cuánto durará, pero yo no quiero ir rápido contigo. Contigo no —creo que he olvidado cómo se respira—. Y, pase lo que pase, estaré aquí como amigo, eso no va a cambiar.

—No tengo mucha experiencia y tú...

—Yo tengo mucha de la mala, con personas que solo querían de mí un cuerpo, un encuentro rápido para decir a todos que han estado con el capitán. No tengo experiencia con alguien a quien haya deseado tanto como a ti.

Lo miro a los ojos: es sincero. Y me está pidiendo que lo sea también.

—Mi madre me dijo que me preguntara si podría vivir sabiendo que me negué, si con los años me arrepentiría, y sé que sí. Porque hasta ahora no he deseado a nadie como te deseo a ti y

quiero experimentar lo que es eso y olvidar lo que era estar con alguien a quien creía querer y me dejaba fría. No quiero conformarme más. Lo quiero todo... en la cama, digo.

Agacho la mirada porque siento que he dicho mucho y no quiero analizarlo.

—¿Nos vamos? —me dice cerca de mis labios.

—Pensé que ibas a besarme. —Sonríe.

—Voy a darte muchos besos, pero te quiero solo para mí.

—¿Va a ser un secreto? —le pregunto curiosa y temiendo que me quiera ocultar. Yo no me avergüenzo de estar con él, pero temo que él sí lo haga de mí.

—No, no hacemos nada malo. —Agacha sus labios y me besa. Es un beso corto para lo mucho que deseo perderme entre su cálida boca—. ¿Nos vamos?

—Vale.

Sonrío y vamos hacia donde están nuestros amigos.

—Me va a acompañar a casa —digo algo cortada.

—Ya, claro, te va dejar en la puerta —dice Mateo—. Volveremos tarde. Usad protección.

—¡Mateo! —lo recrimino. Se ríe y Daura me abraza.

—¡Nos vemos! —me dice esta última.

Salimos y nos alejamos de toda esta gente. Me abrigo y miro a Neill feliz cuando nuestras manos se entrelazan. Nos miramos como dos enamorados que acaban de confesarse amor eterno. Cosa que no es así, pero quien nos vea sé que pensará eso, no que somos dos personas adultas que han aceptado la pasión que sienten y van a darle rienda suelta.

Capítulo 2



NEILL

Miro a Deb de reajo. Se da cuenta y me sonríe cómplice, feliz y con las mejillas sonrojadas.

La he echado terriblemente de menos. Y no porque la deseara; era algo más. Como amiga me faltaba ese apoyo que hasta ahora no había tenido en la universidad. Mi primer año de carrera fue un no parar. Iba de un lado a otro, con unas y con otras. Nuevos amigos que solo me querían por quien soy y no por lo que soy. Y entonces llega ella y me vuelvo adicto a ser yo para alguien, a no ser solo el capitán del equipo.

Ella ha puesto mi mundo patas arriba. Ha hecho que una cita sea especial y que un beso no sea solo el preludio de un encuentro rápido que siempre me deja frío. Siempre me he conformado. Siempre he creído que lo único que podía tener de la vida eran las migajas, pero con ella quiero más. Quiero explorar nuestra sexualidad y volver a experimentarlo todo entre sus brazos. Nunca me he sentido tan vivo como cuando la he besado. Y dure lo que dure, lo atesoraré. Como regalo.

Me ha costado darle su espacio y no llamarla, como ella deseaba. Aunque siempre he estado cerca. He pasado alguna vez por los sitios que ella suele frecuentar con sus amigos en la universidad y la he visto desde la distancia. Tan solo un instante, para no delatarme, un momento, con la esperanza de que pronto se acabara ese distanciamiento.

— Y qué tal estos días?

—Un agobio total de clases y trabajos y ya he empezado a prepararme cosas para los

exámenes. Estoy algo nerviosa por ellos.

—Te saldrán bien. Ya lo verás. —Asiente distraída.

—¿Y tú qué tal? No me tenías para pasarte los apuntes...

—¿La verdad? Jodido, y no por no tener tus buenos apuntes, que también, es porque el entrenador solo vive para que seamos los mejores en el campo y le da igual que saquemos un cinco pelado. Y yo no quiero solo un cinco. Quiero más.

—Podrás con todo, y en lo que pueda te ayudaré.

—Tú preocúpate de lo tuyo y yo lo haré de lo mío, que no quisiera que por mi culpa descuidaras tus estudios.

Seguimos andando.

—¿Crees que es un buen momento para esta aventura? —me pregunta temerosa de mi respuesta.

—Sí. —No digo nada más, pero la firmeza tras la afirmación la hace sonreír.

Estamos a punto de llegar cuando recuerda algo y se vuelve para contármelo.

—Mi madre recuperó todo el dinero. Se enfrentó a sus queridas animadoras por mí. —Sonríe feliz—. No me gusta recurrir a mis padres para sacarme de los líos, pero la verdad es que me gustó que ella diera la cara por mí.

—Te entiendo, a mí también me hubiera gustado.

—¿Que la diera por ti tu madre verdadera? —pregunta curiosa.

—No quiero hablar de ella.

—Vale, pero cuando quieras, me encantará escucharte. —Asiento.

Entramos en su residencia y vamos directos al ascensor que lleva a su piso. Es entonces cuando noto que Deb se pone más nerviosa al ser consciente de adónde vamos y qué vamos a hacer. No tiene ni idea de lo que tengo en mente y es normal, teniendo en cuenta mi reputación. Por eso la cojo de la mano y la acerco hacia mí. Busco sus labios y la beso, notando cómo los nervios dan paso a la pasión y cómo pasa de ser un cervatillo asustado a una leona que sabe lo que quiere y lo que desea; y me desea a mí, aunque, si soy sincero, me cuesta entenderlo.

—Solo voy a besarte. Toda la noche, hasta que te duelan los labios. —Le doy un pequeño mordisco en el labio inferior y tiro de él para después lamerlo.

—¿Solo besos?

—Sí, quiero degustarte con lentitud.

El ascensor se abre y salimos hacia su casa. Ya dentro me mira. Sonrío y vamos a su cuarto. Ha cambiado desde la última vez que lo vi. Hay fotos en las paredes de sus amigas de antes, de sus amigos de ahora y de su familia. El cuarto ha cobrado vida y, aunque está ordenado, se nota que le costó elegir qué ponerse esta noche por la montaña de ropa que hay en la silla. La miro divertido.

—Me he probado cientos de cosas y acabé vestida como una monja. Total, ni me he quitado la chaqueta —Se la quita ahora y la deja sobre la silla. Yo hago lo mismo con mi cazadora.

—Estás muy guapa.

—Lo sé, pero no era lo que me quería poner. No quería parecer «Deb en conquista desesperada de Neill». —Me río—. Quería que, si no había nada, mi ropa no te diera pistas de lo

que buscaba, porque iba a mirar hacia otro lado para ser tu amiga. Se te veía muy bien con esa chica. Era mona —dice dejando traslucir los celos.

—Sí, era mona. —Pone morros y voy hacia ella y le acaricio el labio—. Pero no eras tú.

Sonríe, no puedo resistirme y atrapo su sonrisa entre mis labios. Me encanta besarla. Sentir como su boca se amolda a la mía y como su pequeño cuerpo parece hecho para encajar con el mío. Me encanta acariciarla. Pasar mis manos por su piel y notar cómo se eriza por mi contacto.

Nunca he estado con una mujer tan receptiva a mis caricias. Ninguna me hizo sentir que un solo roce de mis dedos la hacía especial. Ni ninguna consiguió que yo experimentara lo mismo, como ahora, cuando Debbie pasa sus manos por mi cuello y las enreda entre mi pelo. Me olvido de pensar y casi de respirar mientras la beso con la desesperación de un adolescente que acaba de tener su primer contacto con el sexo. Deb se choca con la cama y sonrío entre mis labios. Me aparto y tiro de su camiseta, y hago lo mismo con mi jersey.

—Pensé que solo íbamos a besarnos —dice pasando sus manos por mi pecho.

—Y eso vamos a hacer, pero quiero sentir tu piel cuando lo haga.

Noto como su respiración se acelera. Le gusta que le diga qué voy a hacer. O qué deseo hacer con ella. Aunque sé que la asustaría si le dijera todas las cosas que tengo en mente explorar a su lado.

—Me gusta la idea —dice y, aunque duda, al final acaba por besarme en el pecho.

Cierro los ojos y me cuesta controlarme. La dejo explorar. Sus caricias no son rápidas, son lentas, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. La miro mientras me besa y, por unos instantes, me siento deseado y querido. Nunca he experimentado esto. Y sé que debo atesorarlo, porque tal vez estos momentos sean los únicos en los que sienta cómo sería que para una mujer yo lo fuera todo.

A veces toca conformarse.

Me besa en el hueco de mi cuello y noto como los pelos se me ponen de punta. La miro: es preciosa. Y no puedo aguantar más. Atrapo sus labios y adentro mi lengua en su boca mientras la dejo en la cama y me hago un hueco entre sus piernas. Noto su piel acariciar la mía. Cómo los contornos de su cuerpo se ajustan a los míos. Me encanta sentirla debajo de mí. Notar como mi dureza, que se muere por salir a jugar, se anida cerca del centro de sus piernas. Esta noche no, esta noche quiero aprender de nuevo el arte de besar.

* * *

—¿De verdad que solo quieres besos? —Asiento. Estamos en su cama, tras un largo rato de besos—. Pues la tienda de campaña de tus pantalones dice otra cosa.

Me entra la risa por su descaro. Se alza y se apoya en mi pecho.

—No me quejo —me dice acariciándome la barba incipiente—. Me encanta besarte.

—A mí también, y ahora será mejor que durmamos algo si quiero no ser un cero a la izquierda mañana, en el entrenamiento.

—¿Te quedas?

—¿Te importa?

—No, me gusta que lo hagas.

—Nunca he dormido con nadie —confieso.

—Ahora me dirás que te gustaba tu intimidad, que no querías que la invadieran...

—No, ahora te diré que nunca nadie ha querido dormir conmigo —le confieso.

—Es triste. Yo tampoco he dormido con ninguna persona que no sea de mi familia. Me pasa como a ti, ninguno de mis ex quería. Y es triste. Porque yo lo deseaba y nunca lo pedí.

—Yo tampoco. Me era más fácil pedir que se quitaran la ropa que reconocer que por una noche no quería dormir solo.

—Eso es lo que nos diferencia del resto de las experiencias que hemos tenido. Que ante todo somos amigos y no tememos decir lo que pensamos por si espantamos al otro —dice sabia, y es así.

—Sí.

—Buenas noches, Neill —dice tras taparnos.

—Buenas noches, y no ronques, odio los ronquidos —bromeo y ella se ríe.

—Pues ronco mucho. A veces he despertado a los vecinos.

—¡No, por Dios, qué pesadilla! —La acerco más a mí—. Haré el esfuerzo.

—Merecerá la pena —dice, y se acomoda entre mis brazos.

No le respondo, pero es porque no tengo palabras para decirle que no cambiaría nada de lo vivido con ella ni de este momento por nada del mundo.

* * *

—Me voy, Deb.

—Yo voy a seguir durmiendo. —Me río y abre los ojos. Le robo un beso—. Me gusta despertar así.

Me sonrío con calidez.

—¿Vendrás al partido?

—No, pero te deseo suerte. —Se vuelve y da la conversación por acabada.

No le insisto; no me gusta hablar de mis padres y a ella no le gusta verme jugar al fútbol. Y tengo que aceptarlo.

* * *

Salgo al campo de entrenamiento. Tengo sueño, porque me he pasado media noche despierto al sentir a Deb junto a mí. Era raro notarla dormida a mi lado, como cuando vimos la peli y se durmió. La sentí tan vulnerable, tan apacible, que era como si confiara sin más en mí a ciegas, y me gustó mucho la sensación. No ha habido más que besos entre nosotros y siento como si todo lo vivido hasta ahora con otras mujeres no hubiera sido tan importante.

—Hola, Neill —me dice Oziel, que tiene cara de sueño, como la mitad del equipo—. Anoche te vi besarte con Deb.

—¿Y pasa algo? —pregunto por su tono serio.

—No, solo que ella no es como el resto. No le va el sexo por el sexo como a las otras.

—Todas las mujeres son especiales. Tal vez nosotros no hayamos sabido ver la belleza de las que se nos han acercado, pero siempre para alguien serán únicas.

—Se nota que eso que dices te lo ha dicho tu madre. —Se ríe y es cierto. Pero hasta ahora no lo había recordado.

He estado con muchas mujeres y, como yo, han disfrutado del sexo, y eso no las hace mejores ni peores que yo; somos iguales.

—No somos mejores que ellas por ser hombres. Hacemos lo que nos da la gana, como ellas.

—Vale, vale, no lo pagues conmigo, está claro que esta noche no has follado, si no no tendrías ese gesto de amargado. —Lo miro molesto—. Lo siento, soy un poco bruto. Y yo también creo que todas las mujeres son únicas, por eso las adoro tanto. —Pone cara de pillo y luego la cambia por otra más seria—. Lo que quiero decir es que Deb es especial; es tu amiga y, si te enamoras de ella, lucha por ella. No huyas, es bonito estar con alguien que te quiere.

Noto tristeza en sus ojos azules y asiento. Se aleja. Oziel no es tan frío como quiere aparentar; tal vez, como yo, solo se conforma con lo que la vida le da.

El entrenamiento me cuesta más que otras veces. Estoy distraído y no creo que eso sea bueno para el partido de esta tarde. A la hora de la comida el entrenador nos hace comer juntos y así supervisa lo que tomamos. No quiere que la comida nos haga estar pesados esta tarde. No lo soporto y está haciendo que jugar al fútbol para mí una obligación. En mis compañeros tampoco veo la emoción del año pasado. No veo esas ganas de ganar por divertirse. La temporada pasada, el entrenador, como nos iba bien, no nos presionaba, pero en esta la fama y el dinero han sacado su verdadera personalidad.

A la hora del partido estoy tenso. Miro hacia las gradas: Mateo y Daura han vuelto a venir, pero Deb no está y no creo que venga. Me encantaría que lo hiciera, pero nunca la obligaría.

—¡Vamos, Neill! ¡Cómetelos a todos! —me grita Lilit, que últimamente es excesivamente simpática conmigo.

Asiento y sigo a lo mío y, como ya temía, no tengo mi mejor partido. Ganamos por un gol que ellos se meten en propia puerta; es un triunfo que no ha sido nuestro y, por la cara del entrenador, no le gusta nada. Cuando entramos en los vestuarios nos tiene preparada una hora de charla.

Estoy deseando ducharme y largarme de aquí y, cuando por fin se calla, nos vamos todos a las duchas y nos vestimos en tiempo récord para largarnos de este lugar que el año pasado fue nuestro santuario. Nos está perdiendo y el entrenador ni siquiera es consciente. Muchas veces la gente se pregunta cómo un mismo equipo cambia el rumbo según el entrenador que lo lleve si son las mismas personas, pero es que el entrenador es nuestro líder, nuestro guía, y si no nos guía bien puede acabar hundiendo a unas personas que en otras manos serían brillantes. El poder mental juega una gran baza para motivar a un equipo, y se lo está cargando.

* * *

Entro en el *pub* donde me ha dicho Deb que estaba con Mateo y Daura cuando la llamé. No

tardo en verla inclinada sobre la mesa de billar. No puedo evitar admirar su redondeado trasero y, cuando tira metiendo dos bolas, estoy tras ella y la beso en el cuello.

—¿Quién me acosa? —dice queriendo parecer ofendida.

—Me duele que no me reconozcas.

—Es que tengo muchos admiradores, podría ser cualquiera de ellos —bromea coqueta.

—Tendré que refrescarte la memoria.

La beso sin importarme quién mire. Cuando me separo tiene los ojos cerrados y sonrío traviesa.

—Creo que eres uno de mis ex, besas igual.

—Tú sí sabes cómo rematar a un hombre.

Se ríe y me besa, esta vez con los ojos abiertos.

—Sabía que eras tú desde el principio. Si otro me toca así le meto el palo de billar por el culete. —Me río—. Y ahora déjame ganar a estos idiotas. —Mira a sus adversarios, que no pierden detalle de nosotros—. Dijeron que una mujer nunca sería capaz de jugar al billar mejor que un hombre y los reté.

—Machácalos. —Le guiño un ojo y voy hacia la barra donde están Oziel y Levi, que esta noche no tenían ganas de irse de fiesta con el resto del equipo y me preguntaron adónde iba yo.

—Tu chica les está dando una paliza —dice Levi. Es el único chico de cuatro hermanos que son y siempre anda protegiendo a las mujeres; para él son un tesoro de la vida.

—Es solo una amiga.

—Eso dice —apunta Oziel divertido. Lo ignoro.

Me pido un refresco y veo como Deb mete dos bolas y los mira desafiante.

—Les está haciendo tragarse sus palabras.

—Por experiencia te digo que pueden ser mejores incluso —dice Levi.

—Creo que se están dando cuenta —respondo con admiración cuando a Deb le queda solo la negra por meter. Falla, pero va hacia donde están Daura y Mateo relajada.

Le toca tirar de nuevo y noto cómo examina la jugada. Analiza todos los ángulos y, cuando lo tiene, se ríe, y por su sonrisa sé que esta partida es suya. Se agacha para tirar y antes de hacerlo me mira como quien sabe que tiene la gloria en sus manos, y así es. Golpea la bola blanca, esta rebota y da a la negra, haciendo que entre en el agujero que le da la victoria.

—¡Has hecho trampas! —grita su adversario enfadado cuando Deb lo celebra con Daura y Mateo.

—Lo que he hecho ha sido dejaros meter alguna. Mi padre me enseñó desde pequeña a jugar. Tengo una mesa de billar en mi garaje. Eso os pasa por ir de chulos.

—La revancha, y esta vez por parejas.

—Creo que me toca a mí jugar —dice Levi. De los tres es el mejor—. Vale, aceptamos —añade yendo hacia los tacos—. Ella y yo contra vosotros. Elige bien a tu compañero, no quiero avergonzarte demasiado.

Deb se ríe y choca su puño con Levi.

—Los vamos a machacar —le dice feliz.

Oziel y yo cogemos nuestros refrescos de la barra y vamos a la mesa alta donde están Mateo

y Daura.

Empiezan los rivales y meten tres seguidas. Miran a Deb y Levi con aires de superioridad y estos solo sonrían. Levi deja que Deb tire primero y le dice que no tenga piedad; y ella no la tiene, mete cuatro bolas.

—Me encanta tu chica —dice el pesado de Oziel.

—Deb es única —responde Mateo—. Y mejor no la retéis a los dardos, yo lo hice y le acabé pagando la cena y las bebidas.

Deb se acerca a mí y le paso la mano por la cintura. Coge mi refresco y da un largo trago.

—Son tontos. Siempre dicen que es mejor una retirada a tiempo —dice cuando Levi termina de rematar la jugada y solo deja la negra—. Había visto jugar a Levi alguna vez aquí y sabía que era bueno, y ellos no es la primera vez que están aquí, así que también lo sabían.

—Hay gente que no ve la verdad aunque la tenga delante de sus ojos.

—Así hay muchos —dice Oziel, y Mateo le choca la mano.

Deb se ríe, aunque no sabe por qué lo dicen estos dos, o eso creo. Le toca a ella y, una vez más, demuestra su maestría metiendo la negra donde le corresponde. Eufórica, abraza a Levi y este hace lo mismo. No soy celoso, o eso creo... Tras su triunfo se acerca y se tira a mis brazos para besarme feliz.

—¿Jugamos otra? Ellos se han dado por vencidos —dice al ver como se van.

—No soy tonto, paso de jugar contra vosotros dos —le digo divertido.

—A mí sí me gustaría jugar contra ti —le dice Levi—. Eres una digna rival.

—Genial.

Acaban ganando una partida cada uno y lo dejan en tablas. El *pub* se ha empezado a llenar y decidimos irnos a bailar a una discoteca cerca de aquí en la que ponen muy buena música. Deb se cuelga de mi brazo antes de llegar. Bosteza.

—Tienes sueño —doy voz a lo evidente.

—Sí, pero lo estoy pasando muy bien esta noche.

Yo también. Me he olvidado del partido, de la charla y de todo excepto de disfrutar con mis amigos y con ella. Cada vez evito más las fiestas de la fraternidad. Ya no veo en ellas el atractivo del primer año. Algo está cambiando en mí. Y me pregunto si ese algo es ella.

Capítulo 3



DEBBIE

Llevo un rato bailando con Mateo y Daura en la pista de baile. Estoy sudando, cansada, y por alguna razón no puedo parar de moverme. Neill está con sus compañeros de equipo no muy lejos. Ha habido un momento en que no dejaba de mirarme, me sentía devorada por su mirada y eso me hacía sentir muy femenina. Hasta que han llegado más integrantes del equipo con las animadoras y su mirada ha cambiado; ahora las mira a ellas mientras le hablan. O eso creo, pues hace rato que ni lo miro. ¿Y qué esperaba? Es lo que hay, no somos más que amigos. Y esto es lo mismo que pasaba antes.

«O casi lo mismo», pienso cuando se pone detrás de mí y sus manos acarician mi cintura bajo la camiseta.

—Estoy sudando —le digo cuando la adentra más, al tiempo que nos movemos con la música.

—Lo que me hace desear verte sudada... y sin ropa.

—Tonto. —Me da la vuelta y nuestros ojos se encuentran en esta penumbra—. Se te veía muy bien acompañado.

—¿Celosa?

—No sueñes. No soy celosa, y menos con un amigo. —Sé que espero que diga algo y que no va a decir nada, ni debe; por eso, antes de que lo haga, me alzo y lo beso.

El beso se hace cada vez más intenso y doy gracias a la música, porque así nadie escucha mis

gemidos. La culpa la tiene Neill, pues, cuando me muerde el labio antes de acariciarme con su lengua, hace que sin poder evitarlo me salgan esos ruiditos. Lo sabe, y por eso al mirarle sonrío. Anoche lo hizo muchas veces. Y cada vez me gusta más.

—Eh, chicos. —Me separo de Neill y veo a un Mateo sonriente—. Nosotros nos vamos.

Neill se aparta y mira su reloj.

—Sí, es tarde, es mejor irnos.

Salimos de la discoteca tras coger nuestras cosas y espero que Neill diga que se viene conmigo, pero al ver que les dice a sus amigos que lo esperen, creo que mi sonrisa se pierde de golpe.

—Hoy es mejor que descanses y no creo que puedas hacerlo a mi lado. —Me besa tras acariciarme.

—En verdad me da igual que vengas —miento y, por su sonrisa, lo nota—. Que pases buena noche.

—Tú también. —Me besa lentamente y lo cojo de la cazadora—. Nos vemos pronto.

Ahora no parece tan seguro de irse, pero se va. Me doy la vuelta para irme con mis amigos. No tardan en decir lo que piensan, como ya esperaba.

—Me parece muy raro que alguien que se acostaba con unas y con otras de repente te trate como si fueras monja, o virgen —dice Mateo.

—Eso es que la respeta.

—Ya, claro, estaría genial si el pacto que hay entre ellos fuera el de ir enamorándose poco a poco. Pero no es el caso. O se arrepiente, o te quiere conquistar. Porque otra explicación no me entra en la cabeza.

Lo pienso y tiene razón. No me está conquistando. No somos novios. Solo hemos aceptado ver adónde nos lleva la pasión, y ahora parece que quiere ir despacio, y no me importa. Pero temo que sea porque en el fondo se arrepiente.

NEILL

—¿Se puede saber qué haces con nosotros y no con esa chica que estaba pidiendo a gritos que te fueras con ella? —me dice el bruto de Oziel.

—Tengo sueño.

—Ya, claro, lo que tienes es miedo de que descubra que la tienes diminuta. —Levi se ríe con su gracia.

—Ya quisieras tú que la tuviera pequeña para que la tuya no pareciera tan ridículamente enana. —Lo pico y hace efecto—. No quiero ir rápido.

—Ya, tío, pero no es tu novia. No la estás conquistando... ¿O sí?

—No, para nada. Solo somos amigos —le respondo a Oziel—. Y ahora déjame en paz y deja de hacer de maruja.

—Solo digo que, si quieres enamorarla, vas por el buen camino —apunta Oziel—; pero si solo hay sexo entre los dos, vas por la dirección errónea. Al final se enamorará de ti como Lilit y,

oye, tal vez sea lo que quieres.

—Tú no sabes nada.

Y lo cierto es que yo tampoco. No deseo otra cosa que estar a su lado. Que enseñarle las diferentes maneras de hacer el amor y, sin embargo, huyo de ella porque temo que todo acabe pronto, y no quiero. Me asusta que esta magia se vaya antes de que la haya disfrutado.

DEBBIE

Última clase del lunes acabada. Recojo mis cosas mientras mis compañeros salen en tropel por la puerta. Me ha gustado mucho cómo la ha dado Conor; se me pasan las horas escuchándole hablar de historia. No me extraña que Ginebra se enamorara perdidamente de él. No solo es atractivo, también es muy inteligente, y a veces una persona inteligente es mucho más interesante y puede conseguir más suspiros que una solamente guapa.

Salgo de clase y siento que alguien me mira. Alzo la vista y veo a Neill apoyado en la pared de enfrente observándome. Con esa sonrisa suya que me fascina y me vuelve loca. Y que me encanta besar una y otra vez. Voy a su lado recordando que el sábado no se vino conmigo y que ayer domingo, por los entrenamientos, no nos vimos. Él debe de notar la inseguridad en mi mirada, porque me coge la cara entre las manos y me besa lentamente, dejándome con ganas de más cuando se separa.

—¿Te apetece que te invite a comer?

—Me apetece. Pero tiene que ser en un lugar con mucha gente. No vaya a ser que salte sobre ti y te asuste, dado que me evitas...

—Qué graciosa. Y no te evito. Te deseo mucho.

—De boquilla. Pero ya sabes lo que dicen: por la boca muere el pez.

—Yo que tú no me tentaba, o no podrás sentarte en una semana.

—¡Neill! —Le doy en el brazo sin hacerle daño y se ríe—. Eres un bruto neandertal.

Me besa y silencia mis gritos.

—Es broma, y ahora deja que te invite a comer y ya sucederá.

—Me haces parecer una salida por decirte que te deseo —le digo sin moverme del sitio.

Neill se pone ante mí y me alza la cara.

—Me encanta que me desees, pero nunca he ido lento con una mujer y contigo quiero hacerlo, porque quiero que esto dure. Sea lo que sea, antes de que solo seamos los amigos de antes, quiero atesorarlo. ¿Lo entiendes? —Me mira de tal forma que, por un momento, veo a ese niño que perdió a sus padres.

Y lo entiendo, porque yo tampoco quiero que esto se acabe.

—En verdad me gusta que sea así. —Sonríe y empieza a andar hacia su coche.

—Eso no es cierto, te mueres por catar mi cuerpo —bromea, siendo el Neill de siempre.

—No te flipes. Solo me atraes, pero como tú hay muchos. Eres uno más en mi lista. —Le sigo la corriente en tono de broma. Como antes, sin tensiones, como dos buenos amigos que saben separar el sexo de la amistad y que no se cortan a la hora de ser uno mismo al lado del

otro.

—Me ofendes... Yo que solo he estado con una o dos mujeres... ¿No te das cuenta de que soy casi virgen?

Me río, me lloran los ojos y me lanzo sobre él para abrazarlo con fuerza. No quiero que esto cambie nunca. No quiero perderlo.

* * *

—Ha sido la mejor hamburguesa que me he comido nunca. Pero ahora no puedo moverme —le digo tirada en el asiento del copiloto.

—Ya te dije que eran muy buenas. Las descubrí el año pasado y de vez en cuando vengo con los del equipo.

—Pues tuviste muy buen ojo. —Sonríe mientras conduce hacia el centro comercial. Quiero ir a la librería de allí a mirar libros.

—¿Qué tal lleva tu madre que no estés con las animadoras? —me pregunta.

—Bien, eso lo lleva bien, ahora lo que está es muy pesada con nosotros. —Me mira atento mientras el semáforo está en rojo—. ¿Tú ves normal que una mujer que te mete dos cajas de condones en la maleta de repente te diga los peligros que puedes correr y parezca que le da miedo que hagas lo que te dijo que hicieras?

El semáforo se pone en verde y Neill sigue la marcha.

—Yo creo que tu madre en realidad no quería que te desfogaras con unos y con otros. Pero lo entendería si lo hicieras, y quería decirte con ese gesto, yendo de moderna, que, si te pasaba algo, hablaras con ella. No le gusta, pero no quiere que estés lejos de ella si algo sale mal o si necesitas hablar de ciertos temas.

—Supongo que es así.

—¿Tu madre era joven cuando te tuvo?

—Veinte años. Se fue tras mi padre y un mes después se quedó embarazada, y todo cambió. Yo nací con ocho meses; cuando se quiso dar cuenta, ya estaba en su vida.

—Lo dices como si fuera lo peor. Ella era feliz con tu padre y contigo.

—Sí, pero mi madre tenía sueños. Y los dejó, y no sería la primera persona que un día se levanta y se da cuenta de que su vida ha pasado sin haber hecho nada relevante y entonces estalla.

Me recorre un escalofrío.

—No lo sería, pero de momento eso no ha pasado. Lo mejor de soñar es que a veces la vida te sorprende y te muestra cosas que ni habías imaginado, y son mucho mejores —me dice filósofo, y aunque una parte de mí quiere creerlo, otra siente pena por mi madre. Por esa mujer de treinta y nueve años que vive la vida a través de lo que hacemos los demás. ¿De verdad puede ser feliz así?

Paramos en el centro comercial y nos pedimos unos cafés para llevar. Entramos en la librería y voy hacia las novelas románticas. Me apasionan. Veo las románticas con erotismo y cojo una al azar. La hojeo y me sonrojo por lo que leo; en ese momento siento a Neill leer tras de mí la

escena. Mis colores se acentúan. Mi respiración se acelera y el muy cabrito me coge de la cintura y me acaricia bajo la camiseta. Se acerca a mi oído y, antes de que hable, ya noto como su aliento hace estragos en mi piel.

—Me encantará probarte.

—Tonto. —Se ríe y me besa en la mejilla antes de alejarse.

Dejo el libro, porque no me ha interesado mucho la sinopsis, y busco otro. Al final acabo con dos, uno de romántica contemporánea y otro con erótica. Tras pagar, salimos de la librería y nos topamos con un montón de personas que corren hacia el fondo del centro comercial. Al mirar hacia allí vemos una gran aglomeración de gente y una tienda con las luces apagadas.

—Vaya, parece que mi cuñada va a inaugurar una nueva tienda. ¿Te apetece conocerla junto a mi hermano y mi sobrina? Seguro que están cerca.

—Claro. Tu hermano es tan sexi que quién rechazaría conocerlo... —Empiezo a andar, pero Neill me detiene.

—Mejor nos vamos. —Tira de mí para llevarme hacia el otro lado con una sonrisa. Me río y lo beso.

—Tú eres mucho más sexi que él, pero que no se te suba mucho a la cabeza.

Me besa y parecemos dos enamorados que buscan cualquier excusa para tocarse. Sé que nadie nos verá como dos amigos, y más si ponen su mano en mi corazón y sienten cómo late acelerado. O si ven la cara de tonta que se me queda cuando nos separamos. Nada de esto indica que seamos amigos. Pero es lo que somos. Lo único que somos. Y que me pierda en sus bellos ojos marrones o que su sonrisa me derrita, no quiere decir nada...

* * *

El guardaespaldas de Kevin y Allie nos deja pasar por una puerta oculta que da a la tienda aún sin inaugurar. Entramos en ella y buscamos a su hermano y su cuñada. Nos llevan a un despacho y, al abrir la puerta, allí están los tres, junto al tío de Allie, que está ultimando los detalles de su modelo estrella. Me quedo sin palabras. Allie es aún más increíble en persona. Nos sonrío y veo a una pequeña de dos años que se baja de los brazos de su padre y corre hacia Neill. Se abrazan con fuerza. Se nota lo mucho que se quieren estos dos.

—Ella es Debbie —me presenta Neill, y sigue con su sobrina.

—Esa soy yo.

Se me presentan como si no supiera sus nombres y siguen con lo que estaban haciendo.

—¿Hay mucha gente? —pregunta Allie.

—Muchísima —respondo yo—. Yo no podría estar en tu lugar. Me gusta más pasar desapercibida.

—Te acostumbras. Y ahora lo hago menos.

—Lista —dice su tío—. Estás preciosa. —Le da un cariñoso beso en la mejilla y se va.

—¿Qué tal? —pregunta Allie dando una vuelta.

—Sabes que estás impresionante —le responde Kevin.

—Ya, bueno, pero a nadie le amarga un dulce, y a los hombres os cuesta un montón decirnos

lo bonitas que nos veis. ¿A que sí, Debbie?

—Sí, yo he recibido pocos piropos.

—Neill es un bruto —dice Allie.

—Lo es, pero solo es mi amigo —apunto.

—Ah, bueno, pues los amigos también deben decirte lo bonita que estás.

—El problema es que vosotras no comprendéis que os vemos preciosas hasta recién levantadas y por eso no encontramos la diferencia de cuando os pasáis horas ante el espejo —apunta su marido, y Allie le sonríe enamorada.

Sé que llevan muchos años juntos y en sus ojos sigue brillando el amor, como si acabaran de empezar. Viéndolos así, siento envidia. Y me recuerda que esto lo he visto desde niña con mis padres. Ellos se miran de la misma forma.

—Tenemos que abrir —dice el tío de Allie, y esta se despide de nosotros y se va con su tío.

—Yo prefiero verlo desde lejos —dice Kevin.

Salimos y vamos con la pequeña, que tiene agarrado con fuerza a su tío, a una zona más alejada. La tienda se abre y la locura empieza. Cientos de personas quieren una firma y una foto de Allie y, cuando lo logran, van a mirar la ropa. Yo observo las prendas que hay a nuestro alrededor. Tengo varias cosas de Allie en mi armario; seguro que a mi madre le dará algo cuando sepa con quién he estado. Por eso hago una foto de Allie desde lejos y la mando al grupo; mi madre no tarda en responder.

Mamá: Qué envidia, hija, me podrías haber llevado, estoy aquí sola aburrida en casa.

Y eso es cierto, mi madre pasa mucho tiempo sola en casa. Siento lástima por ella.

Deb: Ha sido algo imprevisto. ¿No está Andrew contigo?

Andrew: Estoy en mi cuarto haciendo deberes y mamá está con las vecinas en el salón. Las risas que escucho no creo que sean de aburrimiento. Lo dice para que te sientas mal por no llevarla.

Mamá: Es que me hace ilusión conocer a Allie.

Deb: Tal vez otro día. Pasadlo bien.

Mamá: Y tú, hija. Y llámame cuando puedas, te echo de menos, osita.

No le respondo y guardo el móvil. Noto que alguien me tira del pelo y al mirar a mi derecha veo a Petra, que me sonríe en brazos de Neill. Es tan dulce...

—Hola, preciosa. —Pone sus manos regordetas en mi cara y junta su frente con la mía. Sus ojos son grandes, además de bonitos como los de Kevin y tan sonrientes como los de Neill.

—Le has gustado —dice Neill cuando la pequeña se vuelve hacia él y me mira refugiada entre sus brazos.

—Les encanto a los niños —digo sobrada.

Una joven grita que Kevin está aquí y en un momento vemos como cientos de seguidores nos rodean. Kevin mira a su hermano y este, tras cogerme de la mano, se aleja de este lío con la pequeña para que nadie le haga daño en su deseo descontrolado de conseguir un *selfie* con Kevin.

Entramos en el despacho de su tío y nos sentamos con la pequeña en medio, que pone sus

manos en nuestras piernas contenta por tenernos para ella sola.

—No podría soportar vivir así, y sé lo que es esto por mi padre. Yo me he sentido como Petra cuando era pequeña —le confieso, y los recuerdos me asfixian—. Mi madre cuidaba de mí y dejaba a mi padre solo para que no me lastimaran. Íbamos a cualquier sitio y nos veíamos asediados por la gente que quería una foto o tocar a su jugador favorito.

Se me acelera la respiración por unos recuerdos que nunca quiero sacar a la luz. Neill lo nota, e incluso Petra se alza y me tira de la mejilla.

—No pasa nada —les digo, y sonrío.

—Sí pasa, pero ya me lo contarás.

—¿Como tú me cuentas todo? —Neill se tensa—. Todos tenemos nuestros secretos. Este es mío.

Asiente y Petra nos mira a uno y a otro; se baja del sofá y va adonde sus padres han dejado los juguetes. Nos llama con su manita y me sorprende que alguien tan pequeño sea capaz de empatizar con la tensión de dos adultos y quiera que juguemos con ella para olvidar. Y eso hacemos. Acabamos jugando con sus muñecas y me río de la voz que pone Neill haciendo de chica. Es horrible.

Kevin y Allie tardan un poco en conseguir venir. Han tenido que cerrar la tienda para eso. Nos invitan a cenar, pero decimos que es tarde.

—Espero que otro día vengáis a casa —dice Allie abrazándome—. Encantada de conocerte, Debbie.

—Igualmente —le respondo.

Nos despedimos y salimos por la puerta de antes al centro comercial. No hemos dado ni dos pasos cuando un grupo de chicas de nuestra edad llama a Neill.

—¡Eres Neill!

—Sí, eso soy yo, el hermano de Kevin...

—Y el mejor capitán. Ganaste al equipo de mi padre. Eres grandioso —le dice la chica, y las amigas la secundan.

Noto como se ponen cerca de Neill para alejarlo de mí y por un segundo me siento como mi madre, cuando me decía que esperara, que papá ya vendría. Ella siempre miraba desde lejos la vida de su marido. Ella no era la importante.

Me pierdo en los recuerdos.

—Chicas, gracias, pero tenemos que irnos —dice Neill, que al mirarme se ha dado cuenta de que no estoy bien.

Viene hacia mí y me coge de la mano con fuerza. Caminamos hacia su coche.

—Dime qué te pasa, es la segunda vez esta tarde que te veo con la mirada perdida.

—No lo voy a hacer. —Se detiene y, al mirarlo, parece tenso. Sabe que yo también le he preguntado muchas veces qué le sucedía y no me ha respondido.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no soporto saber que la mujer que me dio la vida trató de matar a mi cuñada? ¿Que cuando veo a niños felices con sus padres me pregunto por qué a mí no me tocó una familia así? ¿Que cuando me miro al espejo y veo esta cicatriz —se toca la ceja partida— recuerdo cómo el desgraciado de mi padre me golpeó y mi madre no hizo nada? ¿Que

estoy jodido porque no consigo olvidar lo que esos seres despreciables me hicieron y que envidio a Kevin porque ha rehecho su vida sin que el saber que nuestros padres están en la cárcel sea una carga demasiado pesada de soportar?

Por primera vez veo lo tocado que está Neill, lejos de sus sonrisas, de sus miradas cómplices. Veo a un niño perdido que quería a su madre, que tal vez aún la quiera, y que no entiende por qué esta no lo quiso. Lo abrazo con fuerza. Y lloro sobre su camiseta. Neill me acaricia la cabeza, siendo él quien me consuela.

—Estoy bien.

—No lo estás. Estás herido. Y mi historia es una mierda comparada con esa. Soy una egoísta. No debí haberte forzado tanto. —Me alza la cara y me limpia las lágrimas.

—Cada uno lidia con sus historias, ¿recuerdas? No te sientas mal porque las tuyas te causen daño, tú me lo dijiste. Cuéntamelo. No me dejes con esta angustia de no saber qué te amarga.

—La fama, el ver a mi madre siempre en un segundo plano. El verla esperando a que mi padre dejara de entrenar, día tras día, conformándose con unos besos antes de que cayera agotado en la cama. Conformándose con las migajas, sonriendo. ¿Cómo podía ser feliz con tan poco? Mi infancia fue la de la hija de un famoso futbolista. Salir por la calle con mi padre era como lo que has vivido ahora. No soportaba que me separaran de mi padre. Y tenía que ver la tristeza en los ojos de mi madre porque no podía estar con su marido. Y, sin embargo, cuando él nos buscaba, ella lo besaba feliz. ¡¡No podía ser feliz!!

—Lo era, Deb, y tal vez tú no la entiendes porque nunca has amado a alguien así. He visto a tus padres, se siguen queriendo. Eso solo fue una etapa. Una que los unió más.

—Creo que, entre otras cosas, mi padre se alejó de aquello por mí.

—¿Por qué?

—Tenía cinco años, mi hermano era más pequeño que yo y mi madre lo tenía en brazos. Me llevaba de la mano cuando nos acosó una masa de gente y de repente no estaba con ellos. Me perdí entre esa multitud... y lo siguiente que recuerdo es que me empujaron y me golpeé la cabeza con el bordillo. Mi padre dejó el deporte poco después. Fue mi culpa.

—No lo fue. Tu padre parece un hombre feliz. Él tomó una decisión y, si esta fue luchar por su familia, le honra. Porque la fama es efímera, pero la familia es para siempre. Ojalá mis padres hubieran luchado así por la familia.

—Eso me hace sentir peor. —Sonríe y me besa.

—Tal vez hoy no entiendas los motivos de tus padres, o no entiendas a tu madre. Pero un día lo harás. Y tal vez entonces seas libre. Tienes tanto miedo de cometer sus errores que vives encorsetada. Y también veo en tus ojos el miedo a perderlos.

—Eso no es así. —Lo niego, pero ha estado muy cerca de la verdad.

—Lo es y lo sabes. No te dé miedo vivir tu vida.

—Si lo hiciera, tal vez me enamorara perdidamente de ti —digo de broma poniendo cara de asco.

—¡Dios, y eso sería horrible! —me río.

—No quiero acabar como Lilit, no soy tonta. Somos amigos.

—Cosa que nunca lo fui con ella.

—¿Y eso dónde nos deja?

—Aquí —dice con simpleza—. En un «nosotros» que solo tú y yo comprendemos.

Lo miro a los ojos y no sé discernir la verdad de la mentira. Y tampoco quiero hacerlo; me da miedo lo que me pueda encontrar. Tal vez sea cierto, y vivo mi vida temiendo constantemente no acabar perdida en mi propio mundo.

Mi mayor miedo es que un día mi madre se dé cuenta de que por nosotros ha desperdiciado su vida y la perdamos. No sería la primera mujer que con el paso de los años dice «¡Basta!» y se marcha a vivir su vida. Y temo que explote.

Capítulo 4



NEILL

Llegamos a casa de Deb y aparco en doble fila. No hemos dicho nada en todo el viaje. En mi cabeza sigue rondando lo que ella me confesó, lo que yo le dije y cómo me dijo en broma que, si no pensara tanto las cosas, se enamoraría de mí.

No puedo olvidar como mi corazón latió como un loco y que la idea no me disgustó. Pero lo reprimí, porque para ella eso era un futuro horrible. Sería seguir los pasos de su madre, y así lo entendí. Por eso prefiero no analizar mis sentimientos. Solo vivir lo que ahora somos.

—Bueno, pues hasta mañana, y no estudies mucho —me dice mirándome con una sonrisa. El rímel se le ha corrido y, sin embargo, la encuentro preciosa, perfecta. Comparto lo que ha dicho Kevin de que no advertimos la diferencia cuando están maquilladas, porque siempre las encontramos igual de hermosas.

No sé qué me pasa, pero sé que no quiero dejarla ir aún. Por eso la cojo entre mis brazos y la beso, como deseo hacer a cada instante que la tengo cerca.

El beso no tiene nada de inocente y la pasión se desata entre los dos. Deb se ha puesto encima de mí y yo he echado el asiento del conductor hacia atrás. Noto como sus curvas encajan con las mías y sé que estoy loco de deseo. Ahora mismo solo pienso en recorrer cada centímetro de su piel desnuda con mis manos y mi lengua. Y estamos en la calle. Debería detenerme. Pero no puedo. No soy capaz de separar mis labios de los suyos y menos cuando su lengua juega con la mía y ella emite esos gemidos que tan caliente me ponen.

La cosa se desata entre los dos y Deb trata de quitarme la camiseta. Su espalda presiona el claxon del volante y se sobresalta al escuchar el ruido. Varias personas que pasan por aquí nos miran. Algunos divertidos, otros de manera reprobatoria. Deb vuelve a su sitio cortada.

—Creo que esto no es hacer las cosas lentamente —dice con una sonrisilla—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana. —Antes de salir me da un espontáneo beso que casi me hace retenerla.

La miro mientras se aleja y pienso en lo que estoy haciendo, sabiendo que, sea lo que sea, no puedo parar.

* * *

Hoy he tenido un día horrible, estoy agobiado, pero necesito correr y despejarme al lado de Deb y de sus dos amigos, a los que veo salir y venir hacia mí. Deb no va con ellos.

—No va a venir —me dice Daura—. Está con su amiga del mes.

—¿Su amiga del mes? ¿Ha venido una amiga? —le pregunto sin comprender. Mateo se me da de risa.

—Su amiga del mes es la señora roja —dice Daura, como si esto lo explicara mejor, y Mateo incrementa sus carcajadas.

—Es un tío, no sabe qué es la amiga del mes ni la señora roja. Le ha venido la regla y está en la cama hecha una mierda; se ha tomado una pastilla y se ha quedado dormida. Iba a venir, pero no la hemos despertado. Es mejor que descanse.

—Sí, ya sé para otra vez qué nombres usáis para describir algo tan natural.

—Ya, pues aquí la amiga, cuando alguna vez me ha mandado a por compresas, me ha dicho «Cómprame croquetas con jamón», que es su forma de llamar a las compresas con alas. —Daura le da de broma y él se ríe.

—Tú no te burles, que no te desangras una vez al mes.

—Por suerte. Odio la sangre.

Saco el móvil y pienso en escribir a Deb, pero prefiero no despertarla. Nos vamos a correr tras estirar y los dejo atrás varias veces. Ellos van a su ritmo, aunque cada vez tienen mejor forma. Al volver a su casa pasamos por el supermercado y entro a comprarle algo de chocolate a Deb.

—Dádselo de mi parte. Dicen que el chocolate ayuda, ¿no? —Mateo mira a Daura y, sonriente, asiente.

—Se lo daremos. Hasta mañana, Neill —dice Daura encantada con el detalle. Yo no lo veo para tanto.

DEBBIE

Cojo un poco de chocolate del que me hizo llegar ayer Neill mientras estudio en la biblioteca. Me encantó el gesto. Cuando me desperté esta mañana lo tenía en mi mesilla con una nota de

Daura que decía que Neill me lo mandaba para que mejorara. Me había quedado dormida sin darme cuenta. Le he escrito un «gracias» y ha respondido que es una tontería de detalle.

Tomo notas y se me pasa el tiempo de comida. Son las seis de la tarde cuando salgo de la biblioteca muerta de hambre y me compro algo dulce en una máquina. Llego a casa y me pongo ropa cómoda antes de dejarme caer en el sofá. Al poco de hacerlo entra Mateo, que parece más feliz que nunca.

—¿Y esa cara? —le pregunto.

—Porque un amigo mío, al que solo veía en verano, se va a trasladar a esta universidad.

—¿Y te gusta?

—No, para nada —se pone rojo y aparta la mirada para que no pueda indagar—, pero es buen amigo y hace años que nos vemos poco; me hace ilusión tenerlo aquí, es muy buen chico.

—Tiene que serlo, si es tu amigo. —Sonríe feliz.

—Se va a quedar en mi cuarto mientras encuentra algo.

—Si quieres yo me busco otra cosa...

—¡No digas tonterías! Esta es tu casa, que se busque él la vida.

Me relaja que piense así; por un momento he sentido el miedo de tener que salir de aquí y buscar otra vez algún sitio donde vivir. Tras ver un poco la tele para desconectar, me voy a mi cuarto a seguir con los trabajos. He escrito a Neill para ir a correr, pero me ha dicho que hoy mejor no. Me ha molestado un poco..., tenía ganas de verlo.

Tomo notas mientras escucho música con mis cascos rosas. Así me evado de todo. Estoy tan en mi mundo que, hasta que Neill no me los quita, no me doy cuenta de que está a mi lado. Lo miro sorprendida cuando se sienta en mi cama y acerca mi silla hacia él. Me besa y me derrito; mi enfado se evapora. Ha venido.

—Pensé que no querías quedar.

—No quería ir a correr, porque así descansas y mañana será otro día. Y, por cierto, Mateo y Daura se han ido a cenar fuera.

—Podíamos haber ido con ellos, hoy estoy mejor, no me estoy desangrando ni nada por el estilo.

—Lo sé. Pero me gusta cuidar de ti. —Y a mí me encanta que lo haga—. Y te quería solo para mí.

Tira de mí para besarme. Acabo tumbada sobre él en la cama. Sus manos están por todo mi cuerpo. Al igual que las mías. No puedo dejar de tocarlo. Me encanta todo de él.

—Qué lástima que hoy no podamos hacer nada —dice con los ojos enfebrecidos.

—Qué casualidad, hoy justo tienes ganas... —Se ríe y se pone las manos tras la cabeza. Me siento a horcajadas sobre él y dudo si decirle lo que deseo. Luego me veo a mí misma reprimiéndome en mis otras relaciones y me lanzo—. Me gustaría hacerte algo.

Neill me mira curioso y noto como se le acelera la respiración cuando tiro de su camiseta hacia arriba hasta quitársela del todo. Paso mis manos por su pecho mientras me muevo sobre él. Noto como su dureza crece entre mis muslos e intensifico el contoneo hasta que me para.

—Deb, ¿qué quieres?

—Quiero... —Me sonrojo y noto como me arde la cara, pero lo miro a los ojos y le digo lo

que deseo. No hago nada malo por dar voz a mis deseos—. Deseo probarte... entero.

—No quiero que hagas nunca nada que no quieras... No quiero que mi experiencia te haga ir rápido o hacer cosas que no desees. Nunca...

—No es por eso. Es porque quiero. Pero si tú no quieres...

—Soy todo tuyo, Deb, puedes hacer conmigo lo que quieras.

—Eso suena muy bien.

Neill me mira mientras yo decido qué hacer. Nunca he hecho esto y sé que leer sobre ello no es lo mismo. Debe notar mi inseguridad, pues me acerca a él y me besa para que sus besos me calmen. Y lo hacen. Sabe obrar magia con sus labios. El calor me penetra y mi curiosidad por experimentar esto con él aumenta.

Bajo mis labios por su cuello. Lo beso, lo chupo y lo muerdo cuando noto como la piel se le pone de gallina. Sonrío contra su piel. Acaricio su pecho. Es duro, pero bajo mis dedos parece transformarse y ser más cálido que otra cosa. Su pecho sube y baja con mis caricias y, cuando llego al cierre de su pantalón, me detiene.

—No hagas nada que no quieras, solo lo que desees.

—Te deseo a ti —le digo con firmeza, y le abro de un tirón los vaqueros.

Neill me ayuda a quitarle la ropa y lo tengo desnudo ante mí. Ya lo había visto. Su cuerpo es puro músculo, ni un gramo de grasa. Es el cuerpo de un adonis y está muy bien proporcionado.

Cojo su dureza entre mis manos y noto como crece. Lo miro sorprendida y se ríe. Le tiro un cojín de la cama a la cara. Lo coge y se lo pone bajo la cabeza. Lleva su mano a la mía y me guía; el momento me parece muy tierno e íntimo entre los dos. Como si estuviéramos conectados. Me gusta que me diga cómo le gusta, y más cuando me deja sola. Cuando se deja llevar y yo soy la que lleva la voz cantante.

Me fijo en sus respiraciones, en como se acelera y como echa la cabeza hacia atrás cuando intensifico las caricias. Cuando tiene los ojos cerrados, curiosa, me voy hacia delante y doy un dulce beso en su miembro. Neill maldice y entonces soy yo la que se ríe.

—¿Me detengo?

—No, claro que no, pero no sé si vas a acabar por matarme.

Sigo con mis caricias y mimos. Es mucho más suave de lo que esperaba y no me imaginaba que fuera así. Me gusta. Y con mis manos y mi boca hago que este hombre de más de metro ochenta se convierta en gelatina entre mis manos. Cuando se corre, profiere palabras malsonantes en tantos idiomas que lo miro sorprendida. Y más cuando, tras terminar, me coge y me alza para abrazarme fuerte. Su lado cariñoso me parece mucho más intenso que lo que acabamos de compartir. Me refugio en su pecho y dejo que su calor me traspase.

—¿Te ha gustado? —me pregunta tras un rato.

—Esa pregunta te la debería hacer yo a ti —le digo algo cortada, ahora que el momento ha pasado.

—No, yo quiero que tú disfrutes. Yo lo hago si tú lo haces..., y respóndeme, Deb. —Veo miedo en sus ojos y sé que teme que haya ido muy rápido y que me arrepienta.

—Me ha gustado, mucho. —Me besa con ternura—. ¿Te quedas a dormir?

—Sí, pero será mejor que preparemos algo de cenar, que me muero de hambre.

Asiento y le dejo intimidad para ir al servicio y asearse. Me quedo pensando en lo sucedido. Me siento rara, pero también feliz; con Neill no tengo miedo de equivocarme, es como si con él pudiera ser yo misma. Como si los errores solo fueran parte de nuestra relación, no el fin de esta. A su lado descubro partes ocultas de mi personalidad que están ahí, pero que hasta ahora nadie ha sabido sacar a la luz. Y aunque me asusta todo esto, también estoy deseando ver adónde nos lleva este viaje.

Capítulo 5



DEBBIE

Entramos en la fiesta de la fraternidad de Neill. Ayer jueves nos invitó a los tres mientras corríamos y Mateo y Daura dijeron que sí enseguida. Al final asentí. Una parte de mí quiere ver cómo es Neill ahora, si es como antes de..., bueno, de ser amigos con derecho a roce. Todo va a seguir igual, pero quiero verlo, para saber a qué me tengo que atener.

Desde el otro día nos hemos llamado con más frecuencia. Neill está más pendiente de mí que antes y creo que es porque teme que, tras lo vivido, me pierda. Es raro, pero es lo que siento. Como si temiera que, tras experimentar con él, todo fuera diferente entre los dos. No entiendo su miedo. Estamos mejor que antes.

No tardo en ver a Oziel, que al vernos nos saluda y nos dice que nos sirvamos lo que queramos; me dice que Neill vendrá ahora, que ha salido a comprar cerveza con Levi. Vamos hacia la cocina y nos servimos algo de beber en los vasos de plástico rojos. La música está muy alta y la gente llena todas las habitaciones. Sobre todo el salón, adonde vamos ya con la bebida. Hay una mesa y sobre ella, varias animadoras demostrando su talento para el baile, y la verdad es que bailan bien, las cosas como son. Una de ellas lleva falda y no parece importarle que los de abajo le hagan un vídeo mientras les enseña todo. Al revés. Les manda un beso.

Nos vamos hacia la parte más alejada y bailamos a nuestro rollo. Mateo hace al final que nos olvidemos de lo que nos rodea. Ha pasado una hora cuando este da voz a lo que yo estoy ya pensando.

—¿No crees que Neill tarda mucho? Seguramente ya haya venido.

—Es posible. Voy a ver.

Asiente y les digo que ahora vengo. No sé qué me voy a encontrar. Ni si cuando lo vea tonteando con otra, como temo, pondré mi mejor sonrisa y como amiga le diré «Hola, Neill», como si no me molestara. No sé qué haré. Me da miedo lo que pueda ver, pero ya debe de estar aquí desde hace rato.

Lo encuentro en la sala de billar echando una partida. Parece tranquilo, feliz y, sí, hay mujeres, pero, aparte de devorarlo con la mirada, él no está tonteando con ellas. No es lo que esperaba encontrar, aunque me duele igual, porque no ha venido a buscarnos y sabía que estábamos aquí, pues le había enviado un mensaje. Me marcho en busca de mis amigos para disfrutar de la noche como él, pero la mala suerte hace que me choque con Lilit.

—Lo vuestro está destinado a fracasar.

—No te importa —le digo ya harta.

—Te pasará como a mí, te enamorarás de él y te darás cuenta de que Neill no quiere amar a nadie.

—Tú aún no te has dado cuenta de eso —le digo sonriente, pero en el fondo sé que no va desencaminada—. Yo no quiero nada de Neill, solo somos amigos. Si quisiera tener novio, nunca me liaría con alguien que perteneciera al equipo de fútbol.

Lilit sonríe y por su sonrisa sé que Neill está detrás de mí. Noto su mano en mi cintura y su aliento en mi oreja.

—Dilo más alto, que los del segundo piso no te han escuchado —lo dice en tono de broma y no puedo saber si le ha molestado.

Parece que no, que le da igual, y mejor así.

—Lo sabe, somos amigos. —Lilit pierde la sonrisa, porque ha visto que no puede hacernos daño.

Lilit se marcha y me vuelvo a mirar a Neill. En sus ojos solo veo la sonrisa que siempre reside en su mirada. No sé si le ha enfadado que haya sido tan brusca, y en parte lo prefiero.

—Solo venía a ver cómo ibas, pero ya veo que estás genial, así que me voy con mis amigos a bailar.

—Te he visto bailar con ellos y vi que lo pasabais bien, por eso no quise entrometerme. Disfruta, ¿vale?

—Tú también.

No hay beso de despedida ni me pide que me quede. Solo me deja ir mientras se va con sus amigos a seguir con la partida. Me recrimino por esperar más de él, pero es lo que hay. Es lo que somos y estamos genial así.

NEILL

—Te deberías haber ido con ella —me dice Levi.

—Está con sus amigos.

—Por mucho que hagas, esto no evitará que te enamores de ella.

—No me preocupa eso, y ahora juguemos.

Asiente y deja de darme la vara. La gente piensa que los tíos pasamos de todo, y en realidad somos igual de cotillas que las mujeres. Tal vez no les demos tantas vueltas a las cosas, pero se las damos.

Cuando llegué fui a buscarla y la vi a lo lejos bailando con sus amigos, sonriente y feliz. También me fijé en como llamaba la atención de los tíos que la rodeaban. Como, quizás por primera vez, la veían como yo siempre la había visto, preciosa.

Yo nunca he necesitado que se maquillara o que llevara un vestido que resaltara sus curvas para ver su belleza. Ellos, sí. Sentí deseos de ir a su lado, de besarla. De eclipsar lo que nos rodea, de hacerle olvidar al resto, y me sentí como si fuéramos algo más que amigos. Me asusté y me fui hacia donde estaban mis amigos jugando. Así estamos bien, no hay más.

Y desear es de idiotas, porque cuando te das cuenta de que los sueños no se cumplen, entonces te pasas toda la vida esperando algo que nunca va a llegar.

Jamás le he dicho a nadie que, aunque mi madre se marchara de esa forma, hasta que secuestraron a Allie yo esperaba que regresara. Que un día se despertara y cambiara. Que buscara a sus hijos. Al verla en la cárcel, comprendí que ese sueño nunca podría ser. Y tuve que aprender a conformarme en vez de soñar.

La noche pasa y llega un momento en el que no puedo seguir lejos de ella. La encuentro en el jardín junto con sus amigos. Se han sentado en unos sofás que hay a un lado. Voy hacia ellos y me siento al lado de Deb. Me mira y sonríe; no hace falta decir más, no hay reproches, al menos ella no lo hace, pero yo sí, por tonto, por pasarme toda la noche sin hacer lo que quería.

—¿Sabes que Deb ha ligado? —me dice Mateo pasándome el bote de chuches que han cogido. Tomo varias.

—No me extraña, es normal. —Deb me mira y me quita una chuchería.

—Estaba muy bueno, la verdad —dice como si nada, y siento que algo se retuerce en mi interior.

—¿Y por qué le has dicho que no? —pregunto sin darle importancia, aunque por dentro espero que me diga «Por ti».

—Estaba borracho. Si me enrolló con alguien prefiero que me recuerde —dice de manera casual. Mateo y Daura no pierden detalle de nuestras reacciones.

Creo que no entienden nada. Yo tampoco, aunque es fácil: somos amigos y llevamos vidas separadas.

—¡Neill, te espera una sorpresa! —me dice uno del equipo, y hace gestos con las manos como indicando las curvas de una mujer.

Miro a Deb, que sonríe, y es por esa sonrisa que me levanto.

—Me voy. ¿Nos vemos luego?

—No, nos vamos ya. Yo, por lo menos, estoy agotada —dice Deb—. Nos vemos, machote. —Me guiña un ojo y se marcha.

Y de nuevo espero algo que no llega. Me molesta saber que deseaba que ella sintiera celos por ver cómo me iba con otra mujer. Voy a donde está la chica, pero le digo que me voy a dormir

y que lo voy a hacer solo. Esta noche no tengo ganas de ver a nadie más.

DEBBIE

—Que conste que no me importa que hayas venido a vernos, pero te noto rara, hija.

Miro a mi madre. Estamos las dos haciendo galletas un sábado por la tarde. Mi padre y mi hermano han salido a ver el partido de la universidad de aquí y yo me he quedado con mi madre para hacer cosas de chicas, como dijo ella toda emocionada. Me he dejado llevar.

Anoche no pude dormir en toda la noche; no dejaba de ver a Neill con esa misteriosa chica. Quería una dosis de realidad, pero vivirla ha sido peor de lo que esperaba. Una parte de mí quiere decirle que solo somos amigos. Otra quiere besarlo hasta que no recuerde ni su nombre.

Aún no he tenido suficiente de él y duele ser una más. Duele mucho. Y no porque me guste, nada de eso. Es solo por orgullo propio y nada más; por eso esta mañana cogí el autobús y me vine a mi casa a pasar el fin de semana. Para no caer en la tentación de ir a verlo.

—Estoy bien.

—¿Es por Neill? —Noto inseguridad en los ojos de mi madre. Tal vez tema que no le responda o que lo haga y se dé cuenta de que ya no soy una niña.

—Solo somos amigos —le digo, y parece que se relaja un poco—. No te voy a hacer abuela tan pronto, tranquila.

—Qué graciosa mi niña. —Meto la mano en la masa de las galletas y remuevo—. Si te pasa algo, sabes que puedes contármelo, ¿verdad?

Veo ansiedad en los ojos de mi madre, deseos de que se lo cuente, y asiento.

—Estoy bien, solo saturada de tantos trabajos y de estudiar. En nada llegarán los exámenes y tengo miedo de suspender.

—Seguro que te saldrán muy bien, osita mía.

—¡Mamá! —Se ríe y me saca una sonrisa.

* * *

La casa ya huele a vainilla y chocolate. Estamos en el salón viendo una peli mientras se hacen las galletas. Y por primera vez me atrevo a preguntarle algo que siempre he querido saber.

—Mamá..., ¿papá dejó el deporte por mí, por lo que me pasó?

Mi madre deja de observar la tele y me mira fijamente.

—No, lo que te pasó fue un detonante. Pero él ya no era feliz jugando. Y cuando algo no te hace feliz, lo mejor es dejar de hacerlo o acabará por amargarte.

—Ya, pero tú haces muchas cosas que no te hacen feliz. —Se ríe—. Y mucha gente trabaja en cosas que no le gustan.

—Ya lo sé, hija, pero la gente que trabaja por amor al arte, o lo hace con el corazón o será un fracaso absoluto. Y tu padre ya no ponía el corazón en cada jugada. Tu padre ya no era feliz, y cuando le salió la oportunidad de quedarse con la empresa de su padre, le dio muchas vueltas,

pero se veía más ahí que en un campo de fútbol.

—Y tú lo apoyaste.

—Como él hace siempre conmigo, somos un equipo. —El horno suena y mi madre se levanta tirando de mí para ir a por las galletas.

Las sacamos y, aún calientes, nos las llevamos al salón. Cuando se endurecen nos las comemos mientras vemos la peli en silencio. Está acabando cuando me suena el móvil, que está sobre la mesa. Veo que es Neill y no lo cojo.

—¿Os pasa algo?

—No, todo bien. Es muy buen amigo.

—Hija, a mí no tienes que engañarme. Ese chico te gusta.

—Me gusta como amigo.

—Pues si es solo un amigo, no sé por qué no le coges el teléfono. —Miro a mi madre y, para dejarle claro que no pasa nada, lo cojo.

—Hola, Neill —respondo con una gran sonrisa en la cara y miro a mi madre como diciendo: «¿Ves como todo va genial?».

—Voy a la cocina para empezar a hacer la cena. —Mi madre se marcha, dejándome sola.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Neill—. Aunque ya noto que muy bien.

—Sí, comiendo galletas.

—Blanca hace unas galletas deliciosas.

—Seguro que no como estas. Mañana te llevo para que las pruebes. —Nos quedamos en silencio, y es un silencio incómodo. Yo no dejo de verlo con su sorpresa y él..., él no sé qué piensa.

—Deb... Pásalo bien, ¿vale? —Siento que iba a decirme algo más, pero calla; por eso, yo también.

—Sí, lo haré.

—¿Cuándo regresas?

—Mañana por la tarde, volveré en el autobús. —De repente recuerdo algo—. ¿Y tu partido?

—Bien, hemos ganado, pero solo por uno. No es suficiente, ya lo sabes.

Recuerdo las palabras de mi madre, de que cuando algo deja de hacerte feliz y es tu pasión es mejor dejarlo.

—¿Te hace feliz jugar al fútbol?

—Sí, lo que odio es a mi entrenador. Pero como todos en el equipo.

—Pues a ver si lo cambian, hacedle boicot. —Se ríe.

—Ojalá pudiéramos, porque se está cargado el equipo. Y lo peor es que no asume su culpa.

—Hay gente que no ve la verdad aunque la tenga delante y prefiere culpar a otros de sus propios fracasos.

—Sí.

Seguimos hablando de las clases y del partido. Como si nada más nos inquietara. Me río cuando me cuenta que esta mañana se han despertado y Oziel estaba durmiendo bajo la ducha con el grifo abierto; estaba tan borracho que ni se enteraba. Han tenido que darle varios cafés para que se espabilara, y ni siquiera recordaba cómo había llegado allí. Me río por cómo lo

cuenta, no porque me haga gracia que se pasara tanto bebiendo.

Se nos pasa el tiempo hablando. Lo necesitaba. Llegan mi padre y mi hermano, y mi madre dice que la cena estará lista dentro de poco; es entonces cuando me doy cuenta de que llevamos más de una hora enganchados al móvil.

—Voy a cenar. Nos vemos pronto. Sé bueno.

—Siempre lo soy. Ya me conoces. —Ese es el problema, que lo conozco y no quiero ver esa realidad de él—. Hasta mañana, Deb.

—Hasta mañana, Neill.

* * *

Bajo del autobús y la lluvia que ha empezado a caer desde la mitad del viaje me cala. Alzo la vista y me encuentro con Neill a pocos pasos, mojándose a mi lado. Se acerca y me coge la mochila, para después besarme bajo la lluvia.

—Nos estamos mojando —digo entre sus labios.

—¿De verdad? Ni cuenta me he dado. —Vamos hacia una zona resguardada.

—Tú, como juegas bajo la lluvia, ya ni te enteras.

—Sí me entero, y por cómo llovía vine a por ti.

—No sabías cuándo venía.

—Ya.

—¿Llevas toda la tarde aquí?

—Es posible —me dice quitándole importancia. Son las ocho de la tarde; si lleva toda la tarde debe de estar helado.

—He estado dentro del coche y he salido cada vez que venía un autobús desde tu ciudad. No ha sido tan horrible.

—¿Y por qué no me preguntaste?

—¿Y perderme tu cara de sorpresa? No lo cambiaba por nada.

Vamos hacia su coche y conduce hacia mi casa. No puedo dejar de sonreír; su detalle me ha llegado al corazón. Me ha encantado que estuviera allí esperándome y la sorpresa de no saber que iría.

Aparcamos cerca de mi casa y salimos del coche corriendo para no mojarnos. Pero eso no impide que cuando entremos al ascensor estemos ambos calados por la lluvia. Levanto mi mano y paso los dedos por su pelo negro, haciendo que varias gotas de lluvia caigan en mi palma. Se me corta la respiración por lo guapo que lo veo. Me alzo y lo beso, y por desgracia el ascensor se abre y tenemos que salir sin que haya podido disfrutar del beso.

Entramos en casa. No hay nadie. Estamos solos.

Miro a Neill, que se está quitando la cazadora tras dejar en el suelo mi mochila y la suya, que espero que la haya traído porque va a pasar la noche conmigo. Me desprendo de la ropa mojada. Al entrar en mi cuarto me quito el jersey y Neill me sigue. Y, como si un imán tirara de nosotros, se acorta la distancia que nos separa y seguimos el beso donde lo habíamos dejado en el ascensor.

Su lengua se enreda con la mía mientras me levanta con facilidad y mis piernas se enredan en su cintura. Sus manos acarician mis contornos y las lleva por debajo de mi sujetador. Mete un dedo dentro y acaricia mi cremosa piel. Noto como los pechos se me endurecen y se me hacen más pesados. Intensifico el beso; necesito más de él.

Me apoya sobre la mesa del escritorio tras apartar las cosas sin dejar de besarme. Adentra del todo su mano en mi pecho y coge el endurecido pezón entre sus dedos. Gimo contra sus labios y me muevo notando como su dureza golpea ahí donde reside ahora mismo todo mi calor.

Tira de mi sujetador y me lo desabrocha con facilidad. Me tenso, porque recuerdo a otras. Neill nota mi cambio y se olvida del sujetador; me besa con ternura, acariciando mis mejillas. Su beso me llega al alma y mi mente arrincona otra vez a todas aquellas mujeres que pasaron por sus manos; hoy solo estamos él y yo.

Neill lleva de nuevo las manos hacia mi sujetador ya abierto y me lo quita. Se aparta para mirarme. Y aunque no es la primera vez que me ve así, en su mirada es como si de verdad lo fuera. Noto como mi pecho sube y baja con intensidad ante su manera de observarme. Como sus ojos me queman ahí donde se posan. Y cuando al escrutinio añade sus manos, me siento morir de placer.

Me acaricia, me estruja los pezones con precisión. Me contoneo y quiero más. Y parece saberlo, porque baja su morena cabeza y atrapa uno de ellos con sus labios. Me lo chupa, lo muerde levemente. Me enloquece y estoy tan perdida con sus caricias que, cuando lleva sus manos hacia el cierre de mis pantalones y me los quita de golpe, me sobresalto.

—Confía en mí —me dice con esa mirada ardiente que me vuelve loca. Asiento. Ahora mismo sería capaz de cualquier cosa que me pidiera.

Me quita los pantalones y, tímida, trato de taparme, pero no me deja. Es más, pone sus manos en mis rodillas y las abre para no perder detalle de ninguno de mis secretos ocultos. Me mira y sonrío antes de arrodillarse ante mí.

—¿Neill?

—Hoy me toca a mí disfrutar del postre.

Me sonrojo cuando sé qué va a hacer y cuando su aliento acaricia esa zona tan sensible de mi anatomía. Noto como los pelos se me ponen de punta y llevo mis manos a los bordes del escritorio, como si necesitara sujeción. Nunca nadie ha hecho esto por mí y estoy tensa y ansiosa ante lo desconocido.

Neill me besa el interior del muslo al tiempo que lleva con sutileza sus dedos hasta mis húmedos pliegues y los acaricia. El placer es tan intenso que grito y se ríe. Le regaño y me besa cerca de donde me muero por recibir sus atenciones.

Sus dedos siguen el recorrido por mi sexo y, cuando llegan al centro de este, de una firme estocada se adentran, haciéndome saltar de mi asiento. No tengo tiempo de asimilar su intrusión en mi interior, pues su juguetona lengua acaricia mi clítoris y estoy perdida.

Me lame con la lengua al ritmo de sus dedos, que entran y salen de mi interior. Noto como si todo mi ser se condensara en ese punto; estoy a punto de estallar en mil pedazos y él debe de notarlo, porque intensifica los lamidos y el bombeo de sus dedos en mi interior. Me siento morir y noto que lo hago cuando estallo en mil pedazos como no recuerdo haberlo hecho nunca. Los

dedos se me encogen y el placer me recorre por completo.

Es tan intenso y tan nuevo para mí que me río. Me entra la risa. Neill se levanta y me mira dudoso.

—Ha sido increíble —le digo.

—Se nota por tu risa.

—Es que no sé por qué me río. Nunca... nunca he experimentado esto; y yo que creía que con mis ex había llegado... —Me entra más risa y Neill se aleja; lo cojo del vaquero y lo acerco a mí. Lo abrazo con fuerza y me devuelve el abrazo—. Gracias por mimarme de esta manera.

—Ha sido un placer. Algo que deseaba desde hace tiempo.

—Ya..., por eso el viernes estuviste con otra...

—No estuve con ella, Deb —me confiesa y noto como me siento más ligera—. Y ahora será mejor que vaya al servicio. Verte ha hecho que no pudiera evitar seguirte.

—¡Pero si no te he tocado!

—Eso es que eres mágica. —Me río y lo sigo al servicio.

Nos quitamos la ropa y nos metemos juntos en la ducha. Y aunque ambos estamos saciados, no podemos dejar de besarnos. De tocarnos y de sentirnos el uno al lado del otro.

Y a todo esto lo llamamos pasión descontrolada, porque llamarlo amor sería de locos...

Capítulo 6



NEILL

En mi mochila llevaba un chándal y ropa limpia para mañana, pues mi idea era quedarme a dormir con Deb. Lo otro estaba en mi mente, pero no sabía si pasaría. Al final todo ha sido mejor de lo esperado. Para mí las relaciones sexuales hasta ahora habían sido más bien rápidas. No me he tomado, ni se han tomado el tiempo necesario para los preliminares. No le voy a decir a Deb lo nuevo que es esto para mí; tengo miedo de que, al saber lo intenso que me resulta, se agobie y corra en dirección contraria.

Ahora estamos en la cocina considerando qué hacemos para cenar, pero no hay mucho. Estamos pensando si pedir algo cuando se abre la puerta de la casa. Miramos hacia ella y veo a Mateo y a Daura entrar con un chico rubio alto que se queda de piedra mirando a Deb. Me vuelvo y veo que a ella le pasa lo mismo. No reacciona, hasta que él deja las maletas que lleva en el suelo y, tras llamarla por su nombre, la abraza como si fueran amigos de toda la vida.

Deb reacciona y lo abraza también; sin duda conoce a esa persona.

—¿Qué haces aquí, Ginés?

—Han trasladado a mis padres, otra vez cerca de la universidad, y me he venido a estudiar aquí; prefiero vivir por mi cuenta, pero tenerlos cerca.

—Cuánto tiempo... —dice Deb.

—Tres años. Has cambiado mucho, ahora estás más bonita que antes.

—Tú también estás mejor; ahora me sacas dos cabezas, antes era yo la alta —Ginés se ríe y

me mira atento.

—Hola, soy Ginés.

—Neill. —Me estrecha la mano y sé que espera que le digamos quién soy para Deb, lo veo en sus ojos verdes.

—Soy un amigo —le digo, y por primera vez la palabra «amigo» se me hace amarga.

—Íbamos a pedir unas pizzas. No hay nada en la nevera.

—Nos hemos dado cuenta —dice Deb.

—Si pedimos pizzas, una debe llevar *pepperoni*, nos encantaba —dice Ginés, y Deb asiente sonriente, perdida en sus recuerdos.

—¿Y de qué os conocéis? —pregunta Daura mientras Mateo llama para pedir algunas pizzas variadas.

—Fuimos amigos de colegio e instituto —dice Ginés—. Luego salimos juntos. La cagamos por nuestra inmadurez y me trasladaron poco después. Perdimos el contacto.

Deb asiente, conforme con las explicaciones del que ahora sé que es su exnovio. Qué bien, esto mejora por segundos.

* * *

Traen las pizzas y, aunque Ginés y Deb rompieron, se nota que se llevan bien y que fue una ruptura amistosa. Se han puesto al día de todo lo que han hecho estos años. Yo he mirado el móvil mientras tanto y ahora estoy recogiendo mis cosas en el cuarto de Deb.

—¿Te vas? —me pregunta cerrando la puerta tras ella.

—Mañana tengo entrenamiento temprano, me lo acaban de escribir, y quiero estar descansado. —No es del todo mentira, pero ya lo sabía desde antes y no me importaba. Ahora quiero salir de aquí, necesito alejarme.

—Ah. —Se sienta en la cama y mira cómo recojo—. Qué raro lo de Ginés. No esperaba volver a verlo. Ha cambiado.

Por su cara sé que es a mejor.

—Me alegro. Quién sabe, lo mismo la vida os da otra oportunidad. Además, estudia tu carrera.

—No lo creo. Pero nunca se sabe, ¿no?

—No, nunca.

Termino de recoger y, tras despedirme, voy hacia la puerta de su cuarto. Me detiene cogiéndome la mano. Entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí hacia ella.

—Quédate. Prometo que no me moveré. —Me vuelvo y veo brillar en sus ojos verdes las ganas que tiene, así como el miedo a que me vaya. No sé qué la asusta. Pero sí sé qué me asusta a mí. Enamorarme de ella perdidamente y ver como se marcha de mi vida otra mujer a la que he querido.

—Prefiero irme.

Nota que algo no va bien y me abraza. No entiende qué me pasa; yo, la verdad, tampoco. Quiero huir de ella cuando realmente lo que más deseo es no soltarla nunca. No tiene mucho

sentido. Pero acabo por despedirme de los demás para irme a mi cuarto, donde me esperan la soledad y un sinfín de fantasmas.

* * *

Como ya sospechaba, he tenido pesadillas durante toda la noche. En mi mente, el golpe con el que mi padre me partió la ceja es mucho más exagerado. No recuerdo si me dolió, pero sí que el ver a mi madre no haciendo nada sí lo hizo. No me gusta recordarlos, no me gusta; me hace sentir tonto por esperar que volvieran y que hubieran cambiado. Al menos, ella.

Odio recordar lo débil que fui por no aceptar la realidad.

* * *

La semana pasa rápido y es tan frenética porque se acaban las clases y nos vamos a casa para las vacaciones de Navidad; se ve a la gente correr de un lado a otro para acabar trabajos, sabiendo que a la vuelta empiezan los temidos exámenes. Deb también va igual de agobiada. Ella no ha hecho por quedar y yo tampoco. Y su ex se ha instalado en su casa, en el cuarto de Mateo, parece que de forma permanente. Cosa que me da igual. Así están las cosas y tal vez sea lo mejor. Somos amigos, que se desean, sí, pero nada más.

—Esta noche, la gran fiesta. Estoy deseando irme a casa y perder de vista al entrenador dos semanas —me dice Oziel dejándose caer a mi lado en el sofá de la fraternidad.

—Yo también tengo ganas de perderlo de vista. Con suerte, tras las Navidades igual se le dulcifica el carácter —le digo.

—Ya os digo yo que no —apunta Levi trayendo unas cervezas—. Ese hombre será cabrón toda su vida. Y la idea de perder para que lo echen me atraería si más de uno no se jugara que lo expulsen de la carrera.

Por eso no lo hemos hecho. Si vamos mal en los partidos, muchos tendrían problemas para mantener sus estudios. No es el caso de Oziel y de Levi; ellos, al igual que yo, se toman en serio lo de sacar buenas notas. Por eso se nos nota tan agobiados ante los exámenes del primer cuatrimestre.

Nos tomamos unas cervezas relajados hasta que llega la hora de prepararse para la fiesta. Miro el móvil tras ponerme la camisa blanca y veo que tengo varios mensajes de Deb; ha debido de escribir mientras me duchaba.

Hola?...

Estamos muy lejos!!! No me gusta.

Estos mensajes son idiotas...

Pero no me quiero ir sin que sepas que te echaré de menos. Pásalo bien. Nos vemos a la vuelta.

Maldigo y recojo mis cosas y mi cazadora para irme a buscarla. La fiesta ha dejado de atraerme. Solo pienso en decirle a la cara que «yo también» y dejar de huir de ella ahora que vamos a estar tanto tiempo separados. Abro la puerta de mi cuarto y veo a Deb con la mano

alzada, a punto de tocar.

—No respondías y hemos venido a la fiesta...

No la dejo acabar. La beso y la hago entrar en mi cuarto cerrando la puerta con su espalda. Echo el pestillo y la beso más intensamente, sabiendo que esto no va mejorar las cosas. Tal vez la pierda, pero la necesito como nunca nada antes.

Tira de mi ropa y yo de la suya. Dejamos un reguero de ropa hasta la cama. Cuando la dejo sobre ella, nada cubre su desnudez. Es preciosa. Es perfecta y me encanta perderme en sus ojos, en su forma de mirarme. Por unos segundos siento que todo está bien, que no tengo que conformarme nunca más.

Voy hacia la mesilla de noche y cojo un preservativo, que dejo a su lado antes de besarla, esta vez con más lentitud, mientras acomodo mi cuerpo desnudo al suyo. Sus piernas se enredan con las mías al tiempo que nos besamos. Sus manos acarician mi espalda y me arañan cuando nota la presión que ejerce mi endurecido miembro en su húmedo sexo. El deseo nos ciega. La pasión nos hace ir rápido y el miedo hace que no quiera que este instante acabe jamás. Pero en vez de alargar, por temor a que la cordura aparezca, lo precipito todo.

La miro a los ojos mientras me pongo el preservativo. Una vez colocado, sin dejar de mirarla, me adentro en ella poco a poco, acoplándome a su estrecha calidez, muriendo lentamente de placer.

Cierro los ojos cuando me adentro del todo. La sensación es tan buena que dudo que logre aguantar mucho. Acaricio su mejilla, me besa. El gesto parece más de dos enamorados, no de amigos que solo se desean, y por una vez quiero creer que eso es posible. La observo sintiendo que no miro a mi amiga, que para mí ella es mucho más.

Me muevo y el placer aumenta. Su cuerpo parece haber sido creado para el mío. Nunca he notado esta conexión con nadie y temo que nunca la tendré si nos alejamos. Que me pasará la vida buscando esto mismo en otros brazos y, una vez más, conformándome.

Me muevo con más intensidad. Deb sigue mis movimientos cada vez más intensos. Entro y salgo de ella. Su cuerpo me succiona, lo quiere todo de mí y yo de ella. Cuando la noto cerca, intensifico mis embestidas y noto como explota, ejerciendo presión sobre mi dureza y consiguiendo que yo lo haga también.

Me dejo caer y me vuelvo para no chafarla. La abrazo, solo eso, y mientras la pasión se disipa, el miedo por lo sucedido y las consecuencias que puede traer me asfixian. Por eso la sujeto más fuerte, en una silenciosa súplica que, sin decir nada, le pide que no se vaya jamás de mi lado.

DEBBIE

—¿Qué hemos hecho? —pregunto, y Neill se ríe.

—Si te lo tengo que explicar, es que lo hemos hecho muy mal. —Me apoyo en su pecho.

—No me refiero a eso... Es solo que... ¿Por qué te he notado lejos y cerca a la vez? ¿Qué te pasa?

—Nada. Te deseaba, ya te lo dije. —Se cierra en banda, aunque me sonrío, me acaricia la mejilla y me pasa el pelo tras la oreja. Y algo en mi interior se expande por mi pecho. Algo que me aterraba.

—No esperaba esta despedida, pero ha estado bien.

—¿Solo bien? Tú sí que sabes cómo joder a un hombre... —Me río y me relajo.

—Ya sabes que ha estado muy bien. —Miro la cama donde han estado otras. Es mejor no olvidarlo. Esto no ha sido un acto romántico. Yo no quiero que sea otra cosa.

La música de la fiesta ya se cuela por las paredes desde hace rato. Nos miramos. Solo eso. Y siento que, una vez más, callamos mil palabras porque no sabemos cómo decirlas. Yo, por lo menos, no sé cómo me siento. Estoy feliz, pero algo me hace salir de sus brazos y huir de la cama como una cobarde. Me deja ir; ya lo sabía, solo ha sido sexo. Algo que nunca he hecho con alguien solo por placer.

Me visto en silencio. Él hace lo mismo. La distancia se hace más profunda entre los dos y la disfrazamos con sonrisas por miedo a hablar y perder la amistad del otro. Me meto en el aseo y, sola, me miro al espejo. Mis ojos brillan y no puedo dejar de recordar lo que sentí cuando estuve entre sus brazos. Ha sido increíble, mágico, y me asusta.

Me arreglo y, cuando salgo, Neill está de espaldas, ya completamente vestido. Mira por la ventana como va llegando la gente. Necesito abrazarlo, que me diga que todo estará bien, que nada va a cambiar. No lo hago, solo sonrío, y él también.

—Esto sí es una buena despedida, ¿no? —digo con un tono de broma que oculta tantas cosas.

—La mejor. —Me da un tierno e inocente beso en la nariz y camina hacia el baño. Le digo que nos vemos abajo y me marchó.

Voy a la planta baja y me topo con Daura, que algo ve en mi cara, pues tira de mí hacia los servicios y nos metemos en ellos. Me miro al espejo, pero no veo nada que delate lo que ha pasado.

—No tienes en la cara un cartel que diga que te has tirado a Neill, pero somos amigas y nos vamos conociendo.

—Dicho así suena horrible.

—Me alegro por vosotros, pero tu cara es de pánico. ¿Ha pasado algo malo? Mira que le pienso dar una zurra si te ha hecho daño.

—No, ha sido perfecto, y eso es lo que me asusta. ¿A que soy rara?

—No, solo estás asustada. Y por mucho que yo te diga o te diga la gente, tú eres la única que sabe qué paso debes dar ahora.

—Solo somos amigos. No he hecho nada en su cuarto que no haya hecho con a saber cuántas. Solo soy una más.

—¿Y si no fuera así? —Noto que la opresión en el pecho me asfixia.

—No estoy preparada para responder a eso. No quiero enamorarme. No de alguien que me hará acabar como mi madre o las que son como ella. ¿Lo entiendes?

—No, y creo que tú nunca has entendido de verdad a tu madre. Pero tú misma. Ahora vamos a bailar. Que mañana cada uno se va a su casa y os voy a echar de menos.

—Yo también a vosotros.

Salimos del servicio y veo a Neill a lo lejos con sus amigos. Se ha cambiado el jersey, lleva uno negro. Me ve y me guiña un ojo, como si nada, como si todo estuviera genial. Hago lo mismo y sonrío como si fuera la más feliz de la tierra. Intento no mirarlo mucho, no recordar lo que sentí cuando se movía dentro de mí, pero por el sonrojo que me cubre la cara cuando me vuelvo, sé que no he tenido éxito.

Llegamos donde están nuestros amigos y Ginés me tiende una copa que acaba de coger.

—Gracias. —Me sonrío.

Es raro que aparezca tu ex en tu vida, con quien supiste lo que era tener novio y hacer el amor..., o intentarlo, y descubrir que no le reprochas nada porque simplemente no te quisiera ni tú a él. Somos amigos. No hay nada más. Ya lo éramos antes y ahora, años después, tras nuestra ruptura hemos vuelto a serlo. Busco a Neill y lo veo no muy lejos, riéndose cerca de donde bailan unas jóvenes. Me mira y esta vez no sonrío. Tal vez un día seamos amigos como Ginés y yo, sin más.

¿Es lo que quiero?

No lo sé. Ahora quisiera que se acercara, o hacerlo yo. Pero no lo hago. Lo que hace que, tras lo sucedido, el frío se anide en mí. Ahora entiendo por qué no me gustan las relaciones pasionales sin más. Si ya de por sí te deja frío estar con alguien que crees que te quiere y solo te da un corto abrazo, esperar ese abrazo de alguien que no tiene por qué dártelo duele más. No sé ir de moderna. Por mucho que me haya gustado, no sé si merece la pena el precio. No cuando todo el calor que se apoderó de mí antes ahora se ha transformado en un gélido hielo y una ansiedad que me asfixia.

Capítulo 7



DEBBIE

Regreso a mi casa de la universidad. No ha venido nadie aún. Es sábado y me dijeron que venían hoy. No creo que tarden. Deshago mi maleta. Toda la ropa limpia y planchada por mi madre. Me ha metido una bolsa de *tuppers*. No ha dejado de abrazarme hasta hace un rato, cuando ella y mi padre me dejaron en la puerta. Querían subir, pero les dije que prefería no hacer más el ridículo. En realidad solo lo dije para que no se me saltaran las lágrimas por separarnos.

Ya los echo de menos. Estos días han sido raros; a veces no los soportaba y otras me gustaba perderme en la normalidad de estar de vuelta en casa. Y lo peor era que, cuando no era así, tenía la sensación de que ya nada será lo mismo. Que tras la universidad la vida me llevará para otro lado. Que la vida en casa de mis padres, como era antes, ha pasado y casi no me he dado cuenta. Estas fiestas me han tenido muy nostálgica, y eso que no he parado de estudiar.

He hablado con Neill algo, poco, teniendo en cuenta que antes hablábamos a menudo y que nos acostamos la última vez que nos vimos. Y lo he echado mucho de menos. No sé qué siento, pero sí sé que me importa. Y que no quiero estar lejos de él. El problema es que no sé cómo decírselo. Temo su respuesta.

Me tiro en la cama y observo la ventana. No sé el tiempo que ha pasado cuando la puerta se abre y escucho una carrera. Antes de que me levante de la cama, Daura se tira sobre mí y me abraza. Mateo la sigue de cerca y acabamos abrazados los tres en mi cama. Los he echado de

menos y lo raro es que ahora me siento más cerca de ellos que de mis amigas de toda la vida. Y me hace sentir mal; por eso hemos salido de fiesta estos días y he tratado de que todo siguiera como antes entre nosotras. El problema es que algo ha cambiado en el grupo y cada vez que nos vemos es más evidente.

—Vamos, tenemos que irnos —dice Daura tirando de mí.

—¿Adónde?

—A la fiesta de Reyes que organizan los chicos de Educación Física en su pabellón —me responde—. La del año pasado dicen que fue épica.

—No me apetece...

—Si no vas tú, nosotros tampoco, y mira que nos morimos por ir... —dice Mateo, y los dos ponen ojitos.

—Sois unos chantajistas. Vale, vamos. No sé cómo os soporto.

Salen de mi cuarto para cambiarse. Yo me decanto por un pantalón negro y una camiseta de cuello de barco blanca con unos parches decorativos muy monos a un lado. Los ha pegado mi madre, y la verdad es que quedan bien.

Una vez listos, vamos caminando a la Facultad de Educación Física, que no pilla muy lejos. Estoy nerviosa, lo admito, y es por la posibilidad de ver a Neill. Ya está de vuelta desde ayer, me escribió para decírmelo y para saber cuándo regresaba yo. No sé qué le diré... Bueno, sí, «Hola, ¿qué tal?» y punto. Y olvidaré que desde que nos acostamos me siento rara. No sé pasar del tema o seguir con mi vida sin más. No sé cómo lo hacen otros. Al menos ahora ya sé que el sexo por el sexo no es lo mío. Soy más de relaciones. Pero no con Neill, claro.

Llegamos a la fiesta. Hay mucha gente. Más de la que me esperaba; no me extraña que fuese épica. Creo que la gente está tan jodida por el hecho de que empiezan los exámenes que necesita una última juerga antes de que los estudios nos absorban por completo.

Nos compramos algo de beber, porque aquí hay que pagar por lo que consumes, y buscamos un sitio donde bailar. Ginés viene mañana, eso me ha dicho Mateo, que parece saber mucho de mi ex. Encontramos un hueco cerca de la puerta y nos quedamos allí, para que el agobiante aire que se respira no nos envuelva. Me quito la chaqueta y las dejamos todas sobre uno de los altavoces. Bebo y bailo mientras, sin poder evitarlo, busco a Neill. No lo veo y, como no llevará la chaqueta del equipo, como siempre, me va a costar más localizarlo. He visto a Levi y Oziel no muy lejos y al verme me han saludado con la mano. Llevamos un rato bailando cuando salgo a tomar un poco el aire. Camino por los alrededores y es entonces cuando veo a Neill no muy lejos, dándose el lote con Lilit. Estoy tan impactada que me quedo quieta. Me duele mucho verlo. No lo soporto y no puedo dejar de mirar la escena. Por eso veo como él la aparta y le dice que no lo vuelva a besar. Neill se da la vuelta enfadado y me ve.

Ver que ha sido cosa de Lilit no hace que me sienta mejor. He tenido un ataque de celos enorme.

—¿Deb? —Neill me mira preocupado—. Me ha besado ella —me dice, como si me tuviera que dar explicaciones.

—No pasa nada, puedes liarte con quien quieras... Yo...

—¡¿De verdad no te importa con quién me líe?! ¿De verdad te importo tan poco? —estalla

Neill, y yo no estaba preparada para eso.

—No es eso...

—Sí, es eso. Y lo mejor es que lo dejemos todo.

—¿Todo?

—No puedo seguir siendo tu amigo, Debbie. No ahora.

Neill se aleja. Parece herido y muy desolado. Y es por la tristeza que yo siento por lo que le grito.

—¡Yo tampoco puedo ser tu amiga ahora, porque me importas, pero no quiero enamorarme de ti!

Se vuelve y me mira con pesar.

—¿Y dónde nos deja eso cuando tú ni siquiera quieres intentarlo conmigo por tener la gran desgracia de que soy capitán del equipo de fútbol?

—No lo sé —admito.

Se queda en silencio y me dedica una triste sonrisa.

—Solo dame tiempo para que pueda ser solo tu amigo. Solo te pido eso. Porque he descubierto que en realidad nunca fue deseo lo único que quería de ti, pero sí lo único que podía esperar contigo.

Lo veo alejarse otra vez y no puedo dejarlo marchar. Tampoco tengo claro qué quiero, o si estoy tomando el camino correcto. Tengo muchos miedos e inseguridades, pero la idea de perderlo esta noche me mata. Por eso corro y lo abrazo por detrás con fuerza. Se detiene y maldice cuando nota que estoy llorando y le mojo la camisa.

—No quiero perderte. Y no sé si esto saldrá bien.

—Yo tampoco si no lo intentamos. Nunca he tenido novia.

—Yo siempre he dicho que nunca querría a alguien como mi padre.

—Estamos abocados al fracaso y, sin embargo, no puedo quedarme sin intentarlo. ¿Y tú?

—Tampoco —digo sin estar convencida y sabiendo que estoy cometiendo un error. No estamos asentando nuestra relación sobre los mejores cimientos. Pero es lo que siento que debo hacer.

Lo que necesito.

—Haremos que esto funcione —dice dándose la vuelta y secando mis lágrimas.

—Sí. —Neill me sonríe y siento que todo está bien.

Sus ojos marrones no pierden detalle de los míos antes de besarme y sé que me pasaría perdida en ellos toda la vida. O en sus labios. Pienso en cuando me besa y disfruto tanto que acallo todas mis dudas.

Entramos de la mano donde están nuestros amigos. Me siento en una nube y no puedo dejar de mirar a Neill. Parezco tontita. Tengo dudas, pero soy feliz y eso tiene que ser suficiente para que salga bien. Dure el tiempo que dure.

Mis amigos siguen donde los hemos dejado; al vernos de la mano no se extrañan, porque nos han visto besarnos y tomarnos de la mano con anterioridad.

Saludan a Neill y nos ponemos a bailar. Yo bailo con Neill a mi espalda y este no deja de acariciarme con sus manos en mi cintura. Me muevo traviesa y se tensa.

—Si quieres que nos vayamos y te tenga para mí sola, lo estás consiguiendo. —Me río y me doy la vuelta entre sus brazos.

Sus ojos marrones están medio cerrados. Me sonrío. Me alzo y lo beso deseosa de perderme entre sus labios. Nos besamos como si no existiera nadie más. Nos quedamos sin aliento y me separo para tomar aire. Neill me deja unos pequeños besos en los labios, hasta que vemos a Mateo apoyado a nuestro lado mirándonos.

—Me dais mucha envidia. No deberíais comeros así la boca delante del hambriento.

—A ver si ahora no voy a poder besar a mi novia donde me dé la gana. —Mateo pone cara de asombro, sale corriendo a buscar a Daura y veo como al decírselo los dos botan y gritan felices.

—¡Lo sabía! Me alegro por vosotros —dice Mateo abrazándonos. Daura hace lo mismo.

—¿Me he perdido algo? —dice Levi, que se apoya al lado de Neill, en el altavoz.

—Son novios —informa Mateo.

—Ya, bien, me alegro de que hayáis dejado de hacer el idiota... Y ahora vengo, porque tenemos un problema. Oziel ha bebido y acaba de hacer una apuesta.

—¿Que ha apostado esta vez?

—Ha apostado contra los de Educación Física que somos capaces de ganarlos hasta borrachos. El que pierda, mañana limpiará todo esto. Y no pienso perder.

—Oziel no debería ni oler el alcohol, siempre acaba metido en líos.

—O durmiendo en la ducha diciendo tonterías. Aunque prefiero eso a esto. No estoy en mi mejor momento. Yo también he bebido y soy vuestro portero. Me apuesto lo que quieras a que el único de todo el equipo que no ha bebido eres tú.

—Seguramente —afirma Neill.

—¡Eh, chicos! Ya los he reclutado a todos. —Oziel casi ni se mantiene en pie—. Vamos a ganarles.

—Sí, seguro —digo yo por lo bajo viendo que los demás del equipo no están mejor que él.

Lo anuncian los altavoces y se desata la locura. Se forman dos grupos claros, los que apoyan a su equipo y los que quieren verlos fracasar.

—Tengo que ir —me dice Neill—. Me gustaría que vinieras, pero sé que no te gusta el fútbol y, si no quieres, luego quedamos o voy a tu casa... Pero me gustaría que fueras y esta vez va a ser un partido algo raro. No oficial...

—Vale, iré.

—Iremos —dice Mateo, que, como buen cotilla, no ha perdido detalle de nada de lo que hemos dicho.

Tiran de Neill y me besa antes de que se lo lleven de aquí sus compañeros.

—No sé si podré soportar tanta testosterona suelta —dice Daura.

—Yo sí. Y, por favor, que se quiten las camisetas —dice Mateo ilusionado.

Creo que de los tres es el más feliz con todo esto. Seguimos a la masa de gente que, tras comprar bebidas, se va hacia el campo de fútbol. No se puede entrar en los vestuarios, que están cerrados, pero las luces sí hay forma de encenderlas, subiendo las escaleras de uno de los focos. Cuando llegamos ya está el campo iluminado. Para deleite de Mateo y de más de una, como no

tienen los petos, unos van a ser el equipo de los que llevan camiseta y otros el de los que no. Y, cómo no, a los del equipo de fútbol les encanta lucir sus pectorales, aunque creo que en este caso habrán tenido que echarlo a suertes, porque los contrincantes, los de Educación Física que les han retado, bien podrían pasar por jugadores de fútbol o de *rugby*, pienso, al ver a dos que parecen unos armarios.

Neill está hablando con Levi, que trata de quitarse la borrachera bebiendo un poco de agua y echándose el resto por encima. Es el único que sigue totalmente vestido. Tras asentir a Levi, me busca entre el público y, cuando me ve, salta a la grada y se pone ante mí.

—Necesito que me guardes algo. —Se quita la chaqueta y luego la camisa.

No puedo evitar seguir sus dedos mientras dejan al descubierto su morena piel. Cuando lo miro a los ojos, el muy cretino sonrío. Deja las prendas sobre mis piernas, saca las llaves de su cuarto y el móvil y lo deja todo sobre mis manos.

—Nos vemos luego. Deséame suerte. —Me besa.

—Suerte.

Se aleja y noto como me miran todos. Me pongo roja y, cuando comentan lo bueno que está y la envidia que sienten por lo que me ha hecho, no puedo evitar sonreír como una tonta, porque ese chico es mío. O, bueno, al menos mientras esto dure.

—Dios, creo que acabo de morir de combustión espontánea —dice Mateo aún con la boca abierta—. Neill de cerca y sin camiseta está aún mucho más bueno. Me podrías dejar que lo catara un poco.

—No sueñes.

—Qué mala amiga eres. Yo que te iba a hacer la comida o la cena todos los días durante una semana...

—Más quisieras tú —dice Daura.

Mateo se ríe. El partido empieza y el único que mantiene el juego del equipo de Neill es él mismo. El resto van tan borrachos que no atinan. Los de Educación Física también van bebidos, pero se nota que tienen mejor aguante con el alcohol. Cuando chutan a puerta Neill se tira para detenerlo, sabiendo que Levi no puede, y no lo para por los pelos. El balón acaba dentro de la portería. La grada que está de parte de los de Educación Física estalla en gritos. Neill se muestra preocupado y habla con los suyos. Oziel parece que le dice que está todo controlado. Que la gente esté grabando este partido no va a ser bueno para ellos.

Neill consigue meter un gol, pero ni lo celebra. La cosa no está para celebrarlo; pero sus compañeros sí lo hacen, y uno acaba por el suelo meándose de la risa. Esto no pinta bien. Tras meter el equipo contrario tres goles y ellos solo uno, se lía. Oziel, el bocazas, les dice algo que hace que el que lleva la voz cantante vaya contra él. Neill se da cuenta y corre a separarlos, pero ya es tarde. Al que está provocando Oziel le suelta un puñetazo y este no tarda en responderle. Cuando llega Neill, trata de esquivar un puñetazo, pero le da de lleno en la boca. Varios se meten en la pelea y, por suerte, hay gente cuerda en los dos equipos que los separan.

Neill acaba con el labio partido y le da la mano al capitán del otro equipo aceptando la derrota. Viene hacia las gradas limpiándose el labio; tiene sangre. Bajo con pañuelos en la mano, que ha sacado Daura de su bolso, y se los tiendo al verlo.

—Dame la ropa. —Lo hago y me pide que le guarde el resto de las cosas.

La gente empieza a dispersarse. Nosotros seguimos a Neill, que va hacia donde está Oziel tirado en la hierba, dando sus explicaciones de por qué se ha peleado. Levi trata de levantarlo, pero no puede. Al final, con la ayuda de Neill, lo logran.

—Me voy con ellos —les digo a mis amigos.

—Vale, cuídate —me dice Daura.

Me acerco hacia Neill, que antes de empezar a caminar me busca.

—Vamos a llevarlo a casa. Al igual que al resto. ¿Vienes?

—Sí, alguien tiene que curarte la herida.

—No es nada, he tenido heridas peores —dice sobrado.

Recogemos las cosas de Oziel y ni siquiera tratamos de ponerle la camiseta. Está muy borracho ya. Nos cuesta llegar a la fraternidad y, cuando lo hacemos, Neill lo deja sobre el sofá. Voy al baño, donde espero que haya un botiquín, y así es. Lo llevo al sofá.

—Es mejor que te cures la herida —le digo a Neill.

—Voy a lavarme y vengo.

—Ve, yo lo curo mientras.

Asiente no muy convencido y se marcha. Empiezo a ocuparme de Oziel, que está mejor dormido, o eso creo, hasta que abre sus ojos azules y me mira; su pelo rubio, siempre peinado, está lleno de césped. No se inmuta cuando le limpio la ceja partida.

—Soy un imbécil.

—Al menos lo reconoces. —Sonríe de medio lado; tiene una sonrisa preciosa.

—Cuando bebo soy un bocazas. No tengo costumbre.

—Mejor no beber entonces.

—Estamos en la universidad..., ¿quién no se ha cogido una buena cogorza?

—Tú ya llevas unas cuantas. Ya puedes tachar eso de tu lista. —Sonríe.

—Me gustas. —Cierra los ojos.

Le limpio la herida y se la cierro con puntos de aproximación, de esos que parecen pequeñas tiritas. Una vez listo, miro la mano de Levi, que está al lado, sentado tan quieto que parece que esté muerto. El resto no han venido. Han preferido seguir la fiesta. Levi se queja cuando le echo el alcohol, pero no aparta la mano.

—Se nos va a caer el pelo —dice Neill cuando regresa. Se ha mojado la cara y no se le nota la herida; el pelo también lo lleva algo húmedo. Se sienta a mi lado, en la mesa de centro.

—Seguramente, sí. Seguro que vuestro entrenador no tardará en saber que habéis dejado el nombre del equipo por los suelos y que además ibais borrachos.

—Nos va a cortar los huevos —dice Oziel.

—Tú te lo tendrías merecido, por capullo —dice Levi sin abrir los ojos.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Y el resto espero que no lleguen tarde. Mañana hay que limpiar.

—¡Lo había olvidado! —grita Oziel—. Por favor, no me dejéis beber más.

—No soy tu niñera. Ten cabeza —le dice Neill.

Les ayudamos a levantarse. No pueden ni con su alma... y los vemos irse a sus cuartos.

Seguro que van a tirarse sobre la cama con ropa y todo.

Subimos al cuarto de Neill. Estoy agotada. Entramos y cerramos la puerta. Se apoya en ella y me observa. Lo miro curiosa cuando empiezo a adentrarme en el cuarto y no se mueve.

—¿Se puede saber qué miras?

—A ti.

—Sé que soy muy interesante, pero me gustaría saber qué piensas.

—En la última vez que estuvimos aquí juntos —dice sincero. Sonrojada, contemplo la cama.

Pienso si desde entonces ha habido otras y los celos me corroen. Neill viene hacia mí y se topa con mi mirada.

—No ha habido otras —dice adivinando en mis ojos los celos.

—No me importa...

—Ya, claro —dice con una sonrisa—. Entonces tampoco te importará saber que desde que me pillaste con aquel regalo no he estado con nadie ni he besado a nadie que no seas tú. Y antes de eso, desde nuestro beso tampoco hubo nadie más.

—No, para nada —digo ocultando mi felicidad.

—Qué suerte que no seas celosa.

—¿Verdad que sí? —lo digo con ironía y me sigue el juego.

Neill se quita la camisa manchada de sangre y la tira al cesto de la ropa sucia. Me quedo mirando su espalda desnuda. Va hacia la cómoda y me busca algo de ropa para dormir. Me enseña una camiseta de algodón y asiento. La cojo y me voy al baño con ella. Al regresar, Neill está en la cama con un pantalón de pijama gris y nada más. Mira el móvil, que ha cogido de mi bolso. Voy hacia él y lo deja en la mesilla de noche.

Cuando estoy llegando tira de mí y caigo sobre su pecho desnudo.

—Eres un bruto.

—Es tu culpa, por estar tan sexi con esa camiseta básica. —Nunca antes me había parecido tan atractiva. Lleva sus manos a mi pecho desnudo bajo la prenda y lo acaricia, haciendo que se endurezca—. No sabes cuánto te he echado de menos.

Me pierdo en sus ojos marrones y veo la sinceridad bailando en ellos.

—Lo mismo que yo. Me costaba aceptar que te necesitaba tanto —admito, y Neill sonrío feliz.

—Siento que al final tus planes se hayan roto.

—¿Qué planes?

—No salir con el capitán del equipo —me dice a un suspiro de mis labios—. Y voy a hacer lo imposible para que no quieras nunca irte de mi lado.

Entonces me besa y sus labios acallan mis miedos, mis temores y mis dudas, y me quedo solo con el ahora. Por una vez no pienso en el futuro, porque si lo hago siento que me falta el aire.

Capítulo 8



DEBBIE

Nos besamos con todo el deseo reprimido de estos días separados. Mis manos acarician los contornos de su cuerpo, como siempre maravillada por su suavidad y el calor que desprende. Neill se mueve para quedar él encima y se acomoda entre mis piernas sin dejar de besarme. Las braguitas no bastan para evitar que note como su dureza crece entre mis piernas. Y eso me excita, la verdad. Me muevo sobre ella y Neill maldice antes de separarse y tirar de mi camiseta. Me la quita y me observa. Su mirada me quema, es como si me tocara. Por eso, cuando sus manos tocan los puntos que antes han marcado sus ojos marrones, ya están más que excitados, sobre todo mis pechos, que erectos esperan sus caricias. Por suerte no tardan en recibir sus atenciones.

Me acaricia, intensificando mi deseo, y acerca su morena cabeza a mis cimas para degustarlas con deleite. Me revuelvo. Gimo cuando juega con ellas entre sus labios. Una de sus manos baja por mi cadera hasta la goma de mi ropa interior y tira de ella hacia abajo para quitarme todo resto de ropa.

Me deja desnuda y noto su mano subir por mi muslo hasta llegar al centro de mis piernas. Me acaricia mientras me tortura los pechos. Con sus hábiles dedos juega con mi erecto clítoris. Creo que le suplico y todo, pero no soy capaz de entender mis propias palabras, presa de esta pasión que me consume.

Neill desliza sus dedos dentro de mí, entrando y saliendo.

Llevo mis manos a su pantalón y las meto bajo la tela, cogiendo su trasero. Tiro de él en un

intento de bajarle la prenda.

—Te necesito ya, Neill —le ordeno.

—Me ha salido exigente la niña.

—Tonto. —Se ríe, pero me hace caso y busca en su mesilla de noche un preservativo.

Se quita la ropa ante mi atenta mirada y se lo pone. Se cierne sobre mí tras abrirme más las piernas y noto como su dureza empieza a empujar en mi sexo. Lo mete de golpe, sin dejar de mirarme, y juro que me quedo sin respiración un segundo. He cerrado los ojos, y al abrirlos veo a Neill sobre mí y siento que muero de placer.

Neill entra y sale de mí otra vez. Esta vez es mejor que la anterior; nuestros cuerpos se conocen y no hay prisas. No hay urgencia. Solo el deseo de prolongar esta tortura al máximo para disfrutarla sin perder detalle.

No dejamos de mirarnos a los ojos mientras entra y sale de mí. Sus manos buscan las mías en la cama y entrelaza sus dedos con los míos. Esto no es solo sexo, es hacer el amor. Lo siento así.

Neill se acerca y me besa y entonces me da la vuelta y me quedo sobre él. Me deja el mando.

—Soy todo tuyo. —Por su forma de decirlo siento que lo afirma en todos los sentidos.

Apoyo mis manos en su pecho. Nunca he estado así con nadie. Mis otros encuentros amorosos habían sido cortos, escasos de placer y de posturas, por supuesto. Neill nota mis dudas, pone sus morenas manos en mi cintura y me guía.

Entra y sale de mí, noto como me llena. Es más intenso que antes. Me gusta.

Me muevo con más rapidez mientras sus manos ascienden hacia mis pechos. Echo la cabeza hacia atrás presa del deseo. Noto que estoy cerca. Él parece que también, porque lleva uno de sus dedos a mi clítoris y lo acaricia, obrando magia.

No puedo evitar correrme. Exploto en cientos de pedazos. Neill me sigue y eso intensifica mi placer. Noto sus dedos clavarse en mi cintura y yo creo que le araño el pecho. Ahora mismo no estoy muy en mis cabales. Solo puedo sentir.

Me dejo caer sobre su pecho exhausta y me abraza. Esta vez sí hay abrazo que se prevé largo, y sé que no se irá, y eso me recuerda la frialdad del otro momento. Lo mal que me quedé. Lo abrazo más fuerte.

—¿Qué pasa?

—No me gusta el sexo por el sexo —le digo—, no me gustó la frialdad del otro encuentro.

—Yo me moría por quedarme contigo en mi cama, por no dejarte ir, pero sentí que, si lo hacía, te perdería. Y en ese momento no era consciente de cuánto me importabas.

Me alzo y acaricio su frente, apartando su pelo negro.

—Dijiste que no querías ser mi amigo... ¿Si esto sale mal te perderé? —Neill pone mala cara al escuchar mis palabras de un posible final.

—Te pedí tiempo. Hubiera vuelto a ti, pero necesitaba no desearte tanto. Saber ser solo tu amigo. Y eso pasará si lo nuestro sale mal, como siento que esperas.

—No lo espero.

—No me mientas. —Noto que los ojos se me llenan de lágrimas por no tener la seguridad que tiene él. Me acaricia la mejilla—. Ahora estás aquí, ¿no? —Asiento—. Haré que no quieras irte de mi lado jamás.

Lo abrazo y, aunque he intentado contenerme, no puedo evitar que varias lágrimas se escapen de mis ojos.

Odio mi miedo. Mis temores. Y no poder dejarme llevar sin más. No quiero perder a Neill, pero siento que todo está yendo muy rápido. En mi cabeza no entraba tener novio en el primer año de carrera. Nada está sucediendo como esperaba, y menos por estar con el capitán del equipo de fútbol. Estoy siguiendo los pasos de mi madre. Por primera vez nos parecemos más que nunca... y, sin embargo, el miedo me congela el pecho.

Mi mente viaja a cuando era pequeña, a lo que vi y donde empezó todo. Algo que nunca he contado a nadie. Para unos será una tontería, pero yo siento que marcó mi vida para siempre y hasta ahora no era consciente de cuánto.

La gente no elige las cosas que les afectan en su vida, solo aprenden a vivir siguiendo el camino por el que estos acontecimientos vividos les han llevado a cada uno.

Abrazo a Neill y espero que esto salga bien. En el fondo quiero que el paso del tiempo acalle mis temores y solo encuentro razones para, un día, llegar a quererlo, si es que no lo hago ya.

* * *

—¿No vais a ayudarnos? —nos dice Oziel, poniendo cara de lástima, a Mateo, a Daura y a mí.

—No —le respondo—, os he traído cafés y *donuts*, no me pidáis más.

Oziel pone mala cara hasta que sonrío. Hoy tiene mejor aspecto, aunque se le nota el puñetazo y el corte. Neill no anda muy lejos, recogiendo. Se agacha y no puedo evitar admirar su trasero. Me sonrojo al recordar como me despertó esta mañana entre caricias y como se adentró en mi interior sin apenas estar despierta del todo. Luego lo remató todo trayéndome el desayuno a la cama. Con él todo parece sencillo. Es fácil dejarse llevar.

—Te envidio —me dice Daura—. Quiero un Neill para mí.

—Seguro que pronto te llega.

—Me voy —dice Mateo de golpe tras guardarse el móvil en el bolsillo—. Ginés va a venir a casa y no tiene llaves, se las olvidó.

—Si quieres, vamos contigo —dice Daura.

—No hace falta, no os preocupéis.

Noto algo raro, como si nos quisiera lejos.

Entre todos acaban antes de lo que yo pensaba. Está casi terminado cuando el entrenador entra como una fiera y nos echa de aquí a todos los que no somos parte del equipo. Miro a Neill y me dice que ahora me buscará.

Me marchó angustiada; no me gustaría estar en su pellejo y me temo que esta charla no tendrá nada de civilizada.

NEILL

Decir que no soporto a mi entrenador es poco para lo que siento ahora mismo. He cogido el coche para alejarme de aquí. Escribí a Deb para decirle que estaba bien, que esta noche iría a verla, pero que necesitaba estar solo. Apagué el móvil por miedo a que me convenciera de ir. Lo deseo, pero no quiero que aguante mis mierdas. Y ahora mismo no soy la mejor compañía.

Mientras conduzco trato de encontrar las razones por las que juego. Ya no me atrae. Ya no me divierte y estoy llegando a odiar los entrenamientos. El problema es que no quiero que mis padres adoptivos me paguen la carrera, y la beca que me dan y mis notas hacen que pueda costearme con holgura la carrera, la casa y la comida. No puedo irme sin más.

Ayer tal vez no estuvo bien el partido, pero no hicimos nada que no hagan otros estudiantes. Solo bebimos un poco, pero a nosotros nos afecta más. Y jugamos un partido, perdimos, no hay problema, pero mi entrenador dice que le hemos hecho hacer el ridículo y que el vídeo que circula por las redes es muy comentado, algo que es cierto. Ha llegado a las noticias, calificándolo de «desfase de los jugadores», como si fuéramos de la peor calaña. Dicen que esto no es deporte y que no damos ejemplo a los niños.

La gente saca todo de contexto. No estuvo bien, la pelea se nos fue de las manos, pero la paramos enseguida y aceptamos la derrota; además, me consta que esta mañana Oziel ha visitado al muchacho para pedirle perdón por sus palabras.

Nos han tachado de jóvenes descerebrados solo porque hemos hecho algo que hacen todos y que esa misma gente que nos critica seguro que con veinte años también lo hacía. Es muy fácil hablar cuando ya has pasado de nuestra edad. Pero nadie se acuerda de que eran como esas personas a las que ahora tanto detestan.

Estoy harto de esta hipocresía. De que la gente critique antes de saber la verdad o de empatizar con las personas. A la gente le gusta la cizaña y quien diga lo contrario miente; las noticias venden solo si son problemáticas. Pocas noticias ves en la tele que cuenten la cantidad de cosas buenas que pasan en la vida.

No sé qué hora es cuando decido regresar. Ha caído ya la noche cuando aparco en mi fraternidad. Al entrar, los ánimos están enrarecidos, y no solo por los exámenes. Todos estamos hartos de que el entrenador nos trate así.

Subo a mi cuarto y, al abrir la puerta, veo a Deb usando mi escritorio para estudiar. Alza la vista y me lanza un cojín que tiene a mano y que cojo al vuelo.

—No ibas a buscarme y has apagado el móvil. Vaya mierda de relación que tenemos. —Me lanza otro cojín. Lo esquivo y llego hasta ella—. Estoy muy enfadada contigo.

Me pongo de rodillas y me abrazo a ella. Se queda descolocada y acaba por poner sus manos sobre mi cabeza. Me acaricia y agacha su cabeza hacia la mía. Nos quedamos así, sin decir nada; a veces sobran las palabras.

Necesitaba estar con ella y tal vez por eso hui de ella, por lo mucho que la deseaba.

* * *

—Sigo enfadada contigo —dice Deb antes de que bajemos a preparar algo de cena.

—Soy un novio horrible.

—El peor. Me pregunto si te gustaría que yo hiciera lo mismo.

—No, pero los dos sabemos que lo harás cuando te agobies. —La miro y espero que lo niegue, pero aparta la mirada, y eso se clava en mi pecho.

—¿Qué me vas hacer de cena? —Cambia de tema y lo dejo pasar.

—Ni idea de lo que me queda en mi armario y en mi parte de la nevera, pero siempre puedo coger algo de Levi. Es el que mejor se organiza con la compra.

Llegamos a la cocina y veo que tengo para preparar unos sándwiches. Los hacemos y con ellos listos y la bebida empezamos a subir a nuestro cuarto, hasta que, al pasar por el salón, Deb se queda mirando las caras largas de mis compañeros.

—Eres su capitán, necesitan que tú los guíes. El entrenador no lo hará y nadie puede permitirse el lujo de perder la beca. Habla con ellos, Neill. Diles cómo te sientes y que vais a ser los mejores por vosotros; que sois una piña. Es lo que haría mi padre.

Coge su sándwich y sube hacia mi cuarto. Miro a mis compañeros: tiene razón. Un capitán es el que los dirige, el que los guía, y yo no estoy haciendo nada de eso. Entro en el salón y dejo el sándwich donde los demás han dejado su cena. Y decido hacerme el fuerte, olvidando lo jodido que estoy yo también. Necesitan de mi fuerza. Les hablo y pienso en Blanca y en Jorge, dos personas que siempre nos han guiado a mis hermanos y a mí. Han sido nuestros líderes, aunque los fuertes también lloren, pero eran nuestra ancla.

Noto como mis amigos cambian el chip y se animan. Nos esperan duros entrenamientos, y con exámenes, pero estaremos unidos. Y eso no nos lo podrá quitar ningún entrenador.

* * *

Cuando subo a mi cuarto, Deb se ha dormido en mi cama. Me cambio y, tras apagar la luz, me meto con ella en la cama. Le doy besos en el cuello y noto como se despierta.

—Gracias.

—Somos un equipo. Y sé que a veces huiré de ti, pero también que cuando regrese estarás ahí, ¿verdad?

—Sabes que sí, aunque sea como amigo —le digo, sabiendo que es lo que necesita escuchar ella.

Pasa sus manos sobre las mías. Me gustaría que todo fuera diferente, no sentir que Deb solo está de prestado en mi vida. Poder estar tranquilo sintiendo que hay un «para siempre» entre los dos. Pero en sus ojos veo algo que me hace temer la despedida. Solo espero que con el paso de los días se disipe.

Capítulo 9



NEILL

Los exámenes y los entrenamientos casi no nos dejan tiempo para nada más. Veo a Deb en la biblioteca mientras estudiamos. Hemos podido dormir juntos alguna noche aislada, pero está tan preocupada por los exámenes que no quiero que se quede con la sensación de que pierde el tiempo. Por eso, cuando noto su angustia, le digo que tengo mucho que estudiar y que en cuanto acaben los exámenes recuperaremos el tiempo perdido, porque sé que no quiere decirme que no puede quedar. Teme hacerme daño. Como si yo no la conociera y no hubiera aprendido a leer entre líneas.

Yo tengo hoy mi último examen, y nada más acabar me voy con el resto del equipo a jugar un partido fuera. Ahora resulta que vamos el día anterior al partido, de concentración. Es cierto que hemos ganado todos los partidos desde la bronca, pero no por nuestro odiado entrenador, ha sido por nosotros. Por darle en los morros y por acabar con esta clausura. Nos ha prohibido ir de fiestas y quien vaya será expulsado del equipo; nadie se la quiere jugar. No lo soporto.

Reojo mi macuto y llamo a Deb de camino. Su último examen es el jueves que viene y es el más complicado de todos.

—Voy a suspender —me dice nada más descolgar. Me río porque siempre me dice lo mismo—. Esta vez va en serio. No me entra nada.

—Deberías relajarte, salir a tomarte un café, darte una vuelta y luego seguir estudiando.

—No puedo perder ni un segundo.

—Seguro que ni siquiera me vas a ver por la tele..., a ti, que te encanta verme jugar — bromeo, pero si esto ya era así antes, ahora no quiere ni oírme hablar de fútbol. Piensa que no me he dado cuenta de cómo odia esa parte de mí.

—No puedo, pero lo intentaré.

Miente, y me molesta que lo haga.

—Estudia y no te fuerces.

—No lo haré, machacadlos.

Tras colgar subo al autobús, que espera en la puerta de mi casa; el entrenador teme que nos fuguemos. Se lo merecería. Me siento solo. Y algo deben de notarme en la cara mis compañeros, pues me evitan. Escucho sus risas y sus canciones. No les hago caso. Doy vueltas con mis dedos al móvil, usando como apoyo mi pierna, mientras mi mirada se pierde en el paisaje.

Cuando empecé con Deb sabía que no sería fácil. Nunca me he arriesgado a esto por nadie. Y no porque no haya querido estar con otra persona, sino porque nunca he conocido a nadie que me hiciera perder el miedo a darlo todo y perderlo. Siempre me he conformado. No he deseado nada que no pudiera tener por temor a ambicionar demasiado. Pero llegó Deb, y con solo un beso mi mundo cambió irremediabilmente.

Ella ya era parte de mi vida.

Pensaba que con el tiempo el miedo se disiparía de su mirada. Pero sigue ahí, anclado, y siento que una vez más me conformo en vez de desear más. Por eso callo, por eso miro para otro lado cuando veo sus dudas y por eso sigo adelante sin decirle lo que siento por ella en realidad. Por temor a asustarla del todo.

* * *

Perdemos el partido y el entrenador nos grita delante de todos los espectadores que se quedan rezagados; está fuera de sí. No le hago caso. Me sé su cantinela; no le presto atención hasta que escucho al padre de Deb. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—A mí me da más vergüenza cómo tratas a tus chicos que el hecho de que ellos hayan perdido. Han hecho un gran partido y tú no has sabido verlo. Te ciega el poder y el dinero que te dan los patrocinadores para mirar más allá.

—Tú no sabes nada —le dice rojo de ira—. Tú lo dejaste todo, no sabes lo que es entrenar a un equipo de adolescentes hormonados que solo piensan en emborracharse y follar.

—Pues como tú, y mira, aquí estás. —Lisandro le aguanta la mirada; los demás los miramos alucinados—. Si quisiera entrenar, sería mucho mejor que tú. No te quepa duda. Yo sería alguien a quien desearían seguir, no alguien al que se ven obligados a respetar para no perder sus becas.

—Tú no eres mejor entrenador que yo. Y nunca lo serás —le dice retándole, y se marcha.

Lisandro nos mira y me saluda. Se acerca a mí.

—No le hagas caso, no dejes que ni él ni nadie te aparte de lo que te gusta —me aconseja.

—No lo suelo hacer —le digo con una sonrisa.

—¿Qué tal con mi hija? —pregunta a las claras.

—Bien —le digo algo incómodo.

—Me alegro. Cuando acabéis los exámenes tenéis que venir a cenar a casa. Mi mujer cocina de maravilla.

Asiento y lo veo irse. Me ha sorprendido que viniera a este partido. Deb le dijo a su familia que estábamos juntos al poco de empezar y su madre se presentó en mi fraternidad y me empezó a dar besos ante la atenta mirada de todos. Yo no daba crédito y, cuando le mandé una foto a Deb con la cara llena de besos de carmín rojo, se quería morir de la vergüenza.

Lo hice aposta. Su madre la llama cada dos por tres para ver cómo nos va y me consta que cuando se pone muy pesada le cuelga. Yovanna piensa que el que salga conmigo las une y no se da cuenta de que, cuando dice que son muy parecidas, Deb se cierra en banda. Sé que pasó algo, pero no me dice el qué. Algo más allá de lo que me cuenta de su madre.

Nos duchamos y hacemos el camino de vuelta. He llamado a Deb para contárselo y me ha colgado para llamar a su padre y darle las gracias por cerrarle la boca a mi entrenador.

Y parece que en parte ha funcionado; nos levanta el veto a salir, pero nos prohíbe beber. Algo es algo.

* * *

Espero a Deb cerca de donde hace su último examen. Llevo una hora esperando y han salido varios de sus compañeros. Al final sale la última, hablando con Ginebra, que al verme me saluda, mientras Deb me sonríe cuando voy hacia ellas.

Paso la mano por la cintura de Deb tras dar dos besos a Ginebra, a quien conozco desde hace muchos años, y dejo que sigan hablando de historia. Me encanta cómo la cuenta Deb. Se nota que le apasiona.

—Bueno, os dejo, chicos, tengo que corregir exámenes. Pronto os diré la nota.

Se aleja y aprovecho que estamos solos para besar a Deb.

—Hola, has sobrevivido a los exámenes.

—Creo que ahora soy más como un zombi —dice entre mis labios—. Ha llegado el apocalipsis y solo hemos resistido los zombis, no recuerdo ni qué día es. Ni cuando dormí por última vez.

—Pues eso se soluciona con una gran siesta.

—Solo si duermes a mi lado. Te he echado de menos. —Me abraza, y sus palabras y su gesto me calman. Todo está bien.

—Puedo estar contigo hasta las ocho. Hay una fiesta en la fraternidad y quiero controlar que ninguno se salta lo de no beber.

—Vamos, que vas a estar de niñera.

—No quiero que mañana hayan perdido su beca. Ellos lo harían por mí.

—Seguro que sí. No son tan capullos e insensibles como pensé al principio —dice como si nada.

—Gracias..., supongo. —Sonríe.

Vamos a su casa y, tras ponerse el pijama, se tira en la cama y se queda dormida antes de que me meta en la cama con ella. Me duermo solo media tarde y el resto del tiempo me quedo a su

lado, sintiéndola. A la hora de irme no la despierto. Es mejor que descansa. Ya habrá tiempo de estar juntos ahora que las obligaciones nos dan un respiro. Y de saber hacia dónde va nuestra relación.

DEBBIE

Son las doce de la noche pasadas. Me acabo de despertar y, tras ducharme, he decidido ir a la fiesta en casa de Neill. Necesito despejarme y dejar de pensar en estudios. No le he dicho que iba, así le doy una sorpresa.

Voy sola, pero las calles están llenas de estudiantes que celebran el fin de los exámenes. Estoy llegando a la fiesta en la fraternidad de Neill cuando alguien me arrolla y casi me caigo si no llego a sujetarla. La miro: es Lilit y parece herida. Nunca la había visto así. Se sujeta la ropa y tiene sangre en el labio. Me asusto.

—Lilit, ¿qué ha pasado? —Me mira con la vista perdida y es como si no me viera—. ¿Estás bien?

Se pone a llorar como si la estuvieran matando. La abrazo y me siento rara por hacerlo. Va descalza y, sin sus tacones, no es mucho más alta que yo.

—Vamos a tu casa.

—No me dejes sola. —Que me pida eso me deja bastante preocupada.

—No tengo nada mejor que hacer.

Caminamos hacia su casa, que por suerte no queda lejos. No hay nadie cuando llegamos. Vamos hacia su cuarto y la dejo sentada en la cama. Rompe a llorar de nuevo y se lleva las manos a la cara, lo que hace que su ropa rasgada se abra y le vea los pechos amoratados y con heridas. Me voy hacia atrás comprendiendo parte de lo que ha sucedido.

—¿Te han violado? —pregunto temerosa de saber la respuesta y arrodillándome ante ella—. ¿Lilit?

—No ha llegado..., pero lo ha intentado. —Se coge la ropa y trata de arreglársela.

—Vamos a que te des una ducha y te curaré las heridas.

—He sido una zorra contigo y ahora me ayudas. No lo merezco.

—Posiblemente, pero tienes suerte de que no sea como tú. —Sonríe, y eso hace que se olvide de llorar—. Vamos.

Le busco ropa limpia y la ayudo a quitarse la que lleva. Se me llenan los ojos de lágrimas al ver la agresión. Y, cuando se ducha y después la curo, me cuesta contener la rabia. Es horrible.

—Los tíos piensan que por ir provocativa todo vale, y que un «no» no es un «no». Que en realidad quiero acostarme con todos —me dice sentada en su cama mientras le desenredo el pelo—. Yo nunca me acuesto con alguien a quien no deseo; tengo derecho a vestir como me apetezca y eso no significa que quiera algo.

—Tienes razón, y siento lo que te dije.

—Sé que me lo decías porque era una zorra contigo, no porque te molestara cómo vistiera.

—Sí, pero no te lo merecías.

—Soy mala, pero no me sale ser de otra forma —alza los hombros—, en realidad te tenía envidia. A ti te daba igual todo —admite—. No me hacías la pelota, para ti no era más que una descerebrada que se tira a todos y que solo sabe mover pompones.

—No...

—Sí, así piensan todas. ¿Te crees que tengo amigas? Antes de chocarme contigo me vieron cuatro de mis animadoras y ninguna hizo nada. Tú has venido conmigo; en el fondo sabía que eras así. Por eso me jodía que no cayeras rendida a mis pies. Que tuvieras esa seguridad que yo no tengo y que disfrazo con este tipo de ropa. Tú no necesitas de una minifalda para atraer a los hombres, o a Neill. Te sobra con tu inteligencia y yo..., yo he provocado esto.

—¡No! Tú no has hecho nada —le digo con firmeza—. Tú has dicho «no» y un «no» es un «no» siempre. Yo me puedo vestir como tú y espero un respeto. Esto no ha sido tu culpa —le repito con rotundidad—. Y no tienes que ser quien no eres para agradar a la gente. Así solo te rodearás de gente falsa.

—Lo sé —admite—. No es fácil ser animadora jefa. Tú lo sabrás por tu madre.

—No conozco mucho de lo que hacía mi madre más allá de animar al equipo como capitana.

—Pues no es fácil, todas quieren lo que tú tienes y esperan tu caída.

—Haz que te respeten, pero siendo tú misma. Y ahora creo que es el momento de hablar de lo que ha pasado. Tienes que denunciar.

—¿Y quién me creería? Si los rumores dicen que me he tirado a todo el equipo... Será su palabra contra la mía.

—Yo te creo. No puedes dejar que se vaya de rositas. Puede que si no lo denuncias acabe por hacerle esto a otra chica.

—Es del equipo de fútbol... y su padre tiene dinero.

—Los míos también, y mi madre me creará y te apoyarán. Mi madre te adora y tal vez ella vio en ti lo que yo no supe ver.

Noto que mis palabras le gustan, que de verdad le importa lo que piense mi madre de ella.

—Tengo miedo —admite, y por segunda vez esta noche la abrazo.

Acabamos acostadas en su cama, abrazadas, y no deja de llorar hasta que se duerme.

Es cierto eso que dicen de que nunca se llega a conocer del todo a una persona y que siempre puede sorprenderte. Ahora me siento mal por todo lo que pensé de Lilit. No vamos a ser buenas amigas, pero sí creo que ni ella quiso conocerme ni yo a ella. Porque, sin saber nada la una de la otra, dimos por hecho que éramos diferentes.

* * *

Convenzo a Lilit para ir hablar con Neill de esto. No quiere denunciar y espero que Neill la convenza. Vamos a la fraternidad y, al llegar, Lilit duda. Tiro de ella.

—Tú no has hecho nada malo. Si te lo encuentras, él sí tendría que avergonzarse. —No me ha dicho el nombre, pero pienso descubrirlo. Ese cerdo debe pagar por esto.

Asiente y entramos en la fraternidad. Está temblando y cuando Neill y Oziel nos ven juntas alucinan. Pero enseguida notan que algo no va bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Neill tenso.

—Ayer uno de tus compañeros la intentó violar.

—¿De verdad? —pregunta Oziel.

—No debería haber venido —dice Lilit malinterpretando la pregunta de Oziel.

—No quiero decir que no te crea, solo que me parece muy detestable —aclara Oziel.

—Venid. —Vamos al salón y Neill pide a Lilit que le cuente todo.

—Yo no quería, me besó y le seguí el juego. Pero cuando tiró de mí hacia su cuarto y le dije que no, no me dejó marchar e hizo de mí lo que quiso durante un rato que se me hizo interminable, forzándome a hacer cosas que yo no quería. Un fuerte ruido lo distrajo y aproveché para golpearle y salir corriendo.

Lilit llora de nuevo.

—Tienes que denunciar. Dime quién fue —pide Neill—. Te apoyaremos.

—Claro que sí. Un «no» siempre es un «no» —dice Oziel, que trata de acariciarla, pero ella lo rechaza. El daño ya está hecho y a Lilit le va a costar confiar de nuevo en los hombres.

—Ha sido Marcos —dice Levi, que acaba de entrar y no tiene buena cara—. Y yo lo he denunciado por ti. También le di una paliza cuando lo vi anoche. Pero necesitan tu testimonio.

Por su cara, es evidente que Marcos también le dio a él. Me sorprende la actitud de Levi y me hace admirarlo más.

—Lo haré —dice Lilit más tranquila al saber que no está sola y que hay un testigo que da fe a sus palabras—. Si no llegas a verlo, dudo que me hubieran creído. Solo soy una golfa, ¿no? —dice con tristeza.

—Te aseguro que no más que yo —dice Oziel—. Tengo una buena lista de mujeres con las que he estado. Con tu cuerpo y tu vida puedes hacer lo que quieras, ni tú eres una golfa ni lo soy yo. Además, creo que aquí, menos la puritana de Deb, todos tenemos más de una historia que contar.

—¡Eh!, que no soy tan puritana, que he estado con dos antes que con Neill...

—¡Perdón, que ha estado con dos! —se burla Oziel, y esto hace sonreír a Lilit—. Uno, dos o ninguno, cada uno hace lo que quiere mientras no haga daño a nadie, ¿no?

—Por supuesto —digo con una sonrisa.

Neill me sonríe y me guiña un ojo.

—Y ahora será mejor que vayamos a joder a alguien —dice Oziel—, y no de una forma placentera.

* * *

A Marcos lo han detenido por las acusaciones de Levi y Lilit; y otro del equipo también lo vio y, al enterarse de que habían ido a declarar, se ha sumado y ha hecho su declaración: iba a defender a Lilit cuando vio a Levi golpear la pared y a Lilit huir, antes de que los dos se enzarzaran en una pelea.

Marcos lo tiene jodido y se lo merece. Lo que le hizo a Lilit ha estado muy feo. Lilit se ha ido unos días a casa de sus padres; estos, al enterarse de lo que había pasado, han venido a

buscarla, pero en sus caras no he visto a unos padres cariñosos, más bien parecían molestos con su hija por lo sucedido. Espero que regrese pronto y que sea ella otra vez, aunque se vuelva a mostrar como una odiosa animadora. La prefiero a alguien que tiene miedo hasta de su sombra. Me da mucha pena. No se merecía ser tratada así.

—¿Se puede saber qué habéis hecho?!

Acabamos de llegar a la fraternidad de Neill y el entrenador ha entrado tras nosotros hecho una furia.

—¿Qué hemos hecho de qué? —pregunta Neill.

—Le habéis jodido la vida a mi mejor defensa.

—Tu mejor defensa ha tratado de violar a una chica —dice Neill, que utiliza su altura para demostrarle al entrenador que no se amedrenta ante él.

—Seguro que ella lo calentó...

—¿Y solo por eso un «no» no se debe escuchar? Es una vergüenza que pienses así. Pero, claro, tienes los ojos demasiado llenos de egoísmo —le dice Neill ganándose que lo destituya o lo eche del equipo.

—No te interesa tenerme en tu contra.

—Siempre puedes echarme del equipo y buscarte otro capitán.

—Tal vez eso debería hacer. Así se te bajan los humos. No eres tan bueno como te crees.

Tiro de la mano de Neill para que se calme, temiendo que diga algo de lo que se pueda arrepentir. Y parece que el resto de sus compañeros piensan lo mismo, porque hacen piña en torno a Neill.

—No os interesa tenerme de enemigo. Puedo despediros a todos y empezar de cero. Yo seguiría teniendo mi puesto y vosotros os quedaríais sin nada.

Les aguanta la mirada y se aleja. Solo Levi, Oziel y Neill se quedan mirándole, dejándole claro que no le tienen miedo. Se va, pero la sonrisa que les lanza antes de marcharse me inquieta. Me da muy mala espina.

—No me gusta nada esa mirada que os ha echado —digo preocupada.

—No te rayes —me dice Neill con una sonrisa que pretende ser tranquilizadora y que lo sería de no asomar a sus ojos ese temor callado por lo que pueda pasar.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer —dice Levi—; ya estoy harto de este tío y no pienso rebajarme cuando de lo que estamos hablando es de que un desgraciado ha intentado violar a una chica. Tengo más moral que ese cabrón que tenemos por entrenador.

Levi está muy enfadado con esto. El hecho de que tenga tres hermanas a las que adora le hace entender tal vez mejor a Lilit y siente impotencia por si esto le pasara a una de ellas.

—Yo tampoco me arrepiento, sean cuales sean las consecuencias —dice Oziel.

El resto de sus compañeros los miran y sé que más de uno daría un paso adelante, pero no pueden. Están atados de pies y manos y el entrenador lo sabe, por eso tiene esos aires de grandeza.

Decidimos quedarnos con ellos en el salón. Jugamos unas partidas al billar y luego vemos el partido de Kevin en la televisión. Cuando Kevin encesta, todos estallan eufóricos, todos menos Neill. Está preocupado y ni siquiera eso le saca de su estado. Tenemos las manos cogidas y no

deja de acariciarme, pero lo hace de manera distraída, como si su cuerpo estuviera aquí, pero su mente, muy muy lejos.

Tras la cena subimos a su cuarto. Neill entra y se va hacia la ventana. Me pongo tras él y lo abrazo.

—¿Qué te pasa? Y no me digas que nada, porque sé que te pasa algo.

—Solo pienso en que todo hubiera sido más fácil si el año pasado no hubiera luchado por llevar a este equipo a la gloria. Yo creía que era por nuestro bien, no me conformaba solamente con jugar. Quería ser el mejor.

—Querías demostrarles a todos los que te comparan con Kevin que tú eres algo más que su hermano —digo, y él no lo desmiente.

—Éramos felices siendo solo un equipo de universidad, pero ahora nada es como antes.

—Vuestro entrenador es un desgraciado y dudo mucho que, aunque no hubierais ganado, eso hubiera cambiado.

—No lo sé. Yo ya no sé nada. Y no me importa lo que me haga a mí, pero no me gustaría que esto arrastrara a Oziel y a Levi. Son grandes chicos y no pueden permitirse quedarse sin beca.

—Ellos han decidido seguirte porque no es justo que una persona hable así de una violación. Y que lo más importante ante todo sea ganar. Sea o no el mejor defensa, Marcos debe pagar. Nadie le obligó a hacer lo que hizo. Ahora, que apechugue con las consecuencias.

Neill asiente. Meto mis manos bajo su camiseta y me detiene.

—No puedo estar romántico ahora... —Me aparta las manos, pero me deshago de su agarre y le vuelvo a acariciar el pecho tras meter la mano bajo su ropa.

—No lo seas. Eres mi Neill, seas como seas.

—Tu Neill... —Noto amargura en sus palabras, como si no se lo creyera del todo.

—Sí, lo eres, pase lo que pase —le digo, y esto le tensa—. Neill...

Se vuelve y me besa; noto desesperación y casi dolor en su beso. Tal vez por eso quería alejarse.

No me da miedo su asalto. Al contrario, sus ganas de mí me excitan. Es como si entre la furia y el dolor se encontrara su miedo a perderme. Lo beso con la misma fuerza y deseo una vez más que los miedos que tengo se disipen y me dejen ser feliz.

Tira de mi camiseta con prisa y me lleva hacia la cama. Me hace apoyar las manos en la colcha y baja el resto de la ropa. Escucho como rasga el envoltorio del preservativo y como se lo pone segundos antes de sentirlo dentro de mí.

Nos quedamos quietos un instante antes de que entre y salga de mí de manera algo salvaje, algo que me derribe. Lleva sus manos a mi humedad y juega con mi clítoris, haciendo que esta locura se haga más intensa; una mano la deja ahí, torturándome, y otra la sube hacia mis pechos, que se mueren por sus atenciones. Noto que estoy cerca y parece que él también, pues no me da tregua, y acabo por gritar su nombre notando como me sigue.

Solo entonces me abraza con fuerza y caemos sobre su cama hechos un despojo de ropa mal quitada con piernas y brazos enredados.

—Estoy aquí —le digo, como si Neill lo necesitara.

—Por ahora —dice, y se me llenan los ojos de lágrimas por no poder responderle que deseo

que sea para siempre.

Capítulo 10



DEBBIE

Estoy hablando con mi madre en mi cuarto tras el primer día de clase después de los exámenes. Estoy sola en el piso. Le he contado lo de Lilit. Ayer fui a verla y parece que está mejor, sigue como siempre. Como si nada. Pero, al mirarla a los ojos, no vi en ella a la estúpida de siempre. Su mirada era de agradecimiento. Y aunque no entienda por qué es así, en el fondo sé que un día la vida la llevará a ser quien de verdad es, y no la que los demás esperan que sea.

—Qué lástima lo de Lilit. Menos mal que la ayudaste y ese desgraciado está pagando por lo que hizo.

—Sí. Por cierto, mamá, Lilit me dijo algo que me ha hecho pensar.

—Dime, osita mía. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Tú eras como ella?

—¿En qué sentido?

—Fría, calculadora, despreciable con las que no son animadoras..., ya sabes. —Se queda callada y noto que mi mundo se congela.

—Sí lo era, hija. Era una idiota. Pero era lo que se esperaba de mí. Si me descuidaba, otra me quitaría mi puesto, y yo tenía que ser la mejor. —Me imagino a mi madre como Lilit y me duele; en mi cabeza, mis padres han sido siempre ejemplares—. No hubiera sido el mejor ejemplo de madre en esa época.

—¿Y empezaste con papá solo porque era el capitán y era lo que quedaba bien? —le digo sabiendo que, en realidad, Lilit solo quería eso de Neill.

—Sí, pero entonces pasó algo que no esperaba. Me enamoré de él y a su lado dejé de fingir. Dejé de ser lo que otros querían y me encontré a mí misma.

—Eso es muy bonito.

—De no haber sido así, lo nuestro nunca hubiera podido ser real. No puedes estar al lado de otra persona fingiendo ser quien no eres. Cuando empiezas con alguien, es para desnudar tu alma ante esa persona y que él conozca cada parte de ti y tú de él. Los secretos solo separan con el tiempo.

—Sí.

—Tú no eres como yo.

—Lo sé, me lo dices mucho.

—Te lo digo porque me encanta cómo eres, hija. No te lo tomes a mal. Lo que quiero decir es que tú eres tú siempre. Pero aun así no eres feliz; soy tu madre y lo noto. Y sé que te importa Neill. ¿Qué te preocupa?

—Nada, mamá, estamos saliendo...

—Pensé que era tu novio.

—Bueno, pues sí, estamos probando. No nos vamos a casar ya ni nada. —Mi madre se queda en silencio.

—Hasta que no pierdas ese miedo que te aleja de Neill, no lo tendrás del todo; y puede que, si os distanciáis, lo acabes perdiendo para siempre, hija.

Trago con dificultad.

—Tengo que colgar, mamá —digo cuando escucho la puerta de la calle abrirse y algo que se cae—. Hablamos pronto.

—Vale, hijita, y recuerda que el viernes os esperamos en casa para cenar.

—Como para no acordarme..., lo recuerdas todos los días por el grupo de WhatsApp. —Se ríe y cuelgo mientras escucho su risa y otra cosa más que se cae en el salón.

Al llegar veo a Ginés, borracho como una cuba, tratando de coger la lámpara de mesa que ha tirado. Lo detengo antes de que se corte.

—Yo puedo.

—No puedes. —Lo dejo caer en el sofá y tira de mí. Caigo sobre él y trato de levantarme—. Déjame irme. —No me deja, al contrario, pega sus labios con los míos y se lleva un guantazo. Me separo—. ¿Se puede saber qué haces?

Me levanto y lo miro seria.

—¡Dios, qué acabo de hacer! ¡Te he besado! —Se echa hacia delante con las manos en la cabeza—. Yo solo quería sentir algo por una mujer. Algo normal. Soy un bicho raro.

Rompe a reír.

—¿Por qué eres un bicho raro?

—¡A mí me gustan las mujeres!

—Vale —le digo sentándome a su lado—. Pero no me beses de nuevo.

—No lo haré. —Está tan borracho que me cuesta entenderle—. Él no debería gustarme. No debería desearlo ni pensar en él. ¿Por qué no puedo ser normal?

Me mira y veo el miedo en sus ojos; empiezo a comprender gran parte.

—Eres normal te guste quien te guste, y siempre serás tú, elijas a quien elijas para amar.
¿Quién te gusta?

—Quien no debería gustarme.

—Pero... ¿y quién es?

—Mateo. —No me sorprende esto. Debería, pero no. Es como si una parte de mi subconsciente lo hubiera visto venir—. Yo no quiero defraudar a mi familia. Ni ser el mariquita. Yo no quiero...

—¿Quieres perder a Mateo? ¿Puedes seguir tu vida obviando quién te gusta? ¿Serás más feliz así porque nadie te llamaría «mariquita»?

—Yo le dije a él «mariquita» antes, cuando me besó. No debería haberme gustado. Me he pasado estas fiestas con unas y con otras para extirparlo de mí.

Me mira afectado.

—Sigues siendo tú, y nadie puede hacerte entender eso si tú no lo comprendes. No elegimos quién nos gusta.

—De ser así, tú no estarías con el capitán del equipo de fútbol... —dice sincero.

—Ya, pero lo estoy.

—Te conozco, no lo estás del todo. —Agacho la mirada—. Es una mierda amar a quien no deseamos.

—Yo no quiero a Neill.

—Ni yo a Mateo. Estamos en paz.

Me suena el móvil y voy a por él. Es Neill, lo cojo.

—Hola, preciosa. ¿Te apuntas a un café con Oziel y Levi?

—¡La he besado, tío! ¡He besado a tu chica! —Aparto a Ginés.

—¿Quién te ha besado?

—¿Alguien ha besado a Deb? Vamos a partirle la cara —dice Oziel.

—Nadie va a partir la cara a nadie, y Ginés no sabe ni lo que dice ni lo que hace, está como una cuba y ya le he dado yo un bofetón.

—Voy para allí.

—Como le hagas algo...

—No voy a hacerle nada, no soy un ogro.

—Yo sí —dice Oziel.

Cuelgo y miro a Ginés, que está apoyado contra la pared, destrozado.

—Deberías ducharte y acostarte.

—No, va a venir a darme una paliza, y soy un hombre.

—Eso no va a cambiar elijas lo que elijas —le digo, porque ha remarcado la palabra «hombre».

No me hace caso y se va al salón. Neill no tarda en llegar, seguido de sus amigos. En cuanto le abro la puerta, Ginés, que no se tiene en pie, va hacia él.

—Merezco que me partas la cara.

—Deb sabe cuidarse solita —dice Neill dándome un beso—. Deberías dormir la mona.

—No puedo. Esto no va a cambiar.

—¿El qué? —dice Oziel, que ya está registrando la cocina para ver qué encuentra de comer. Levi se ha sentado en el sofá y mira la escena.

—Me gusta un tío. ¡Un tío! ¡Yo soy muy macho!

—¿Y lo eres menos porque te guste un tío? —pregunta Oziel como si nada con las manos llenas de comida.

Nosotros, excepto Ginés, que no para de ir de un lado a otro, nos hemos sentado en los sofás del salón.

—Claro que sí.

—Lo que eres es un idiota por creer eso —le responde Oziel abriendo una bolsa de patatas y ofreciéndonos.

—Tú no lo entiendes.

—Yo solo digo que eres libre para que te guste quien te salga de los huevos —dice el bruto de Oziel.

Ginés lo mira atónito.

—Mi hermana pequeña es lesbiana —dice Levi cogiendo la bolsa de patatas—. Y para mí es simplemente mi hermana. Le costó decir la verdad y en el fondo todos lo sabíamos. Hay cosas que no se pueden ocultar.

—Mis padres no lo van a entender. Soy su hijo perfecto.

—Lo vas a seguir siendo —le digo.

—Quieren nietos, y boda...

—Podrás casarte igualmente, y adoptar un niño si quieres.

—Tengo miedo —admite al fin.

Abro la boca para hablar, pero la puerta se abre y aparece Mateo, que al ver la escena pone mala cara.

—¿Pasa algo? —pregunta.

—No —dice Ginés—. Yo me voy a la cama.

—Sí, creo que lo mejor es que duermas la mona —le dice Mateo más serio que de costumbre.

Ginés asiente y se marcha.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Mateo sentándose a mi lado en el sofá. Neill está en el otro.

—No nos corresponde a nosotros decírtelo —dice Oziel, y le ofrece comida—. ¿Quieres?

—Gracias por ofrecerme mis propias patatas.

—De nada, tío, hay que compartir. —Oziel sonríe. Este tío es único.

Escuchamos un gran estruendo y Mateo, tras maldecir, va a ver si Ginés está bien.

—¡Déjame!

—¡Solo trato de ayudarte!

—No te necesito. —Ginés rompe a llorar y escuchamos su voz amortiguada, como si Mateo lo acabara de abrazar.

—Creo que tenemos que irnos —dice Levi.

Asentimos, recojo mis cosas y me preparo una pequeña mochila para pasar la noche en casa

de Neill. Es mejor que les dejemos que solucionen sus cosas sin interferencias; además, Daura no está; se ha ido unos días con su familia por el cumpleaños de su padre.

Sea como sea, Mateo y Ginés tienen un largo camino que recorrer y entiendo a Ginés y su miedo. Son muchos cambios, y todo por culpa de una sociedad que mucho avanza en modernidades tecnológicas y poco en empatizar con las personas del entorno.

La evolución no solo consiste en ver coches voladores o casas con mil funciones, sino también en dejar de vivir anclados en pensamientos antiguos que no nos llevan a ningún sitio.

Capítulo 11



NEILL

Espero a Deb frente a su casa. Son cerca de las doce. No debería estar aquí, es jueves y mañana hay clases. Pero el entrenamiento se ha retrasado hasta horas que no son normales y, cuando se apagaron las luces, vi algo que quiero compartir con Deb.

La he llamado para decirle que se vista y voy a por ella.

—Vaya horas —me dice saliendo a mi encuentro. La beso y cojo su mano para empezar a andar.

—Merece la pena.

—Eso espero, estaba medio dormida.

—Y tus compañeros, ¿cómo van?

—Pues, como sabes, Ginés y Mateo hablaron y Ginés se marchó.

—¿No ha regresado?

—No, y no sabemos si se buscará otro piso. Mateo no está bien. Le gusta de verdad. Ahora entiendo por qué era tan feliz cuando quedaba con su amigo. Lo he tenido delante de mis narices y no me he dado cuenta.

—Eso suele pasar, tener la verdad ante los ojos y no ser capaz de verla.

—Sí, supongo.

Llegamos al campo de fútbol. Está a oscuras. Solo iluminado por la luna.

—Como si no lo tuviéramos muy visto ya —dice cuando tiro de ella hasta el centro.

Al llegar me siento y espero que haga lo mismo. Lo hace y me mira sin comprender nada, y aún menos cuando me tumbo poniendo los brazos bajo mi cabeza. Debe de pensar que me he vuelto loco. Hace lo mismo y mira al cielo; entonces lo comprende.

—Oh... Es maravilloso. Hace años que no observo un cielo tan estrellado.

—Creo que esta noche es especial, porque no hay nubes y el clima acompaña, al no haber humedad. Quería compartirlo contigo.

—Me encanta. Ha merecido la pena. —Se acomoda sobre mi pecho mirando al cielo. La abrazo.

El tiempo pasa y ni el frío ni la noche hacen que quiera estar en otro lugar. Estoy pensando decir algo cuando escucho un zumbido y al poco nos vemos rodeados de aspersiones que nos riegan enteritos.

—¡No me lo puedo creer! —Deb se levanta y yo con ella, pero lo hace tan rápido que se cae y me tira.

Caigo sobre ella, sin hacerle daño, dejando su cuerpo cubierto por el mío. Se ríe. Aunque estemos mojados, noto la felicidad oculta entre sus risas. La luna no me deja verla con claridad, pero conozco cada contorno de su cara, cada parte de su cuerpo y cada recoveco de su alma.

Aparto su pelo castaño de la cara y Deb pierde la sonrisa. Yo no estoy sonriendo. No puedo acallar lo que siento desde hace tanto tiempo y por miedo no he querido admitir. No puedo guardarme para mí estas dos palabras que de pequeñas no tienen nada y de intensas y sinceras tienen un mundo.

—Te quiero.

Deb se tensa debajo de mí y me arrepiento de haber dicho algo que nunca he dicho a nadie. Me aparto y la veo alejarse.

—Es tarde, tengo clase y eso... —me dice sin esperar que la siga.

La sigo a distancia, sintiéndome idiota por haberle dicho la verdad. En el fondo sabía que huiría; ella no quiere querirme. Ella solo quiere que lo que sentimos se acabe y solo quede la amistad. Pero por una vez no puedo conformarme con las migajas.

—No tienes que sentir lo mismo, Deb. No huyas —le digo cuando ya hemos llegado a su casa.

Se vuelve.

—Estamos bien así, no puedo forzar las cosas.

—Yo tampoco puedo mentirte.

—Vale. Es mejor que vaya a cambiarme. Si quieres, sube a secarte.

—No, estoy bien. Nos vemos mañana por la tarde, a menos que prefieras cancelar la cena con tus padres.

—No seas tonto, Neill, solo me has dicho que me quieres. No es para cancelar nada.

—Solo —digo con amargura.

—No quise decir eso..., lo que quiero decir... No sé qué quiero decir. Todo estaba bien...

—Hasta que abrí la boca. Pillado, no te lo diré más.

—No es eso... Mira, mejor me voy ya o acabaré diciendo algo que no siento.

«¿Como que me quieres?», pienso, pero eso no lo digo. Solo sonrío y oculto tras mi sonrisa

lo que me atormenta. Y, mientras, observo como la vida pasa a mi alrededor. Deb se va, pero se lo piensa y retrocede hasta abrazarme con fuerza, y en su abrazo siento el temor que tiene a perderme. Tal vez no sienta lo mismo, pero no le soy indiferente.

—Me importas mucho, Neill. Mucho. —Se alza y me da un beso que me sabe a poco y, una vez más, sonrío como si no pasara nada.

Como si no me creyera tonto y no me arrepintiera de haber hablado. Me marchó sintiéndome frío, y no es por el agua que empapa mi ropa...; el helor que siento me nace de dentro. No puedo evitar ser como ese niño perdido que, sin querer admitirlo, deseaba que su madre regresara.

DEBBIE

Observo desde la ventana de la cocina de mi casa a Neill jugando con mi hermano y mi padre un partido de baloncesto; teniendo en cuenta que los tres son mejores en el fútbol, es raro verlos en esa tesitura. Pero, por sus caras, lo están disfrutando.

Neill encaja bien con mi familia y me debería encantar, pero siento que la presión que empezó ayer cuando Neill me dijo que me quería se hace más intensa y me cuesta respirar. No sé qué me pasa. No sé por qué soy tan tonta, por qué no puedo ser feliz sin más, por qué no puedo ser como el resto de las chicas, que seguro que se morirían si el chico más guapo y bueno que han conocido jamás les dijera que las quiere bajo la luz de las estrellas.

¿Por qué soy tan rara?

Cuanto más lo pienso y recuerdo su triste sonrisa, peor me siento. Hoy hemos hecho como si nada cuando me recogió, pero su confesión flota en el aire, recordándonos que me dijo «te quiero» y yo le dije que era mejor irse a casa... Ni un «gracias» ni nada, aunque no sé qué hubiera sido peor.

—Me encanta Neill, hija, y se nota que le gustas mucho.

—Es majo... —Mi madre deja lo que está haciendo y me coge de los hombros.

—¿Es majo? ¿Solo eso del chico con el que estás?

—Me gusta, me encanta...

—Pero no quieres quererlo. —Aparto la mirada—. ¿Por qué, hija?

—Porque no.

—Pues no lo entiendo. Tu padre y yo nos queremos desde hace muchos años, has vivido en una casa donde has visto que las relaciones pueden ser para siempre... ¿Qué te hace tener tantos miedos?

—Nada, soy una persona horrible que, cuando su novio le dice «te quiero», ella le dice «me voy, es tarde». ¿Contenta?

Mi madre niega con la cabeza y parece muy triste.

—No te fuerces a estar con él; si no lo quieres, déjalo libre. Si solo te importa como amigo, no le hagas esto.

Tiene razón y es normal que piense así.

—Tal vez sería lo mejor.

—Yo solo quiero lo mejor para ti, pero ni tú misma te das cuenta de las cosas. Lo que yo te diga te hará el mismo efecto que su «te quiero», Debbie. —Asiento—. Solo espero que, cuando sepas de verdad lo que sientes por ese chico, no sea tarde. Porque hay veces que las cosas buenas solo pasan una vez en la vida.

La puerta se abre y aparece mi padre sudoroso; abraza a mi madre para darle un beso, cosa que ella odia cuando está así de sudado, pero entre sonrisas le dice «tonto» y lo besa. Es cierto, mis padres se quieren. Tal vez no empezaron por el motivo correcto, pero siguieron porque se enamoraron el uno del otro.

Llevamos la cena al salón y nos sentamos a cenar. Neill y mi padre hablan de fútbol y se nota que mi padre, aunque lo haya dejado hace tiempo, sigue siendo un enamorado de este deporte. Luego Neill habla con mi hermano de informática; Andrew está realizando una app para el instituto y quiere que Neill le eche un vistazo a ver qué le parece. Terminamos de cenar y, mientras servimos el postre, ellos dos se van a mirar ese asunto.

—Es genial —dice Neill cuando ya regresa tras mi hermano junto a nosotros—, creo que podría ser muy útil, yo sin duda me la bajaría.

—A ver qué tal sale el proyecto —responde mi hermano, feliz porque le haya gustado la app a Neill.

—Bueno, ahora toca probar mi postre estrella —dice mi madre sirviendo su tarta de queso con arándanos.

Neill está a punto de degustarla cuando le llegan varios mensajes y saca el móvil para ver quién es. Cuando los lee noto como se queda blanco, bueno, más bien lo notamos todos, que nos quedamos callados mirando a Neill, preocupados.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando se levanta.

—Tengo que hacer una llamada. Ahora vengo. —Parece perdido y se me forma un nudo en el estómago. Ni la deliciosa tarta de mi madre me pasa ahora mismo.

Ninguno conseguimos seguir con el postre hasta que Neill reaparece.

—Me han echado del equipo —dice sin más—. Bueno, y también a Levi y a Oziel. —Nos quedamos de piedra—. El entrenador ha convocado un entrenamiento de urgencia sabiendo que ninguno de los tres estábamos allí. Cuando han llegado mis compañeros al campo, les ha requisado el móvil a todos, y ellos, al ver que faltábamos, han querido salir para avisarnos, pero el entrenador ha dicho que quien no realizara ese entrenamiento sería despedido y perdería su beca. Ante tales advertencias, ninguno ha podido abandonar el campo. Y, tras el entrenamiento, ha alegado los motivos y la cantidad de faltas graves que hemos cometido y por las que nos quiere fuera el rector de la universidad. Entre ellas, el vídeo de Internet, que dice que fue toda culpa nuestra. Y, como el rector ya estaba bastante molesto por lo emitido en las redes sociales y por la mala imagen que dio a su universidad, no ha hecho nada por nosotros. Estamos fuera.

—Menudo desgraciado —estalla mi padre—. No lo soporto, y no os merecéis este trato solo porque a un imbécil se le hayan cruzado los cables.

—Ya, bueno, creo que es mejor que nos vayamos. —Neill me mira.

—Claro.

Nos despedimos de mis padres y quedamos en llamarlos en cuanto sepamos algo. Hacemos

el camino de vuelta en silencio. Neill no está bien y no sé qué decirle para animarlo. Solo cuando para en doble fila frente a mi casa le digo lo que me ronda por la cabeza.

—Así podrás dedicarte a tu carrera...

—Y dejar de ser lo que más odias de mí. Lo he pillado.

Sus palabras me duelen, pero yo he querido decirle eso, aunque haya sido sin darme cuenta. Salgo del coche sin darle un beso. Sin desearle buenas noches y sintiéndome más perdida que nunca. Me he comportado como una idiota, como si no lo conociera. Y en el fondo soy feliz por el hecho de que no vaya a jugar más y a partir de ahora solo sea Neill, un estudiante. Soy una novia horrible.

Al llegar a casa me sobresalto al pillar a Ginés y a Mateo liándose en el sofá. Tras reponerme, los felicito.

—No tienes buena cara —dice Mateo tirando de mí.

—Han echado del equipo de fútbol a Neill, a Oziel y a Levi, y yo me he alegrado.

—Cuéntanoslo todo —me pide Mateo.

Lo hago; y cuantas más veces lo digo, más horrible me siento. No debería estar feliz por eso. Por no tener ahora un novio futbolista que, seguramente, cuando un cazatalentos lo fichara se iría a otra ciudad a jugar. No debería alegrarme, debería empatizar con Neill, y el no hacerlo me hace ver que tal vez ha llegado el momento de romper esto. Si no soy capaz de anteponer su felicidad a la mía, es que en verdad no me merece.

Capítulo 12



DEBBIE

Salgo de clase y me topo con mi padre. Me extraña mucho verlo aquí y me inquieto hasta que me sonrío. No sonreiría si pasara algo malo.

Voy hacia él más relajada. Este fin de semana ha sido una mierda. No he tenido valor para hablar con Neill, porque en el fondo no quiero decirle adiós tan pronto. Neill, por su parte, ha estado con su familia tratando de arreglar esto sin éxito. Por lo que sé, su beca ha sido paralizada y no hay marcha atrás. No nos hemos visto y casi mejor, porque siento que ahora mismo no soy la mejor compañía para él, cuando está haciendo lo posible por recuperar su beca y volver a jugar.

—Hola, hija. ¿Comemos juntos?

—Vale, pero ¿qué haces por aquí? Y dudo que haya sido para comer conmigo.

—No, tenía otras cosas en mente. —Mi padre parece más feliz que nunca. Sus ojos brillan con una intensidad especial, algo que solo he visto en ellos cuando mira a mi madre. Sea lo que sea lo que se trae entre manos, le hace muy feliz. Lo noto incluso rejuvenecido.

Vamos a comer cerca y, tras sentarnos, le pido por favor que me diga por qué está aquí.

—Por placer o, bueno, por trabajo. Pero cuando se trabaja en lo que te gusta, deja de ser un trabajo.

—Tu trabajo en la oficina te gusta, pero me consta que no te encanta.

—Soy el mejor porque debo serlo, no porque me nazca serlo —dice con simpleza—. He

aceptado ser el entrenador del equipo de la universidad de nuestra ciudad. Me ha costado un poco darme cuenta de que me moría por entrenar y enseñar lo que sé a otros.

Lo miro atónita y, una vez más, sus ojos brillan. Es tanta la emoción que veo en ellos que se me forma un nudo en el estómago al darme cuenta de que es la misma que veo en Neill cuando juega. Cuando disfruta. El fútbol es su felicidad y yo he tratado de anular esa parte de él. Me siento fatal... Cuando se está con alguien debes dejar que sea él mismo, y Neill es futbolista y ama su profesión, por mucho que a mí no me guste. La única que se ha engañado en esta relación he sido yo.

—Me alegro por ti, pero eso no explica qué haces aquí.

—El rector de la universidad lleva detrás de mí varios años y este ha insistido más que nunca. Siempre me ha tentado la idea, pero creía que no podía con todo. Sin embargo, este año la empresa va mejor y solo se me necesita por las mañanas; además, mi nuevo vicepresidente es muy bueno y puede hacerse cargo de todo. Confío en él plenamente. Eso hizo que me planteara decir que sí. He estado viajando, viendo partidos, analizando a los otros equipos ante la idea de aceptar. Y lo que pasó el viernes me hizo decidirme. Quiero entrenar y enseñar lo que sé a otros jóvenes que, como yo, aman este deporte. Me gustaría ayudar a alcanzar el éxito a jóvenes como Neill y sus amigos. Ser un referente en sus vidas y no un entrenador al que odian y solo respetan por temor a perder su beca.

—Eso es genial, papá, y seguro que lo haces muy bien. ¿Y por qué estás aquí? —pregunto una vez más temiendo la respuesta. Conozco a mi padre y sé qué está pensando incluso antes de que lo diga.

—Para aceptar, el rector debía admitir con una beca a Neill, a Oziel y a Levi, como grandes fichajes y buenos estudiantes. No hizo falta que lo convenciera mucho, enseguida dijo que sí. Que serían un gran apoyo para el equipo y que sus notas eran brillantes. He venido a decirles a los tres lo que les ofrezco.

—Y han dicho que sí.

—Todos menos Neill —me dice, y pierde la sonrisa—. Los dos sabemos por qué Neill no ha dicho que sí, Deb.

—Por mí. Y más después de lo que le dije...

—¿Qué le dijiste?

—Que tal vez lo mejor era que dejara de ser futbolista.

Mi padre toma mis manos.

—Hija, el fútbol es parte de Neill, no puedes esperar que una persona cambie solo por tu propio egoísmo; o la aceptas como es, con todos sus sueños y defectos, o es mejor que la dejes libre.

—Pero mamá lo hizo por ti...

—Nunca, hija, y que pienses así me duele. Tu madre ha elegido siempre su camino. Tú eres la única que no entiendes sus decisiones.

Agacho la mirada y no le respondo. Ahora mismo mi cabeza es un caos de preguntas, de dudas, de miedos, de dolor. Pero sé qué debo hacer por Neill.

Por una vez tengo que dejar de ser egoísta y pensar solo en su felicidad. Y está claro que no

podemos ser felices juntos. Porque, de ser así, me gustaría todo de él y cuando me dijo «te quiero» le habría dicho que yo también, y esa confesión no nos hubiera alejado.

NEILL

Miro por la ventana de mi cuarto mientras pienso en la oferta del padre de Deb y en todo lo acontecido estos días y, si soy sincero, no puedo dejar de pensar en Deb y en lo lejos que nos siento el uno del otro. No sé qué hacer.

Tocan a la puerta y, cuando digo «pasa», aparece Deb, y por su cara sé que no está bien. No me acerco a ella. Es como si algo me dijera que es mejor no hacerlo. Como si algo en su mirada me paralizara.

—Sé lo de mi padre y debes aceptar —me dice sin más.

—¿Y qué hay de nosotros? Si acepto me gustaría llevar una relación a distancia, no estaría muy lejos...

—No hay un «nosotros». —Baja la mirada de forma que no puede ver como se me ha helado la sangre—. Yo no te quiero. No como tú. Para mí siempre fue solo la prolongación de nuestro primer acuerdo. Solo había deseo y amistad.

—Solo eso. Gracias por decírmelo. —Sigo sin poder asimilar esto.

—Neill, yo no quiero perderte como amigo...

—Ahora mismo no puedo ser tu amigo. Pero te hice una promesa. Solo dame tiempo, porque a mí tú sí me importas. Y yo sí apostaba por lo nuestro. Una vez más, esperé lo imposible de una mujer.

Noto como rompe a llorar.

—Estoy perdida. —Me acerco a ella hecho una mierda y le doy el abrazo que necesita, y ella me aprieta como si no quisiera decirme adiós jamás, cuando es justo lo que está haciendo—. No quiero perderte y, sin embargo, te dejo ir.

—No tengo por qué encantarte por muy encantador que sea. —Se ríe entre lágrimas—. Volveremos a ser amigos.

—No tardes mucho.

—No.

Miento, pues sé que no podré ser solo amigo de la mujer que amo; pero una promesa es una promesa y yo no seré como mi madre. Yo no soy como ellos. Yo sí miro atrás. Y sí lucho por las personas que me importan.

Deb se separa y se aleja corriendo, como si temiera volver a abrazarme y esta vez no pudiera dejarme ir.

Todo ha acabado y lo peor es que el dolor que siento es más intenso que el que sentí cuando era niño y vi alejarse a mi madre. Ahora sé que a mi madre me aferraba porque era mi madre, pero que en realidad no la quería. Aunque suene horrible, no tengo recuerdos felices de ella. De Blanca, sí, y de Deb, también. Las dos mujeres más importantes de mi vida, a las que el hecho de perderlas me mata.

Otra vez me veo conformándome con lo que me ha tocado en la vida. Me pregunto si un día la suerte soplará a mi favor.

Capítulo 13



DEBBIE

Cuando rompes con alguien por decisión propia todo debería ser más fácil. Estás así porque tú lo has decidido, porque no has encontrado razones para luchar. Y, sin embargo, los días pasan por mí sin que sea consciente de ellos y cada vez estoy peor.

No consigo levantar cabeza. He perdido la cuenta de las noches que me he dormido llorando. Ni siquiera estar con mis amigos me alegra, y lo peor es el recuerdo de Neill. El creer verlo en cada esquina.

He cogido el móvil cientos de veces para llamarlo; solo quiero decirle hola, solo una palabra insignificante que quiere decir que lo extraño demasiado. No era consciente de lo mucho que me importaba.

En su nueva universidad le va muy bien, he visto sus partidos por la tele y es feliz. Muy feliz. Al menos me alivia saber que lo hice por su felicidad. Por él. Lo malo es que, cuando lo pienso, me pregunto por qué yo no quise ser parte de esa felicidad.

El miedo no me ha dejado ver la realidad. Tengo tanto miedo que no soy capaz de ser valiente. Por eso estoy ante la casa de Kelly. He tocado al timbre. Tengo que hablar con ella; sé que ella me entenderá y dará sentido a mi decisión.

Kelly abre la puerta y, al verme, sonrío.

—¡Deb, qué sorpresa! Entra, estaba preparando la cena para papá.

Me adentro en la casa: es como la recordaba. Pasaba tantas horas aquí que esta parecía más

mi casa que la mía propia. Nuestras madres eran amigas y nosotras también nos hicimos amigas prácticamente desde bebés. Nos ponían en el mismo parque de juegos juntas. Este año nos hemos distanciado, pero siempre hemos ido hablando cuando hemos podido. Y, al verla, siento que todo está bien, que por mucho que la cuerda se estire hay lazos imposibles de romper. Algunos se debilitan y otros se hacen más fuertes, y sé que, vaya donde vaya, cuando regrese Kelly estará ahí. Por mucho que cambiemos siempre habrá algo que nos una.

Amigas de verdad.

Entramos en su cocina; le encanta cocinar. Estudia en la universidad de Neill y trabaja para poder ayudar a su padre con los gastos.

—Tenía muchas ganas de verte —me dice con una cálida sonrisa que pierde cuando, al mirarme, ve mis ojos tristes—. Deb, ¿qué te pasa?

—No lo sé..., estoy más perdida que nunca.

Retira la cena del fuego y tira de mí hacia la salita, donde tiene puesta la tele. La apaga y nos sentamos en el sofá.

—Cuéntame —me dice cogiendo mis manos con cariño.

—Sabes que estaba con Neill y que era maravilloso. —Asiente—. Me dijo que me quería y lo he perdido porque pensaba que a su lado yo no era feliz ni él podría serlo conmigo.

—Ya es hora de que me cuentes todo lo que te ronda por la cabeza; sé que algo te inquieta —me dice leyéndome la mente, como siempre.

—No quería ser como tu madre —admito, y Kelly se pone tensa. Noto las lágrimas acariciar mi cara—. Llevo toda la vida temiendo que mi madre un día haga lo que hizo la tuya. O mi padre, pero como tu padre se quedó contigo, pensé que el mío lo haría también. Temo que mi madre se dé cuenta de que ha dejado de lado su vida por otros y se marche sin mirar atrás. Tengo tanto miedo de perderla que, sin darme cuenta, la he alejado de mí. Y temía cometer errores que luego hicieran daño a otras personas. —Miro a Kelly. Hice de su dolor el mío. Lloramos juntas por esa madre que no regresaba y viví en primera persona lo que dolía el abandono de alguien a quien quieres.

Me pierdo en los ojos de Kelly. Teníamos seis años cuando su madre empezó a discutir con su padre en esta misma salita, diciéndole que por su culpa había perdido toda su juventud. Que llevaba años viviendo la vida de los demás y no podía más. Éramos demasiado pequeñas para comprenderlo, pero con los años nos dimos cuenta de que su madre, al renunciar a todo por su padre y su hija, había estallado.

Me he pasado toda la vida sabiendo la historia de mi madre, y cómo renunció a todo por nosotros. Cómo antepone la vida de los que quiere a la suya, y temiendo que llegue un momento en el que no pueda más y explote. Tengo tanto miedo de que eso pase que un día me juré que nunca renunciaría a nada por nadie y así no le haría a otra persona lo que la madre de Kelly le hizo a ella. Vi como su padre se quedaba destrozado, a cargo de su hija, y como mi amiga esperaba a su madre sin éxito. Yo no quería ser así. No quería dejar cosas por hacer que me estallaran en la cara años más tarde. En mi subconsciente pensaba que, si no seguía los pasos de la madre de Kelly, nunca tendría que dejar atrás a un hombre herido y a una hija que nunca volvió a ser la misma.

Era pequeña para comprender muchas cosas, pero no para añorar la felicidad en los ojos de mi amiga y echar de menos su sonrisa.

—Tu madre no es como la mía. Porque ella ha elegido, y para ella sois su felicidad. Siempre lo he visto. No sabía que tú pensabas eso, Deb. Deberías hablar con tu madre y escucharla sinceramente, para conocer la verdad y no lo que tú crees. Mi madre nunca nos quiso. A ninguno. He tardado años en darme cuenta. Pero es así.

Sus ojos se llenan de lágrimas y nos abrazamos. Parecemos esas niñas que lloraban por la separación de sus padres.

—Temía que si, por culpa de otras personas, dejaba sueños sin cumplir, un día no pudiera seguir viviendo con todo a lo que había renunciado.

—Los sueños cambian a consecuencia de lo que vives. —La miro a los ojos—. Es hora de que dejes de tener miedo, porque, mientras lo haces, pierdes lo que de verdad te importa por el camino. La vida no son reglas, son vivencias que nos hacen saltárnoslas. Tú no eres como mi madre ni lo seré yo —dice con una madurez que nunca he visto en ella—. Y no voy a dejar que me arrebate más cosas, y menos a ti. Y si me dejas darte un consejo, tú en realidad no luchabas por lo que querías. Temías amar demasiado y perder. Tenías tanto miedo de amar a Neill y perderlo que te creaste un muro lleno de tonterías, porque creías que así no sufrirías cuando él te dejara.

—Qué he hecho...

—Creo que se puede remediar.

—Yo creo que no. Lo he abandonado, como hizo su madre, y hay heridas que son demasiado difíciles de cerrar.

—Difícil no es imposible, Deb. ¿Lo quieres?

La miro a los ojos y por primera vez me permito ser sincera; sé que tiene razón: tenía tanto miedo de amarlo que no me di cuenta de que, sin yo desearlo, ya lo estaba haciendo.

—Más que a nada.

—Pues te toca mover ficha, él ya te lo dijo y no le respondiste nada. Eres patética —me dice con una sonrisa.

—Me asusté, pero ahora sé que me enamoré de él sin saberlo desde que me besó. Nunca fue solo un amigo para mí.

—Eres tonta. —La miro seria—. Es la verdad, has sido muy tonta. Tenías un chico maravilloso y lo has perdido por culpa de los errores de otros. Comete tus propios errores, Deb, y deja de pensar tanto en el futuro. Tienes que comprender que el amor no tiene control, que nadie puede elegir cuándo aparecerá. Y, por primera vez, lucha por lo que quieres, como siempre he admirado que lo hicieran tus padres.

Asiento y me despido de ella para ir a mi casa, que está muy cerca de aquí. Cuando abro la puerta mi madre está con su delantal rosa y me mira sonriente. Me abraza y me llena de besos y esta vez no pongo mala cara y me dejo abrazar por ella. Lo malo es que acabo rompiendo a llorar, por todos estos años en que tenía tanto miedo de perderla que me hice la fuerte para estar preparada cuando se marchara. Mi madre me lleva al salón y espera a que me desahogue mientras me abraza. Acaba llorando conmigo: al mirarla a la cara tiene el rímel corrido y sonríe.

—Qué tonta, me has contagiado —dice secándose las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—Porque te quiero, hija, y si tú sufres, yo lo hago también. Eso hace una madre.

—No todas, mamá.

—Bueno, solo las mejores. —Sonrío.

—Te quiero, mamá. —Mi madre se sorprende y noto como se emociona de verdad. No recuerdo la última vez que le dije que la quería. Es increíble como se puede querer tanto a alguien y no encontrar nunca el valor para decirlo—. Tenía miedo de perderte. O acabar como tú... Bueno, de ser como la madre de Kelly.

—¿Me puedes contar qué me he perdido? —Lo hago entre balbuceos; le digo cómo viví el divorcio de los padres de mi amiga y cómo me afectó, aunque yo no fuera la implicada—. No lo sabía, y me duele no haberme dado cuenta. —Coge mis manos—. Deb, no sé qué pasará con tu padre y conmigo, pero sé que cuando pienso en mi futuro solo me veo a su lado, envejeciendo junto a él. Nos queremos y la madre de Kelly nunca quiso a su marido. Yo era su amiga, sabes que éramos animadoras las dos. —Asiento—. Y que las dos nos casamos con dos futbolistas del equipo. —Vuelvo a asentir—. Ella estaba en estado cuando a tu padre y a su marido les hicieron esa oferta. Y yo también. —La miro impactada—. Naciste con nueve meses, Deb, pero no quería que pensaras que lo había dejado todo por ti, por eso te dijimos que te adelantaste. Por cuidarte. —La miro asombrada—. Yo iba a seguir con mis estudios e iría a ver a tu padre cuando pudiera. Pero descubrí que estaba en estado y pedí mi traslado. Necesitaba a tu padre para afrontar esa nueva etapa y quería que él estuviera presente en ella. La madre de Kelly hizo lo mismo, porque parecía que era lo que se esperaba de ella, pero así como yo disfruté el embarazo y te quería desde el minuto uno, ella, sin embargo, no deseaba a su hija. Es duro decirlo, pero es así. Se casó porque era lo que debía hacer, pero su mente estaba siempre ausente. Fingió que todo estaba bien, pero no era así. Yo la saqué muchas veces de varios bares y se quedaba en nuestra casa hasta que se le pasaba la mona. Odiaba su vida. Y aunque su marido le dijo que se fuera a estudiar, que luchara por ser feliz, nunca lo escuchó. Al final tomó el camino fácil, abandonarlos sin mirar atrás. Sin afrontar que ella era la única que lo había hecho todo mal.

—Nunca los quiso.

—No, y nunca supo apreciar lo bueno que tenía.

—¿Y tú?

—Yo tenía muchos sueños, quería ser animadora e ir a concursos de animadoras. Ser la mejor. Tu padre siempre me animaba..., pero llegaste tú y me di cuenta de que era feliz, y de que quería estar a tu lado. Cuidar de mi osita. El primer peluche que te regalé fue una osita. —Sonrío—. Cuando empezaste a ir a la escuela, tu padre me insistió para que acabara la carrera, pero ya no era la misma. Mis sueños habían cambiado. Y esperaba a tu hermano. Yo tenía sueños que no eran nada comparados con ser vuestra madre. Y no te creas que no hago mis cosas ahora. Ayudo a tu padre con la empresa, desde casa le llevo la agenda.

—No lo sabía.

—Ya, y también los trabajos por encargo de customización de ropa, como sabes, y me estoy planteando ser entrenadora de animadoras. Como ha hecho tu padre con el equipo.

—Eso sería genial.

—¿Verdad que sí? —Veo felicidad en los ojos de mi madre y sé que siempre ha estado ahí —. Siempre he sido feliz, vosotros sois mi vida. Los tres, y nunca he renunciado a mis sueños, he vivido una vida de ensueño a vuestro lado. Tu padre nunca cortará mis alas, porque si lo hiciera acabaría por explotar, como le pasó a la madre de Kelly. Estar con alguien es quererlo tal y como es. Y a ti Neill te quería de ese modo.

—Lo sé, y lo he perdido. Y ahora sé que me encantaba todo de él. Que en realidad solo mi temor me hacía crear barreras donde no debían existir. Tenía mucho miedo de reconocer que lo amaba. Y no me di cuenta de que, sin quererlo, ya lo hacía. No cambiaría nada de él. Pero es tarde...

—Nunca es tarde para rectificar, lo que se pierde siempre puede ser encontrado de nuevo si sabes cómo buscarlo. Pero, si luchas, que sea por él, Deb. Es capitán y es feliz. Es parte de su personalidad y nunca debes cambiar a las personas que quieres. Cambiaréis juntos con la vida, pero sin que el otro os haga desviaros de quienes sois.

—Lo sé, y lo cierto es que me encanta verlo jugar. Me gusta verlo feliz, lo que me aterraba era amarlo.

—Sí, porque temes perder. Pero para ganar hay que arriesgar, y tener miedo a perder es bueno, porque así luchas para que eso no suceda. Yo me levanto cada día dispuesta a enamorar a tu padre de nuevo. Lo miro como si fuera la primera vez que lo viera y le digo «te quiero» en cuanto tengo ocasión. Lo bueno de tener miedo es que te hace ser consciente de lo mucho que te importan los que tienes a tu lado. Pero hay que saber dominarlo, hija, y no dejar, como hasta ahora, que este te controle a ti.

La abrazo.

—Me aterraba tanto perderte que no me di cuenta de que lo que me alejaba de ti no eran nuestras diferencias, sino yo misma. Siento haber sido una hija horrible.

—Nunca lo has sido, Deb. Solo has vivido tu vida como creías que debías vivirla. Yo también fui difícil para tu abuela, pero luego la vida nos hace entender a los que no supimos comprender en su día. Solo hay que tener paciencia, y yo tengo mucha.

—Eres genial.

—Lo sé. —Nos reímos—. Y ahora vamos a trazar un plan para recuperar a tu hombre.

—Tengo uno en mente. Pero me tienes que ayudar.

—Me encantará.

Sonríó feliz; estoy temblando de miedo y temo que Neill no me perdone, pero sé que, si descubro en sus ojos una pizca del amor que vi cuando me dijo «te quiero», lucharé cada día de mi vida por hacerle recordar lo felices que fuimos juntos.

Es hora de pelear por lo que quiero y mandar mis reglas y mis miedos bien lejos. La única regla de esta vida es ser feliz. Y mi único miedo, no poder demostrarle cada día cuánto lo quiero.

Capítulo 14



NEILL

—Solo os pido que disfrutéis... mientras los machacáis —dice Lisandro animándonos antes del inicio del partido.

Asentimos. Lisandro es un gran entrenador. Nos ha enseñado cosas nuevas y ha mejorado las que ya sabíamos. Levi nunca ha sido tan buen portero; le ha puesto como preparador al que fue portero de su equipo en la universidad y es tan bueno como Lisandro. Oziel está más centrado que nunca. Y más hoy, que jugamos contra nuestra antigua universidad. Observo a nuestros excompañeros: hay respeto en sus ojos. Todos echan de menos que juguemos juntos y nos miran con anhelo. Lisandro propuso fichar a más, pero el rector de nuestra actual universidad le dijo que no podía becar a más gente.

Hacía tiempo que no era tan feliz compitiendo. Ahora juego porque me hace feliz y no porque sea mi obligación ganar. Hemos perdido algunos partidos, pero nos hemos ido de celebración igual. Lisandro y su equipo técnico, en el que están varios de sus antiguos compañeros, se han venido con nosotros y nos han dicho en qué hemos fallado, pero sin regañarnos. Se nota el buen núcleo de trabajo que hay y como eso da sus frutos en los partidos.

En el fútbol me va genial y también en las clases; resulta que los profesores no son unos cabrones que solo por ser un becado del equipo me quieran machacar. Solo valoran mis notas y mis trabajos finales, lo que haga fuera de las clases es cosa mía. Todo me iría muy bien... si no fuera por lo mucho que extraño a Debbie. Y porque en el fondo espero que regrese a mí. Como

ese niño tonto que no aceptaba que su madre nunca lo fuera a hacer.

He pensado en llamarla y decirle que estoy bien, pero mentiría; no la veo solo como a una amiga, al contrario, este tiempo alejados me ha hecho darme cuenta de que la quiero más de lo que pensaba, y eso no es bueno. No puedo regresar su lado solo como amigo cuando la quiero como algo más. Tal vez nunca encuentre el momento perfecto.

Me temo que soy como mis hermanos, que cuando amo lo hago para toda la vida. Siempre me había conformado con lo que tenía, hasta que la conocí a ella y me arriesgué. Ahora sé que jamás me conformaré con las migajas. Si algo he aprendido es que hacerlo no sirve de nada, porque el dolor sigue ahí.

—Vamos, a por ellos. —Lisandro mira a mi antiguo entrenador y ninguno hace amago de darse la mano. La rivalidad está servida.

Estoy a punto de salir al campo a entrenar cuando una voz que conozco muy bien dice que está lista, y eso me hace pararme.

—¡Dame una N! —Me vuelvo y me quedo de piedra al ver a Deb roja como un tomate vestida de animadora, moviendo los pompones, esos que odia con todo su ser.

—¡Dame una E! —Se mueve haciendo pasos que no le salen bien y hacen que la gente se ría.

Lilit, que está cerca, viene con sus animadoras y la rodean, alentándola. No sé cuál de las dos cosas me sorprende más.

—Callaos, idiotas —espeta Lilit al público con una mirada asesina.

—¡Dame una I! ¡Dame una L! ¡Dame otra L! ¡Neill! ¡Neill! —No deja de mirarme y noto cuánto le cuesta esto.

Me acerco a ella, pero niega con la cabeza antes de hacer lo que parece una voltereta lateral que le sale fatal y la hace acabar en el suelo.

—¡Te quiero! —dice moviendo los pompones con la falda levantada, la cara roja y los ojos temerosos de mi reacción.

El resto de las animadoras repiten «Neill, ¡te quiere!» y hacen giros y saltos mientras yo voy hacia Deb y la ayudo a levantarse. Estoy temblando de emoción por lo que ha hecho y, por primera vez, al mirarla no encuentro esa barrera que siempre he visto en sus ojos verdes. Solo brillan de miedo, miedo a que la rechace, pero nada más. Algo ha cambiado en ella y lo siento así mientras me acerco.

—Te juro que en el patio de mi casa me salía mejor. Y en mi mente era tan buena como mi madre —me dice sin dejar de mirarme—. Lo siento, Neill. Tenía tanto miedo de quererte con toda mi alma que te perdí. Para mí nunca has sido solo un amigo, siempre has sido el chico que me gustaba y del que me estaba enamorando perdidamente. Como ha dicho una amiga, el amor es descontrolado, y yo pensaba que tenía el control sobre este sin ser consciente de que tiene vida propia y mi alma ya te había elegido a ti. ¿Es tarde?

—No, Deb, nunca es tarde para decir «te quiero»; al fin siento que estamos cerca de verdad, sin nada que nos separe. —La beso y noto como se relaja entre mis brazos. Me abraza con fuerza, pero esta vez no noto el amargor de la despedida entre sus brazos. No recuerdo haber sido tan feliz nunca.

—Dejad ya las tonterías, hay que jugar un partido —dice el capullo de mi exentrenador.

—A mis chicos solo les mando yo —dice el padre de Deb—. Y mis chicos juegan mejor si son felices.

Nos guiña un ojo y se aleja.

—Ve a por ellos, demuéstrole a ese idiota cómo se juega al fútbol de verdad.

—¿Te quedas?

—No me pienso perder ni uno solo de tus partidos. Soy tu animadora. Aunque mejor si dejo lo de los pompones a las que saben moverlos.

—A mí me ha parecido muy sexi. —Me da un golpecito en el brazo y me río.

—Es que yo soy sexi haga lo que haga.

—Eso, sin duda.

La beso, feliz de que haya vuelto mi Deb, de que todo sea como antes, cuando éramos amigos, amantes, novios.

Salgo al campo y veo como Deb se va con su madre y sus amigos a las gradas. El partido empieza y entonces pasa algo que no esperaba: mis antiguos compañeros se quedan quietos, en señal de protesta.

Su entrenador monta en cólera. Amenaza con despedirlos a todos. Con quitarles la beca, pero no puede. No puede llegar al punto de echarlos a todos. Y tal vez ellos a él tampoco. Pero es su forma de decirnos que lo sienten, que somos un equipo y que estamos unidos. Me quedo también quieto ante ellos y Levi y Oziel se ponen a mi lado. Mis nuevos compañeros hacen lo mismo; nadie juega, solo nos miramos, y así pasa el tiempo.

Cuando acaba la primera parte, Lisandro sonrío y nos anima. Ante una segunda parte aburrida, las gradas se han vaciado. Solo quedan algunas animadoras y nuestros amigos. En toda la segunda parte no pasa nada. El partido acaba, con un empate algo raro. El árbitro hace el acta sin saber qué poner. Porque nunca ha pasado esto. Que dos equipos se nieguen a tocar el balón o si lo han tocado haya sido para jugar y pasarse el balón entre ellos y los jugadores rivales. Eso hemos hecho durante la segunda parte, como si estuviésemos haciendo pases y todos fuéramos un gran equipo.

—Os voy a joder la vida —les dice el entrenador a mis antiguos compañeros cuando se van.

Ellos sonrían y se despiden de nosotros sintiéndose bien por haberse rebelado. Por haber dicho «basta». Por haber plantado cara a una situación injusta como equipo. Y tal vez no sirva de nada, pero espero que el rector se dé cuenta de lo que está pasando de una vez y cambie de entrenador. Me temo que eso solo es cuestión de tiempo.

—Ha sido el partido más raro y emocionante que he jugado nunca —dice Oziel.

—Yo creo que he jugado más que nunca —dice Levi—. Tantos pases no es lo habitual para mí en un partido.

—Creo que somos un gran equipo. —Y no lo digo solo por nosotros tres, sino por mis nuevos compañeros y por los anteriores, a los que tuve el placer de capitanear.

* * *

Salgo de la ducha y busco a Deb. Ya es de noche y me dijo que me esperaba tras el partido.

La encuentro en las gradas.

—Estarás contenta —le digo apoyándome cerca de donde está. Ella baja hasta quedar a mi altura—. Ya no soy capitán.

—Bueno, pero lo serás. Has nacido para ser líder. Lo que ha pasado esta noche lo demuestra.

—Ha sido raro.

—Ha sido increíble. El fútbol es mucho más que dar patadas a un balón, es ser un equipo. Y has logrado que tu adversario se pusiera a tu altura para apoyaros. Ya ha sido subido a YouTube. Hasta han hablado de ello en las noticias, y esta vez han contado la verdad, que os echaron de manera injusta y que ha sido la protesta de unos jugadores contra su exentrenador para defender al que fue su capitán.

Me incomoda esto. No me gusta ser el centro de atención.

—A Neill Wood, no al hermano de Kevin.

—Supongo que hacer lo inaudito obliga a que la gente te mire por primera vez —le digo—. No me importa. Siempre seré el hermano de Kevin, de Adair y de Dani, y me encanta ser su hermano.

—Son tu familia.

—Sí, y tú la chica que quiero.

—¿Aunque me haya comportado como una tonta?

—Sí, aun así.

—¡Neill! —Se ríe.

Las luces se apagan. Deb salta desde las gradas y tira de mí hacia el centro del campo. Se tumba boca arriba y apoya las manos bajo su cabeza. La sigo, como aquella vez que empecé a perderla, y esperamos mientras miramos las estrellas con las manos entrelazadas. La conozco mejor que nadie, por eso espero y espero hasta que nos mojan los aspersores. Y entonces se alza, me aparta el pelo de los ojos y dice lo que yo le dije hace tanto tiempo.

—Te quiero.

—Eres una romántica.

—Puede ser. Pero es la verdad. Y esta vez no tengo ganas de huir, solo quiero seguir la dirección que juntos tracemos.

—Como un equipo.

—El mejor.

Nos besamos mojados por los aspersores, sin importarnos lo más mínimo. Este beso no tiene nada que ver con el primero, pero me hace sentir lo mismo que ese día mientras la besaba, que mi vida no iba a ser la misma. Que mi vida tenía un antes y un después de ella.

—Yo también te quiero, Deb.

—Esta vez no he salido corriendo —me dice feliz, y me acaricia—. No era consciente de la cantidad de cadenas que me había autoimpuesto. —Y por primera vez me cuenta la verdad, lo que la apresaba, lo que temía—. No quería dejar sueños por cumplir.

—No los dejes, hazlos todos, y yo estaré a tu lado.

—Lo sé, ahora lo sé, porque yo quiero ser parte de los tuyos. Ahora sé que, cuando quieres de verdad, la felicidad de la otra persona es la tuya propia. Eso es amor sin egoísmo.

—Lo es. Y ahora tengo en mente un sueño.

—¿Cuál?

—Memorizar cada una de tus pecas. Tengo que reconocer que no me ha dado tiempo... —Se ríe.

—Tenemos toda la vida para que te las aprendas, y pienso hacerte un examen. Soy muy exigente.

—Y eso me encanta de ti.

Me besa eufórica y no recuerdo haber estado tan feliz. Y sé que nunca más me conformaré, que lo quiero todo, y eso implica demostrarle cada instante cuánto la quiero, y que no tenga razones para decirme adiós de nuevo.

Lo más bonito de empezar con alguien es la emoción de cómo lograr volver a enamorar a esa persona cada día de tu vida. Así es como se hace real ese «para siempre».

Epílogo



DEBBIE

Grito como nadie cuando Neill mete un gol y me mira para dedicármelo. Como ha hecho con todos mi querido capitán, pues no tardó mucho en recuperar su puesto.

Estoy en el banquillo con mi padre. Mi madre no está lejos. Se ha nombrado entrenadora de las animadoras y la verdad es que hacen virguerías. Este año han competido en varios concursos. Lilit se trasladó aquí y lo cierto es que nos hicimos amigas. Pasa mucho tiempo con mi madre pensando pasos, y son muy buenas. Descubrí que su madre, en realidad, era una pija estirada que no la quería; y en la mía ve a la madre que nunca ha tenido. Es buena chica.

El partido acaba y han conseguido ganar la liga por tercer año consecutivo. La grada estalla en vítores. Neill y su equipo corren por el campo porque la afición se lo pide. Yo abrazo feliz a mi padre y a mi hermano, que este año ha entrado en el equipo. Tiene una lesión en la pierna, pero tras el verano jugará como el mejor. Lo sé. Corre como puede hacia sus compañeros. Mi madre canta hasta desgañitarse y baila con sus chicas. Le encanta. Y a mí verla así de feliz.

Veo a Neill con sus compañeros. Al final, el entrenador de la otra universidad fue destituido y han puesto a otro en su lugar; he de admitir que es competente, pero le faltan buenos jugadores. Los mejores siguieron a su capitán en cuanto pudieron.

Neill corre hacia mí cuando tiene ocasión y me besa con pasión. Llevamos más de tres años juntos y es increíble como cada día que pasa lo quiero más. Le han ofrecido jugar en la liga profesional y ha dicho que sí. Yo, cuando acabe la carrera, el año próximo, buscaré trabajo en la

ciudad a la que se va a trasladar. Ya hemos mirado pisos y hemos encontrado varios preciosos que estoy deseando decorar para hacer de alguno de ellos nuestro hogar. Aunque a mí me queda un año de universidad, sé que iré a verlo cuando pueda y será mi casa también.

Al final he acabado siguiendo al capitán. Y es que, como el resto de sus amigos, yo también caí bajo su influjo.

—Lo vas a echar de menos, la liga profesional va a ser diferente.

—Sí, pero nadie me quitará lo vivido aquí.

Y eso es cierto. Tenemos cientos de momentos irrepetibles. Hemos crecido como personas, lo hemos hecho juntos y nos queda un largo camino. Ahora toca ver cómo será la vida laboral. Pero no tengo miedo. Todo se resolverá poco a poco y pasito a pasito. He aprendido de mis padres que, aunque no siempre salga el sol, si te esfuerzas siempre puedes luchar para que tu sonrisa se lleve la tormenta.

* * *

Noto como Neill se mueve en mi interior. Mis manos están entrelazadas con las suyas. Nos miramos como si nos viéramos por primera vez y no como si lleváramos más de tres años juntos. Siempre descubro algo nuevo de él, y me fascina. Me encanta. Me vuelve loca este hombre de ojos marrones que cada vez que me mira me dice lo mucho que me quiere.

Alcanzo el éxtasis y me abraza con fuerza tras seguirme en este dulce estallido. Nos quedamos quietos, abrazados, sonriendo. Parecemos dos enamorados que acaban de empezar; doy gracias cada día por estar juntos y hago que cada vez sea como la primera.

* * *

—¿Qué te apetece de cena?

—Pizza —le digo a Neill al tiempo que la puerta de la calle se abre de un portazo.

—¡No lo soporto! —grita Nora fuera de sí.

Ella y Roni empezaron la universidad el año pasado y, como Mateo y Ginés se han ido a vivir juntos, Neill propuso que, para que no estuvieran solas, se vinieran aquí a vivir. Y me alegro de que lo hayan hecho. Son geniales las dos y las quiero mucho.

—¿A quién no soportas?

Nora mira a Neill con sus ojos dorados enfurecidos.

—¡A Matty! ¿Tú lo sabías?

—¿Saber el qué? —pregunta Neill yendo hacia ella.

—¡Que se ha trasladado a esta universidad! ¡Que ha aceptado ser el nuevo capitán!

Neill agranda los ojos y por su cara me doy cuenta de que no sabe nada.

—No, no lo sabía. ¿Lo has visto?

—No, y antes me arranco los ojos que mirar a ese idiota. ¡No lo soporto! —reitera, y corre a su cuarto. Se encierra dando un portazo y miro sorprendida a Neill.

Nora es la persona más dulce, amable y simpática que he conocido; no me pega esto en ella.

—Acostúmbrate —me dice Neill abrazándome por detrás—. Thew —dice refiriéndose a ese rubio de mirada seductora, como yo lo califico— y Nora se llevan a matar. Que se prepare esta universidad. Van a saltar chispas.

Y aunque parece seria la conversación, Neill sonrío. Como si todo esto le hiciera gracia.

Yo no sé qué nos espera, pero nunca he visto a Nora así y, sí, me muero por saber qué pasará. Y quién no.

BIOGRAFÍA



MORUENA ESTRÍNGANA

Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir un pequeño teatro y con doce escribía poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho años cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito *teregalounibro.com*, cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

La única batalla que se pierde es la que se abandona.

Logros

- * **Nominada a los premios DAMA 14** a la mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.
- * **Nominada a los premios DAMA 15** a la mejor novela contemporánea con *Por siempre tú*.
- * **Ganadora de los premios Avenida 15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica 15 con *Por siempre tú*.

* **Numero 1 en ebook en** Amazon.es, Amazon.com e iTunes, y play store con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- FacebookK:@MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados

El círculo perfecto (autoeditado, 2009), *El círculo perfecto* (Editorial Ámbar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo perfecto*, reedición ampliada (Red Apple ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio-julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016), *Mi error fue tu promesa* (Click Ediciones, octubre de 2016), *Por siempre solo tú* (Ediciones Kiwi, octubre de 2016), *La maldición del círculo perfecto* (Red Apple Ediciones, octubre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Déjame amarte* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, diciembre de 2016), *¿Te confieso una cosa? Te amo* (Nowevolution, diciembre de 2016), *Eternamente tú* (Ediciones Kiwi, enero de 2017), *El círculo perfecto inmortal* (Red Apple Ediciones, abril de 2017).

Antologías

150 rosa Editorial Divalentis

Libro de relatos de VI RA

Venus de Nowevolution

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

Amor descontrolado
Serie Sweet Love 2
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Mikhail_Kayl / Shutterstock

© Moruena Estríngana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2017

ISBN: 978-84-08-17382-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

